

LUIS HENRIQUEZ CASTILLO

LA MONTAÑA DE AZUCAR

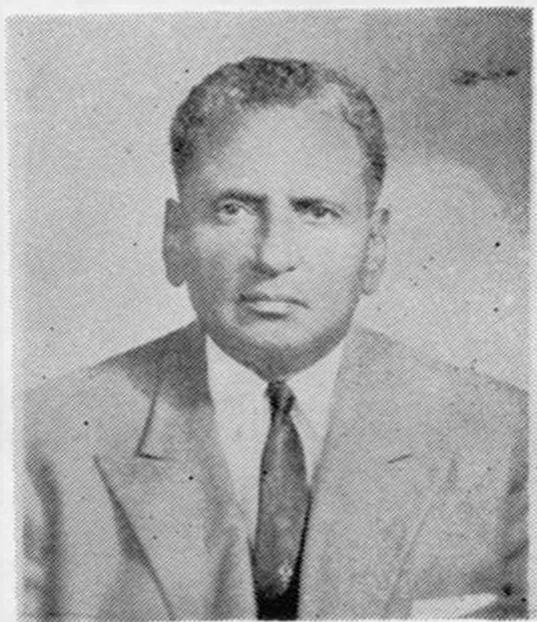
— NOVELA —

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

EDITORIAL "LA NACION", C. por A.
CIUDAD TRUJILLO, REPUBLICA DOMINICANA

1961





Lic. Luis Henriquez Castillo



MAR. 7 1972

BN
RD863.42
H519 m

Al General Casimiro Henriquez, Restaurador, mi abuelo por parte de mi padre, don Luis Ma. Henriquez, para rememorar las reconocidas virtudes de ambos.

Don Casimiro, que de Subteniente habia sido elevado a Teniente, el 17 de abril de 1868, por los Generales José Hungria y José Ramón Luciano, Encargados del Poder Ejecutivo, fue confirmado en el grado de Teniente Coronel, el 18 de julio de 1876, por el Presidente Ulises F. Espailat; y el 28 de noviembre de 1901, recibió del Presidente Juan Isidro Jimenes su elevación a General de Brigada. Era hermano natural del Dr. Francisco Henriquez y Carvajal, ex-Presidente de la República.

□

Boog-7-4-72
Maring

Reg. No. 600783

BN
PIL

32919-10

DMPHY
PC-RV
R0863-1/2
H519M

27/02/1944



**Biblioteca
Nacional**

**PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA**

EXLIBRIS



Martínez Booy

COLECCION





HECTOR STRAZZARINO

**Uno de los fundadores de ARIEL,
Asociación Internacional de Inte-
lectuales, de Montevideo, Uruguay.**

P R O L O G O

ANTES DE LEVANTARSE EL TELON

Conocemos varias de las novelas escritas por el notable novelista dominicano Licenciado Luis Henríquez Castillo, pues en ese género es en el que descuella: "El hombre alucinado" (premiada en un concurso interantillano celebrado en Puerto Rico), "Tres hombres en un hombre", "La Octava Maravilla", y sabemos del éxito que coronó a otra titulada "Una carcajada", que no hemos tenido el gusto de leer. También ha publicado un meduloso ensayo denominado "Las lecciones de la vida", sobre las distintas edades del ser humano. Ahora da a la estampa la novela "La montaña de azúcar", para la cual hilvanamos estas líneas.

Antes de tratar de su labor literaria, daremos, según nuestra costumbre al escribir juicios y prólogos, unos datos biográficos.

El Licenciado Luis Henríquez Castillo es escritor, periodista, maestro y abogado; nació en San Pedro de Macorís, el 11 de octubre de 1895. Muy joven se graduó de Maestro Normal ejerciendo su carrera en su ciudad natal y en la Capital de la República. Fue Inspector de Instrucción Pública, y llegó a ser Director en la antigua Escuela Correccional de la entonces ciudad de Santo Domingo. Habiéndose licenciado en Derecho ocupó diversos cargos: Juez de Primera Instancia, Juez de la Corte de Apelación, Magis-

LUIS HENRIQUEZ CASTILLO

trado del Tribunal Superior de Tierras, Diputado al Congreso Nacional, Abogado del Estado, etcétera, siendo actualmente Procurador General Administrativo; todo eso sin abandonar el cultivo de la Literatura a la que brinda periódicamente los frutos de su intelecto y colaborando en diarios y revistas de su país. Tal es a grandes trazos el panorama de las actividades de este gran valor de las letras antillanas. Veamos, a grosso modo, su producción escrita: para nosotros su pasaporte a la inmortalidad es "La Octava Maravilla", novela interesantísima, completa en valores de temática y amenidad, plena de un noble sentimiento americanista, cuyo argumento gira en torno al significado del Faro de Colón y el Panamericanismo. Ya la comentamos extensamente en un artículo que se publicó hace ya tiempo en "EL CARIBE". La característica más destacable de sus novelas es la de que todas tienen una o más partes que, estando ligadas a la trama, podrían perfectamente ser desglosadas, formando un todo independiente, que luego de terminada la lectura queda en nuestro recuerdo en forma nitida, apartado del resto del asunto del libro. Así podemos citar: en "La Octava Maravilla" la descripción que hace el protagonista del Faro de Colón y del alcance que tiene el sentido americano; igualmente la encantadora escena en que la joven madre narra a sus hijos un gracioso cuento acerca de algo que pasó en el Arca de Noé, el cual nosotros sintetizamos e hicimos reproducir en la sección humorística de un pasaje en el cual se cuenta el suceso de un oficial dominicano que enamorado de una artista española que trabajaba para los nazis, se hace espía por su amor; ese episodio, de poca conexión con lo demás, sería magnífico desarrollado en otra novela (como argumento básico de ella) y hasta serviría para hacer una película en la que podrían intercalarse bailes, canciones (tanto españolas como dominicanas) y espectáculos teatrales que le darían sumo interés. En "La montaña de azúcar" un capítulo, el No. IX, describe un naufragio en forma que emociona y es por sí solo (como lo citado antes)

LA MONTAÑA DE AZUCAR

una joya literaria que valoriza el talento del escritor dominicano que la creó.

Otros aspectos del estilo de Henríquez Castillo son: la concisión con que traza el retrato de las personas y el humorismo que campea en todos sus libros y que surge espontáneo en diversas ocasiones en el transcurso del relato. Como dato ilustrativo de esto último diremos que en "La Octava Maravilla" hay varios chistes y anécdotas jocosas; en "La montaña de azúcar" lo humorístico está en apreciaciones personales del autor que intercala oportunamente al desarrollar su tema y en el decurso del mismo. Vamos a citar ejemplos: en cierto momento, al explicar que el muchacho, Pepilin, es hijo natural, nos sale con esta acotación que contiene un buen juego de palabras, la que, pese a su fondo irónico, encierra una verdad en la que nadie había reparado anteriormente: "Nunca hemos entendido por qué llaman naturales a los hijos de personas que unió el concubinato; como si los vástagos procreados en un matrimonio fueran artificiales". Ahora están muy en boga los "chistes macabros"; pues bien: nuestro escritor incursiona en esa modalidad y nos entrega uno que supera a cuantos hubiéramos podido imaginarnos. Es un breve episodio, casi desapercibido, del capítulo XIX: sobre la mesa de la enfermería de una cárcel yace un negro muerto; un recluso pasa a su lado y restregándole por la cara un papel moneda de cinco pesos, le pregunta desaprensivamente:

—¡Tú!: tienes cambio?

Y como adelantamos ya tanto de ella, haciendo un verdadero "suspenso" en torno a "La montaña de azúcar", ampliaremos detalles sobre dicho libro; es más que una novela, una descripción de una época y un lugar; su trama es sólo el pretexto para presentarnos personajes humanos, reales, propios del país y del tiempo en que pasa la acción: antes de 1930 en la República Dominicana. En realidad es simplemente la historia de Pepilin, desde que nació hasta que, fogueado y aleccionado por una serie de acontecimientos, mu-

chos de ellos trágicos, inicia una carrera política, depurada de ambiciones, con fines patrióticos, que queda planteada en el final como una promesa de felicidad y prosperidad. El escritor dedica esta novela a la memoria de su abuelo el general Casimiro Henríquez, prócer de la Restauración, y tiene en la dedicatoria un tierno recuerdo también para su padre.

En los primeros capítulos se suceden cuadros de rudo realismo, con seres y actos ubicados en los ingenios azucareros, pues allí nació y pasó sus primeros años "el muchacho" de la novela (como decimos hablando de películas). Están trazados con breves y certeras líneas; con crudeza a veces, sí, la que, empero, no emplea palabrotas groseras u obscenas, lo que es su gran mérito. A diferencia de otros autores que aprovechan el escribir sobre explotaciones y miserias para dar rienda suelta a todos sus rencores, sus odios y complejos de inferioridad, Henríquez Castillo narra rudamente las situaciones miserables de algunas pobres gentes y obreros, pero sin insultar, sin odiar, sin enlodar hombres y países; él es un pintor que dibuja con pluma maestra, veraz, a la vez que noble y justiciera, el cuadro de lo que sucedió allí. Sin apasionamiento nos da una visión de los hechos no recargando los tintes sombríos, sin trazas de pesimismo; por el contrario tiene fe en los valores del Hombre, en su poder de liberación y con Pepilín nos da una muestra de su tesis: pese al ambiente en que vivió no se envició y si alguna vez fue débil cayendo en el pecado, pudo reaccionar, elevarse y emprender una vida honesta, útil a la Patria, sin tener que lamentar acciones irreparables.

Este año de 1961 es el centenario del nacimiento del gran poeta de "Galarippos", Gastón Fernando Deligne (1861-1913) y en muchas páginas de "La montaña de azúcar" se vierten encomiásticos conceptos sobre el lirida dominicano al cual se ve que Henríquez Castillo admira mucho. En el capítulo VIII nos da el retrato físico del gran vate, pasaje que transcribiremos como nuestra adhesión hacia el recuerdo del insigne poeta en su centenario: "De la calle

LA MONTAÑA DE AZUCAR

de La Luna, en la que vivía con su abuela, doña Alejandrina, pasaba a la calle de La Aurora. En esta calle, con ese poético nombre, de casas humildes, residía el gran poeta-filósofo Gastón Fernando Deline, y Pepilín lo vió muchas veces, con su cabello crespo y su mirar miope a través de sus claros lentes, sujetos sólo por una cadenita de oro que caía sobre una de sus orejas. Jamás ese "liróforo celeste", como lo habría llamado Rubén Darío, se incomodó porque Guinguín, principal compañero de correrías de Pepilín, y éste, en su acostumbrado juego de bolas de vidrio, tuvieran discusiones en voz alta en el propio solar del poeta, en donde penetraban desde el patio de la casa contigua..."

Hay muchos personajes en la obra; algunos ganan la simpatía del leyente (como Pepilín, Fello, Doña Alejandrina (abuela del joven), Berta, su esposo Fidel, etc.; otros motivan nuestra repulsa como la esposa de Fello, María Luisa, ejemplo de extraviada, que lleva a Pepilín a cometer una acción indigna para con su amigo y luego se suicida con la misma naturalidad que otros se dedican al deporte o se van a pasear; eso prueba lo bien delineados que están los tipos que intervienen en la trabazón de la obra, a los que repudiamos y estimamos como a seres de nuestro conocimiento.

Interesante libro es éste que, repitiendo nuestra opinión, es verazmente una pintura de caracteres. El lector podrá ahora entrar en contacto con ellos llevando un adelanto de cómo son y pedimos nos disculpe el que tan de improviso lo hayamos puesto en guardia, previniéndole, entre otras cosas, contra la tal María Luisa.

Para finalizar le decimos a quien nos lea, parafraseando a Tonio en el Prólogo de la ópera "Il Pagliacci", de Ruggiero Leoncavallo:

*"Il concetto vi dissi... Or ascoltate
com'egli e svolto.*

Andiam. Incominciate!"

LUIS HENRIQUEZ CASTILLO

(Os hemos dado el concepto... ahora escuchad como él lo ha desarrollado. ¡Vamos! ¡Comenzad!

Se levanta el telón; estad atentos pues se va a dar principio al drama. El Prologuista, por consiguiente, se retira para ceder su lugar al Autor; os dejamos con él y sus personajes. ¡Hasta más ver!

Héctor Strazzarino.

Montevideo, Uruguay, 1961. "Año centenario del tenor uruguayo José Oxilia y del poeta dominicano Gastón F. Deligne".

I

En los países de zonas frías, las brisas echan a volar las faldas y las capas, como banderas agitadas, y las almas como palomas mensajeras. El resultado es el humorismo, y la alegría, y el amor a la vida... En el trópico, el calor paraliza, amodorra, pega la ropa al cuerpo y el deseo a la carne. El resultado es el pesimismo, y la tristeza, y la melancolía... contra los cuales tenemos que luchar para defender al espíritu.

Si a esta consecuencia del ambiente, se une en la niñez el desamparo psicológico, la ausencia de los padres para crear en sus hijos los hábitos defensivos y oportunos, el ser se ha de ir formando sin estar preparado para luchar contra la tentación y la delincuencia, contra el hambre, y el sufrimiento, y la ignorancia...

En El Pedregal no había iglesia, no predicaban misioneros, ni de los labios del maestro rudimentario se oyó jamás una oración. Y si algún cura pasaba, de tiempo en tiempo, por el camino real, las gentes se escupían en el pecho, como si fuera un pájaro de mal agüero... Imperaba la superstición...

Para Pepilín, en sus primeros años, sin lazos de cariño que comenzaran a afianzarlo, los días fueron de soledad en su pobre casa, como eran de soledad los días

en su pobre terruño de nacimiento. Sin que lo guiaran, qué costumbre de limpieza, qué adecuada alimentación, qué juegos apropiados iba a tener a su disposición?...

Nada era alegre a su alrededor. Todo lo que sucedía y existía en El Pedregal eran cosas lamentables y tristes: la muerte de un vecino —José La Paz, lo llamaban—, del cadáver del cual salía el hígado en espuma negra por la boca; un perro rabioso que llegó del bosque, haciendo correr a la gente en todas las direcciones y cerrar de golpe las puertas del caserío; el entierro del padrino de Pepilín, don Juan de las Mercedes, al perderse de vista en los confines del camino real; y los brazos abiertos de una enorme cruz de madera, sin flores, sin letras, sobre un montón de piedras, a la entrada de El Pedregal; que Pepilín sólo vió una vez adornada con papel de color, sin saber por quién, ni por qué se interesaba alguien por ese árbol seco; ignorante de que evocaba el martirio de Cristo en el Calvario...

Aquel empinado promontorio aumentaba con los pedruscos que lanzaban los caminantes al pie de aquella figura desolada. Como, de tiempo en tiempo, Pepilín veía pordioseros, a veces esa cruz le parecía un hombre que pidiera limosna en el cruce de los caminos... mientras los caminantes que pasaban de largo, se detenían únicamente para tirar las piedras con las que se hacía más alto el pedestal. Pero, esa cruz, principalmente, era sólo como un árbol seco para él...

En verdad, no eran piedras de escarnio; pero era un simple hábito de corazones endurecidos, o indiferentes, de peregrinos sin sentimientos de esa piedad del alma que sólo florece cuando la mano tierna de la reli-

gión cultiva con amor las zonas de la conciencia. Y en El Pedregal no se oyó nunca ni la voz amorosa de las campanas, rompiendo el silencio de los ámbitos, para convocar a misa a los campesinos...

Todo era desolación en las casas y las almas. Tierra áspera, de gente áspera...

En el crecimiento del niño, el papel principal de defensa corresponde a sus progenitores.

Pepilín, con tener padres, vivió como un huérfano; y sentía temores, los temores que la ignorancia de los grandes les hacen sufrir a los pequeños desamparados, balbucientes de incomprensión. Prorrumpía en irrespetuosos insultos contra los transeuntes, por cualquier bien intencionada corrección que le hicieran. Y empezó a sentir las primeras amenazas de la disconformidad... pero de manera vaga y subconsciente.

No podía decir que entonces se abrieron para él las puertas de la escuela. En ese lugar no había puertas. Las lecciones las recibía Pepilín bajo las frondosas ramas de un mango. La civilización necesita que no haya más de tres kilómetros en ninguna dirección de un país, sin que una escuela primaria, en medio de un sembrado huerto, alce su silueta atractiva y se oiga el rumor de colmena de sus alumnos... Pero El Pedregal, como tantos otros de nuestra América, era un lugar desvalido que parecía dejado de la gracia de Dios.

Por qué la América Latina no acaba de empinarsé? La América del Norte se nos fue adelante... Y sólo hemos tenido éxito imitándola en el beisbol, con limitación al área del Caribe.

No iba a la escuela por docilidad, ni porque lo llevaran; iba por el sentido gregario de estar con los



muchachos, descalzos como él, y como él medio vestidos con un pantalón sujeto a un tirante que bajaba de los hombros; y que eran los mismos compañeros que en las horas libres le seguían en la búsqueda de nidos, de frutas, de huevos de gallinas ajenas, y tenían siempre los pies empolvados y los cabellos tostados y enrojecidos por el sol...

No era eso un descarrío? No lo sabía aún; ni que de ahí se desemboca a menudo en la delincuencia infantil...

Era su maestro, Fernando Carpentier, de nombre español, de apellido francés, negro como un azabache, hasta los labios y el cristalino de los ojos, que decía que era del Perú; pero de quien se refería que nació en una isla inglesa de Las Antillas Menores; que conocía varios idiomas; que era un misterio que hombre tan capacitado hubiese recalado a El Pedregal, a enseñar las primeras letras; hasta el extremo de que se pensaba que quizás era un prófugo de la cruel y ya desaparecida prisión francesa de la isla del Diablo; pues, después de todo, se conoció a un corso y a un marsellés que sí lo eran, y que en la República Dominicana rehicieron en paz la vida...

Pepilín y sus condiscípulos recibían lecciones objetivas de zoología, de botánica y de mineralogía; sin que el maestro tuviera mucho que decir. Los lagartijos, las hojas y los mangos les caían encima provocando alborotos; o veían el emparejamiento de los animales por la natural atracción de las leyes de la reproducción.

El carbón de piedra lo tomaban de los pedazos que caían de las locomotoras en las vías férreas. El señor Carpentier les explicaba: realmente no es de piedra;

se forma en el fuego de las profundidades de la tierra, de árboles muy viejos, al cabo de muchísimo tiempo. Los alumnos se quedaban con las bocas abiertas, y deseaban que el maestro saliera a campo raso, por falta de reloj, a ver la hora por la altura del sol, o que se oyera el silbato del cercano Ingenio Los Olivares, para irse a las correrías que entendían mucho mejor que el origen del carbón de piedra...; después de ponerle al maestro una cola de papel, o un pedazo de tiza en el asiento...

De noche le sacudían a Pepilín las pesadillas. Quizás eran consecuencia de la desnutrición. Su desayuno era té de hojas de naranjo, o de yerbabuena, a falta de gengibre, que no se podía siempre adquirir; y guineo verde, salcochado, de menos materia alimenticia que el plátano, que no tiene mucha. Jamás bebió leche antes de los doce años; ni comió carne. Cómo los iba a comprar la madre de Pepilín? Eran caros y esos alimentos los llevaban al pueblo. Sólo el arenque, y a veces el bacalao, cambiaban el sabor, no todos los días, del arroz hamburgués que Pepilín iba a comprar a la tienda. El arroz hamburgués era el más barato. Entonces no producíamos arroz; más de veinte millones de pesos gastábamos anualmente en el extranjero. Pero, cada dos semanas, un viajante cruzaba por El Pedregal, con pan y galletas... que a veces tenían gorgojos.

A ratos el olor a arenque salía de las cocinas de varias casas. No era nada raro. Todos eran pobres. También salcochaban cangrejos en las temporadas de lluvia. Pepilín aprendió a coger los cangrejos de día, valiéndose del peligroso recurso de meter la mano en sus cuevas; de noche, que eran muchos los que salían, él los ca-

zaba con hachos que los deslumbraban y paralizaban. Pero el hambre mantuvo a Pepilín flacucho, enfermizo siempre...

Está demostrado que los quebrantos de la salud física influyen en la salud mental; y que la mala situación económica, da por resultado enfermedades, como la tuberculosis y la desnutrición... Y Pepilín no era una excepción. De ahí su temperamento nervioso, y acaso por un milagro escapó a la epilepsia, ó a la neurosis... Después de haber escapado a la muerte, que tanto amenaza a los niños que viven en el campo...

Las naciones civilizadas ayudan a los pobres: con la gota de leche; el desayuno escolar; los comedores económicos; las casas-cuna; las vacaciones de las obreras embarazadas; los hospitales de maternidad; los dispensarios antituberculosos; el seguro obrero; el salario mínimo; el pago de tiempo de preaviso y cesantía y de horas extraordinarias de trabajo; la labor adecuada para mujeres y menores de edad; las ocho horas diarias de trabajo... En aquella época de su niñez, María Consuelo, su pobre madre, contrajo una anemia que avanzaba peligrosamente. Pero seguía con su diaria brega, de seis a seis, por mísero salario, en la batea de lavar, o con su plancha. Y fue como un milagro que Pepilín no siguiera la misma suerte, por inanición.

Así despertó a la realidad de la vida; con ojos de asombro; cuando el uso de razón, allá por los diez años, le salió al encuentro para advertirle que tenía que decidirse a trabajar, para ganarse el sustento, su pan de pobre, con el sudor de su frente...

Los niños pobres tienen que enfrentarse en tierna edad a la vida. Y venden periódicos y baratijas. Pero en El Pedregal no había nada de éso.

La madre de Pepilín había llegado a El Pedregal, desde una aldea donde al menos tenía paz, la paz que da la presencia de la familia, la tierra feraz y la alimentación fácil; atraída por el espejismo del Ingenio Los Olivares, pero en realidad a sufrir de aislamiento; de hastío; de una sensación de desamparo; de tensión y de inquietud... El mundo, en verdad, ha progresado mucho. Las empresas poseen barrios obreros, de grupos organizados, con todos los adelantos necesarios para que surja la conformidad y la armonía psicológica o emocional de sus habitantes. En aquellos días, para María Consuelo, su triste madre, todo fue soledad, desorientación, penuria e impotencia para emprender el camino de regreso a la aldea remota...

A veces se pierde lo más por lo menos. En El Pedregal estaban enterados, por el relato de ella misma, de que la madre de Pepilín procedía de una zona extremadamente fértil y de exuberante vegetación de bosques vírgenes; en donde los frutos casi no había que cultivarlos; sino talar el monte y tirar las semillas; en donde las plantas se hunden en la hojarasca húmeda y podrida, como en felpuda alfombra; en donde la tupida techumbre no permite que el sol penetre; en donde las palomas le dan frecuentes aletazos al profundo silencio y las luciérnagas cruzan con sus pequeñas linternas las densas sombras; y seguía siendo para la gente un misterio el motivo del cambio de esa riqueza en la cual el sustento era gratis, por las calcinadas piedras, y la

impiadosa desolación, y la pobreza de El Pedregal, en donde era difícil obtener el pan de los pobres. . .

Sin embargo, por mucho que lo negáramos, del azar depende la vida. Somos bajeles a merced del viento incierto de las circunstancias. . .

Le decía la gente: ya estás grande, tienes que trabajar, Pepilín, para ayudar a tu madre. Con tu padre no se puede contar; es un cabeza perdida.

Su adolescencia no se asomaba aún. Pero iba saliendo de la sombra a un sendero de luz; de luz vacilante, enigmática. Sentía como si le nacieran alas; como si comenzara a entrever, a percibir que más allá de las privaciones que lo rodeaban, que era una ronda de miedos en el corazón, adivinara que había otros mundos y otros hombres.

Algunas personas nacen, crecen, sufren y mueren en el mismo sitio en el que vinieron al mundo. Son como los árboles, de escasas ramas quizás, pero de raíces tan profundas y fuertes, que nadie se aventura a desplazarlos; otras personas son como árboles de raíces superficiales, que se adaptan sin dificultad a distintos parajes, y hasta los vientos los arrancan y siguen viviendo en otros lugares. Y Pepilín tenía una vaga pero cierta idea de que los vientos del destino habían de sacarle de aquella prisión hacia campos de lucha también para subsistir, pero en los que del mismo modo existiera el premio justo del trabajo. . . y la esperanza de bienes para el porvenir.

Pero tenía que esperar. Su madre estaba enferma; y él presentía que se moría. Oh! cómo son de precoces los niños desamparados. Sin embargo, si se crían,

no hay adversidad que pueda abatirlos. Es como una compensación del destino.

Su madre enflaquecía, enflaquecía; y su rostro, bronceado, iba tomando tonalidades pálidas; pero así trabajaba; así metía las manos en la fría lejía, o soportaba el calor de la plancha...

Cuando Pepilín no estaba en la escuela, o cruzando los potreros y el cañar en busca de algo que comer, permanecía a los pies de su madre, como un animal triste. Ella, que se había vuelto muy irritable —consecuencia acaso de su enfermedad, o de su desesperación—, casi siempre, de mirada dura, le acosaba:

—Quítate de ahí, Pepilín!— Y la violencia de la voz y de los ademanes la hacía toser; y se le veían algunas gotas de sudor en las mejillas.

Dios hizo que Pepilín no se sintiera mimado y querido en sus primeros años. Pero, en cambio, de ahí debía comenzar su disposición a enfrentarse a los hombres y a la naturaleza; como de niño se enfrentaba a los rapaces y a los sufrimientos.

Las mordidas y las narices rotas, en pleitos con los muchachos; las picadas de las niguas y demás insectos; los pies descalzos en las piedras calientes; las carnes desnudas en los días de frío, o de lluvia; las clavadas en las plantas, sin saber lo que significaba la palabra tétanos, eran cosas corrientes. Y qué le importaban a él las reses bravas, cuando cruzaba en pandillas por los potreros; y los jejenes, y los mosquitos, y el paludismo, y las botellas rotas, cuando con el lodazal a la cintura entraba en las ciénagas que se unían con el río, a cojer los frailes aprisionados en sus trampas de cerdas? Fácilmente se curaba las heridas con zumo

de maguey y tela de araña; y los catarros con hojas de guanábano. . .

Mucho antes de ser hombre, Pepilín hombreaba. . . Sacaba el pecho adelante; y, entre sus camaradas, era un gallito.

Es la dureza del trato, lo que principalmente hace que el niño se desarrolle con personalidad agresiva y desconfiada, que a veces va a concluir en el desacato, o en el odio a la humanidad, o en la locura, con propensiones al homicidio. . . Pero hay ocasiones en que determina la firmeza del carácter.

Y qué iba a ser de Pepilín, entonces? . . .

II

Muchos padres, desde antes de nacer sus hijos, esperan algo de ellos; el padre de Pepilín no esperaba nada de él. No; decimos mal; su padre esperó de él que no naciera. Trató de que su madre se provocara el aborto. Ella resistió, por el vago temor de Dios de los que nacen cristianos, como hijos de cristianos, sencillamente; o sea de los que nunca llegan a saber lo que en realidad es el cristianismo. Esto le salvó y le permitió el paradójico y doloroso placer de existir. Cuántos seres han dejado de nacer por un falso concepto del honor, o de la necesidad, por parte de los padres; o por una demasiado débil idea de la responsabilidad ante la conciencia, y qué difícil es que el ojo de la ley alcance a ver ese crimen! Su padre a veces decía: no quiero hijos; no quiero "cuervos"...

Cuando ya su edad le alumbró con su luz imprecisa su borrosa senda, comenzó a esperar algo de sí mismo; a pensar que la vida tiene problemas; a entrever que hay que crearse el valor de matar el miedo. El veía que los pájaros carpinteros se comían los gusanos; que las gallinas se engullían las cucarachas; que él mismo apresaba las lagartijas con lazos de cerdas de caballo, y los pajarillos con una especie de pega que obtenía

de la leche del árbol del pan de fruta; que cuando le echaban maíz a las aves de corral, las unas acosaban a las otras, y que las que se imponían comían más granos que las que huían; que al perro cobarde le quitan su hueso y su hembra; que la naturaleza, pues, es madre y maestra; que la vida es cruel y ayuda a los más decididos, o fuertes...

Pero su madre estaba enferma y no pudo librarse de un subconsciente sentimiento de culpa, como si por él estuviese en ese estado. Se le enfermó el alma, en el comienzo de la vida, con esa situación difícil, y sus pocas fuerzas para resolverla. En las sombras de la noche y el sueño, su alma aleteaba como un pájaro aprisionado, que tendiera a escapar y se diera contra las paredes. Pepelín se daba contra la inquietud y tenía alucinaciones... de niño atrapado en el bosque de dificultades de la vida.

Lo que vivimos en la infancia va teniendo cambios, pero su fondo profundo dura para siempre; es como un río que crece y decrece, según sea época de creciente, o de sequía. Y así como el río sigue siendo salobre, o no, según su primigenia condición, Pepilín sentía, como sutil manantial, en las raíces de la sangre y del espíritu, una amargura que sólo dulcificaba con el innato y oculto recurso que tiene la niñez para olvidar el dolor, en el corazón de su corazón; como si los ángeles bajaran del cielo a poner ternura de inocencia en donde el mundo puso pesares injustos. Como el alfarero moldea su frágil vasija, Dios, con los innumerables medios de que dispone, nos moldea el vaso de la vida, hasta cuando al fin se rompe. Y no somos de barro y volvemos al barro?...

Pepilín, en su impotencia, se sentía atraído por algo inefable, por una gracia que no comprendía, como no comprenden los árboles el misterio que les hace buscar la luz.

Y, a un mismo tiempo, era suspicaz y huraño. Habéis notado cómo el perro, el amigo del hombre, que de éste es de esperarse que no reciba daño, se dobla, trata de esconderse, cuando le han dado de palos. Pues los seres humanos somos así, nos resentimos, somos desconfiados, cuando la vida ha sido un suplicio; y siempre creemos que vamos a ser maltratados en la carne viva de la extremada sensibilidad. Y Pepilín miraba con esquividad, asustadizo, hasta cuando alguien le alargaba la mano para darle alguna fruta, o algún dulce; como el perro, al tirarle un hueso, se espanta, como si le tiraran una piedra...

Desventaja es nacer como él nació! El gran poeta Deligne, al tratar con la maestría con que él sabía hacerlo, de la vida y estancia de una pobre planchadora, escribía: "su mano de mujer está grabada hasta en el lazo azul de la cortina". En la casa de Pepilín no había cortina ni lazo azul, sino un biombo cubierto de periódicos pegados con engrudo...

Su miseria la alumbraba un quinqué de tubo ahumado y roto. Quizás por esto, por ese escenario en que carecía de todo, por ese no tener a nadie de quien esperar nada, como algo natural veía el pardo y astroso vestido con que se cubría su madre; el lecho de paja en que él dormía; y los fogones casi siempre apagados, en los que más veces se veía un gato dormido que algo que asar... Era la pobreza que veía a cada paso...

Y aquel caserío de una calle, que se confundía con el camino real, se lo aprendió de memoria, como se mete un paisaje en una botella.

En la mente, como en una detallada fotografía, tenía Pepilín siempre presente el sitio en que una gruesa holandesa se sentaba a vender sus dulces de harina; por donde salía el marido de ella, alto y flaco, a caballo, a voltear por las colonias, como capataz; en donde estaba la pulpería de ir a buscar el gas de la lámpara; la mancha coloreada de "flores de todo el año" que surgía de entre las piedras, en un recodo del camino; en donde alzaban sus rígidas espadas las hojas de unas matas de maguey, y sus paletas carnosas erizadas de espinas algunos árboles de tuna y cambrón; y las mayas de púas curvas; y el corozal, debajo del cual recogían los duros corozos. Tierra áspera, de gente áspera... en un estrecho ámbito, pedregoso y estéril!...

Sobre todo, en Pepilín eran casi ideas fijas la explanada de tierra rojiza en que estaba el frondoso mango que servía de escuela; y el boquete de alambre con púas por donde penetraba en los potreros, con sus compañeros Joaquín Santana, el del infalible tirapiédras; Juan de las Nieves, el del valioso saquete de bolas de vidrio; y Fructuoso Severino, el de la sonrisa blanca entre los prietos labios, siempre abiertos.

Podía ir con los ojos cerrados al naranjal que amarilleaba de naranjas agrias, donde hacían sus nidos los negros judíos; por donde de mañana pasaban de tránsito hacia el distante río las bandadas de garzas, poblando como de papeles picados el espacio; y se secreteaban su amor los ruiseñores; la parcela con las empalizadas del corral de encierro de la boyada del Ingenio Los Oli-

vares, en la que los carpinteros hacían al aire libre las carretas y los yugos de esa hacienda... Y le parecía oír, como perennes alucinaciones, los graznidos que de noche, de tiempo en tiempo, le dedicaban las lechuzas al silencio de la aldea...

Sirios, chinos y de otras nacionalidades, venían a los ingenios, a través de las rutas oceánicas, de los extremos del mundo; pero muchos conservaban correspondencia de sus familias; y, de cuando en cuando, algún pariente buscador de fortuna les llegaba, como caído de la luna, en busca de trabajo y de nueva vida; y evocaban la nostalgia de la historia personal que habían vivido detrás del horizonte de la ausencia...

La madre de Pepilín, en cambio, fue una desterrada, una voluntaria exiliada en su propio país, que nunca habló de su propia madre, que nunca habló de su padre. Ni recibió jamás una carta que le enviara su familia. Si bien es cierto que en aquellos tiempos, sin comunicaciones, cruzados los campos a menudo por bandoleros y revolucionarios, era de esperarse una correspondencia de China antes que una de nuestros campos. En las comunidades progresistas, como las venas de una vieja y gigantesca mano, por todas partes cruzan las carreteras, los vehículos de motor, los alambres del teléfono, y hasta las volanderas noticias del telégrafo sin hilos... Por aquel entonces... cada dominicano era una isla en la isla. Y todavía en muchos países latinoamericanos, es ese el sub-desarrollo y el aislamiento...

Pepilín quería a su madre; sólo los monstruos no quieren a su madre. Pero seguramente comprendía que aquel mutismo, que aquel silencio con respecto a su origen, hacía más penosa para él la condición de aban-

dono en que le tocó venir al mundo, como una cifra en la lotería del nacer...

Hubiese sido consolador para Pepilín que, con la sangre de su madre, una abuela viejecita le hubiera ofrecido el columpio de sus faldas, y la caricia de sus manos; o un abuelo, encorvado de años, le hubiese sacado de su conciencia de trabajador de la tierra, sanos consejos, como sacaba sanos tubérculos del suelo trabajado. Nada. De aquel lado de las selvas por donde había recalado a El Pedregal su madre, sólo estaba el enigma del misterio y del olvido... avaro de su secreto, como una esfinge...

La gente del lugar, por lo que había oído decir, o por haberla visto en el parque Colón, de la capital, comparaba a María Consuelo, por sus facciones de aborígen, con Anacaona, la sufrida reina de Jaragua; y pensaba que María Consuelo acaso enterró en su alma el dolor de algún drama inconfesable, de familia; que ella, al proceder así, era fiel a las tradiciones de la estirpe precolombina a la que pertenecía, por su ascendencia. Y Pepilín, como si también obedeciera al imperio de ese pasado, temblaba cuando intentaba quitar el velo de la incógnita; como si los paganos dioses de los aborígenes le amenazaran con castigar su indiscreción.

Ya casi en la adolescencia, Pepilín, en un despertar de estupor, era un bajel de velas desplegadas, por entre desconocidos oleajes y escollos; y por fuerza tenían éstos que imprimir perdurables huellas en la cera blanda de su carne y en las nacientes energías de su carácter...

Pero iba él a aprender a poner buena cara al mal tiempo; y a silbar siempre una alegre canción, como

si la canción pudiera conjurar las iras de los elementos y los embates de la vida?... Sólo el tiempo, que no había transcurrido aún, hubiese podido contestar estas preguntas.

Dos caminos hay en la vida: el que señala Heráclito, para llorar; y el que indica Demócrito, para reír.

Por supuesto, el que casi siempre llora, a veces ríe; el que casi siempre ríe, a veces llora...

Pepilín iba a llorar a su madre muerta. Cuando un mozuelo llora porque le pegan, no bien secas están las lágrimas, se pone a reír. Cuando es por la muerte de su madre, algo inefable del corazón le dice: llora, haces bien en llorar por ella; era el camino de la verdad desconocida por donde viniste a la vida... a saber que, a pesar de la luz, la verdad sigue en las tinieblas...

En su camino ¿estaba destinado a comprender que la vida es enigma, dolor, tragedia, contradicción, paradoja y... burla, y a vivir como Júpiter: lanzando rayos, o prorrumpiendo en carcajadas?... Quizás; el futuro del hombre es una carta de azar sobre la ancha mesa del planeta... Pero la verdad era que, como una cualidad resaltante, poseía el don de la risa fácil en su miseria, una especie de luz de sol sobre la ventisca y la lluvia...

III

Pepilín no nació, pues, en pañales, de la mano de partero eminente; seguido de anuncios en periódicos de gran circulación, con títulos en los que aparecen las cigüeñas complacientes. Nadie le ofreció al nacer, a encumbradas amistades. Pero no había nada de malo en eso. Jesús, el divino Jesús, nació entre pajas y animales, como encarnación de la humildad; y la humildad no es un motivo de deshonra. Pero era su verdad, y la estamos desarrollando; como una novela del recuerdo; como una película realista; o como una humilde biografía, que nunca carece de interés...

Una comadrona de barrio le recibió; en una casa de desastrados vecinos, que se enteraron de su sorprendente llegada a este empeño de vivir, por los gritos con que, todos, parece que expresamos que querríamos volvernos atrás; esto es, que no nos dieran a luz, y quedarnos en las preguntas sin contestación de los millones que no nacen; que venimos para expiar el pecado original, que no podrán atenuar los siglos, porque en la mente de Dios sólo hay un día eterno de castigo para el hombre; que seguirá siendo enemigo del hombre. El le dijo: sé feliz; y se hizo desgraciado... quizás para siempre.

Los iniciales impulsos de Pepilín fueron de desventaja y de incertidumbre de sí mismo. Su madre no tenía historia, y no tener historia equivale a la creencia de que el origen no es bueno... Es muy difícil crearse un nombre y un renombre, cuando falta el árbol genealógico, esto es, el abolengo, la ayuda que nos transmiten los abuelos.

María Consuelo había llegado a El Pedregal huyéndole a su vida. A la vida no se le puede huir; ella nos abraza, y cuando nos suelta, ya estamos en la muerte. Pero de nuestra vida, podemos huir en la vida. Obsesionados; si nos empuja la desesperación, el deseo de escapar por entre las fuerzas repulsivas y atrayentes, que giran dentro del corazón, y se manifiestan por las inquietudes de protesta, de odio, o de venganza... y muy pocas veces por impulsos de amor...

Sin embargo, este que hacemos no es un relato de la vida, de la pobre vida de la madre de Pepilín, sino, como dijimos, de la vida de él mismo. Pero era su partida, su comienzo; y el comienzo es lo que determina a veces hacer bien, o mal el viaje...; cada alma es una historia, y un camino que se emprenden... hasta la llegada de la muerte.

Pepilín era hijo natural de un abúlico capataz de cultivos de caña.

Nunca hemos entendido por qué llaman naturales a los hijos de personas que unió el concubinato; como si los vástagos procreados en un matrimonio fueran artificiales. Aunque a veces lo son, por la ley, para el marido engañado, que carga con ellos sin ser suyos...

Pedro González, su padre, tuvo noticias del nacimiento de su hijo con indiferencia; como a quien le

dicen, sin nada que perder, o ganar: está lloviendo en la montaña...

En cambio, se emocionó, habló de su buena suerte durante una semana, cuando su vaca criolla La Cimarrona tuvo un becerro de Azabache, un toro africano que le prestó de padrote el Administrador del Ingenio Los Olivares. Esto sí es una carta de triunfo, de prosperidad —pensaba Pedro González— mientras aquello del hijo traído conforme con las leyes de la naturaleza y del instinto, y no de acuerdo con un previo cálculo, como había obtenido el hijo de Azabache, sólo era la amenaza de pensiones alimenticias acordadas por el tribunal de algún juez sin hijos, o con hijos que tampoco de voluntad alimentara.

De Pedro González se decía que todo lo veía con los lentes negros de su hastío y su egoísmo. Pero era su padre. La verdad escueta de la condición de desamparo de Pepilín.

Si quereis conocer la sicología de un hombre, tratad de saber cómo fue su niñez. Hasta los hijos de los padres normales se enfrentan, desde sus días de párvulos, con situaciones contradictorias, que impulsan al alma hacia la incomprensión, el prejuicio y la discordia. Les prohíben matar a los lagartos, las mariposas y los pajarillos que pueblan los escenarios de los juegos infantiles; pero ven cómo despescuezan las aves en la casa, y cómo descuartizan las reses y los cerdos, para la comida diaria; cómo se les dice que no golpeen a sus hermanos, pero cómo son corporalmente castigados por esos mismos hechos; cómo los pájaros se engullen los insectos; cómo el gato asecha al ruiseñor encerrado por el hombre en una jaula; en fin, cómo los seres se persi-

guen y se destruyen los unos a los otros. Y ven cómo se les impide que, por el dinero, la raza, la política, o la religión, se unan a otros niños con quienes querrían jugar... Y así, la escuela del mundo es una escuela de impiedad.

Si tales son las impresiones desorientadoras en una familia que vive en normalidad, es de deducirse fácilmente cuáles fueron para Pepilín que, además, asistía a las reyertas de su padre y de su madre, cuando aquél, borracho, después de varios días de no saber cómo vivía su familia, se presentaba con los bolsillos vacíos; tirando de los cabellos a María Consuelo; reprochándole que, según le habían dicho, la vieron hablando con un hombre en la calle (a la calle salía a menudo a llevar la ropa ajena que lavaba y planchaba); para terminar los infundados celos con que necesitaba uno de los pocos muebles que poseían, para empeñarlo, o alguna de sus ropas maltrechas, para venderla...

En los borrachos se libertan los instintos reprimidos. El ambiente de irritabilidad del cual se había rodeado Pedro González al lado de su concubina, la bruja doña Altagracia, quien lo impulsaba a esas maldades, en un tris estuvo más de una vez de lanzarlo a suicidarse, o a matar a otro...

Pepilín ardía en deseos de crecer, de emanciparse, de huir de ese paraje de El Pedregal, en el que se diría que hasta los corazones eran de piedra. Sólo había gente áspera y tierra áspera.

El camino real que hacía de única calle, se extendía por delante de su casucha, polvoriento, en la llanura, y le insinuaba inciertas rutas en el lejano horizonte...

Pero no podía irse; esperaba; le ataba la vida de su madre, que él veía, casi sin comprender, que se le iba sin remedio. Presentía que la muerte de ella le iba a dar la dolorosa liberación de tomar su propio camino, un día cualquiera... Pero tenía que esperar...

La vida de Pepilín comenzaba cuando terminaba la de su madre. A veces sentía el miedo de los niños que presienten el castigo, el inmerecido castigo de estar solos en medio del mundo. Y detuvo hasta el fin de la vida de su madre, su deseo de ausentarse para siempre de El Pedregal; aunque para siempre le persiguiera el recuerdo de aquel inhóspito lugar de su desvalida orfandad. Pero conservaba su risa, porque era la mejor defensa que Dios le había dado para luchar contra el dolor.

De la continua lucha de los seres, tuvo patente, la lección objetiva de que vence el más fuerte, y se dispuso a templar el ánimo, dentro de su cuerpo escaso de carnes. La gente dice: ¡sabe mucho un huérfano!... Y es que el huérfano, o el que carece de protección en la infancia, aprende pronto a darle el frente a la cruda realidad con que tropieza...

Qué le esperaba? No lo sabía; no podía saberlo. Pero él quería un camino, sin saber que eso fue lo primero que ofreció Jesús para salvar a los hombres, cuando dijo: yo soy el camino, la verdad y la vida. Y lo que encontró Pablo, en sobrenatural visión, guiándole hacia la santidad, cuando iba para Damasco.

Después llegamos a la verdad, a nuestra verdad; y a la vida que a cada hombre le depara el destino, con la gracia divina para unos, que se levantan y triunfan; mientras otros van cayendo vencidos, porque no creen

en sí mismos ni en la alentadora esperanza que baja del cielo...

Se endurece el alma cuando la vida es dura. Pero se aprende a no caer; aunque a veces se pierde hasta el sentido de la piedad, para que la piedad no nos quite en el combate las armas. Y para Pepilín estaba cerca el día en el que iba, de novicio, a emprender su viaje por el camino de la realidad, que admite la maldad de la vida, a la vez que le place su belleza; que admira el portento de la creación y cree en la omnímota y misericordiosa presencia de Dios en el mundo; porque ésto es lo que para él estaba predestinado.

Aquella pobreza fue de Pepilín la madrina enojada. Aquella casita de techo de yaguas; de piso de tierra húmeda; por donde cruzaban haciendo zig-zags las lombrices; de tabiques de tablas de palma, en las que prolongaban su sueño las salamanquesas; sombría; en donde no entraba el sol y al fin entró para su madre la anemia; aquella casita, levantada entre piedras, que mientras más se recogían más surgían, fueron símbolo impresionante de que la senda de su existencia no iba a ser de flores. Aquellas piedras de El Pedregal, perennemente las veía, en la imaginación, semejantes al ácimo pan viejo de los pobres; especialmente en el momento en que crujieron, como si gritaran, cuando cuatro hombres sacaron de su oscuro aposento el cadáver de su madre, para llevarlo a enterrar; y, como un diamante que raya un cristal, el graznido de un ave agorera rasgó la tela ya oscurecida de la tarde. Cuando este recuerdo le embargaba el ánimo, dejaba de reír, y de asomar sus blancos dientes, como deja de alumbrar el sol detrás de las nubes.

El dolor y la muerte cruzaron por la puerta por donde Pepilín entraba al mundo. Y con un origen así, en el que no encontraba ni sonrisas ni cariño, comenzó a desconfiar de los hombres, y... de las mujeres... Qué culpa tiene un niño de que le llenen el corazón de pesares?...

Pepilín fue el personaje de una angustia capaz de agotar en el alma las fuentes del amor por el prójimo. María Consuelo maldijo a Pepilín cuando ella se moría. Qué se había hecho el amor entrañable de la madre, que tantos poemas inspira?... Ese amor profundo, arraigado, incomparable, casi nunca falta; pero en su madre joven, de treinta y tres años, que no quería morir, y él no podía salvarla; presa de una enfermedad que la llenaba de desesperanza ante la imposibilidad de vivir y ser feliz; en la que no cabía la resignación, no era posible ya ni el mismo amor a su hijo... Qué desesperante debe ser, ver llegar a la muerte cuando no queremos irnos del mundo, y la extremaunción no acude para ayudarnos en el viaje!

Cuando María Consuelo murió, la desvalida niñez de Pepilín no pudo tener recursos ni para hacer propio el ajeno montón de tierra en que la sepultaron. En El Pedregal, en esa tierra áspera, de gente áspera, Pepilín era impotente aún para ganar su ligera merienda.

Sólo tenía Pepilín doce años, el aciago día en que los arados del Ingenio Los Olivares removieron las sepulturas de aquel rústico cementerio, para sembrarlo de caña.

Desde entonces, los humildes cementerios de los caminos reales y las aldeas; de tumbas sin cruces, y de cruces sin nombres; cercados de alambre con púas;

LUIS HENRIQUEZ CASTILLO

en donde penetran las aguas y los animales extraen las calaveras; en los que la hierba, debajo de los cadillos y las malvas, y los cardos santos, se extiende como para cubrir el abandono, le hacían pensar a Pepilín que si entre los vivos hay miserias, también las hay entre los muertos...

IV

Hasta el paisaje era desolado, oprimente, en El Pedregal. Tierra áspera, de gente áspera.

De trecho en trecho erguía su silueta algún naranjo, con dos o tres bolas amarillas entre sus hojas prietas; o rosarios de negros judíos, que rompían con sus gritos la desolación, volaban a ras de los rasos alcarrizos, delante de las pocas personas que cruzaban la sabana. Cangrejos rojos y azules, pululaban por los estrechos senderos que eran como venas de la arrugada piel parda de la llanura. Se diría que el sol, inclemente, de tabardillo, quemando la hierba seca que ardía casi por sí sola, por el ojo de fuego de algún pedazo de vidrio, no permitía que las nubes se detuvieran a refrescar con su regadera aquellos terrenos áridos; en los que de beneficio únicamente crecía la guáyiga, planta de la cual pobres mujeres hacían almidón. Escuálidas reses, sedientas, acaso atraídas por el espejismo de agua de aquella calcinada parcela, escapadas de lugares menos inhóspitos, y los bueyes viejos y descornados del Ingenio Los Olivares, ya inútiles para las faenas de la hacienda, morían, esparcían sus huesos y atraían perros salvajes, como hienas.

Así era el cuadro, la pintura impresionista, que se contemplaba en El Pedregal... de atmósfera cega-

doramente calurosa y transparente. De solregonador de miserias.

A veces, mientras Pepilín y sus compañeros atravesaban por el solazo de aquella llanura, una fusilería de rayos atronaba en el aire, y ellos corrían, riendo a carcajadas... y, acezantes, se dejaban caer sobre el suelo ingrato.

Pero, allá, distante de ese escenario angustioso, fantasmagórico, que circundaba el caserío, se veían, verdes y lozanos, los campos de caña; y el blanco obelisco de la chimenea del Ingenio Los Olivares, que en el tiempo de la zafra ostentaba, perennemente, el trazo de tizne del humo de las máquinas en el alto cielo tropical.

Este ingenio era el único sitio de trabajo, de salario misérrimo para peones, de adolescentes y adultos que no podían aspirar a otra cosa en aquella esfera de expoliador capital extranjero. De esto y de muchos otros casos iguales y peores, habíamos sido culpables los dominicanos, y, en situaciones análogas, casi todos los pueblos de la América Latina...

En la sabana de El Pedregal, muchas revoluciones dejaron centenares de muertos enterrados en fosas superficiales y comunes, que no tardaban en salir a unir sus huesos a los huesos de los animales muertos. Y Pepilín encontró muchos montones de cápsulas abandonadas; como testigos verídicos de aquel campo de Agramante.

Quién le hubiera dicho a Pepilín que cuando él hacía perdigones del plomo de esas cápsulas y usaba de su pólvora, para ir de cacería con escopetas de pistón, estaba tocando los cuerpos del delito de la barbarie!

En esa sabana seca de El Pedregal, en una batalla campal en que los hediondos y mutilados cadáveres eran transportados en carretas, por lo numerosos, el General Cabrera, un centauro, quien, como tal, era un solo armazón con su caballo de valiente, digno de una página de heroísmo si hubiese sido defendiendo a la patria, exclamó, al verse mortalmente herido: "Tenía que ser así; el sol que iluminara mi derrota tenía que iluminar mi cadáver". Y fue como un símbolo del trágico romanticismo de América...

El ser es hijo de su herencia y de su personal ambiente; y Pepilín no podía escapar a esa ley; tenía que sumarse a la obra de mano barata, que es lo que venían a buscar los ricos de otras naciones, sin ningún sentido de humanidad. Sin pagar impuestos de ninguna clase en proporción con sus rentas, ni cooperar con los servicios públicos. Y ninguno de los compatriotas de Pepilín se hubiese creído capaz de soñar siquiera con llegar a ser propietario de una empresa azucarera. Las palabras millón y millonario no cabían en el cerebro de nuestros hacendados nativos. Eran privilegio sólo de extranjeros.

Así, después de la muerte de su madre, a quien deseaba que Dios tuviera en paz, y de probar los acíbarres de la orfandad; arrimada la pobreza de Pepilín a la pobreza de sus vecinos, Pedro González, su padre, más que por condolerse de su hijo, pensó en Pepilín para que lo ayudara a ganar un poco más de salario, ocupándole en subir caña a las carretas y a los vagones; en amontonar y cargar cogollos para los bueyes y los caballos; en comprar las provisiones en la tienda de miscelánea, a crédito, mediante vales; o en calentar en

los carriles la comida que le enviaba a su padre la concubina de Pedro, que tanto hizo sufrir a María Consuelo, la desgraciada progenitora de Pepilín. Y, a cambio de todo esto, Pepilín sólo obtenía algún pantalón con el mapa de deformes remiendos, o algunas pobres dádivas para mal atender a sus necesidades de manutención...

A veces él mismo asaba víveres en las brasas y las cenizas de los tocones que quemaban, en las tumbas de árboles para preparar las siembras. Y su padre le condujo a lo que fue su primera prueba de trabajo, entre los cortadores de caña y los fogoneros de las locomotoras...

La vida es a veces una tremenda escuela, y así lo fue para Pepilín. Pero, al menos, le salvó de ser un perdido holgazán; de vivir de la mendicidad; y supo, desde temprana edad, lo que es para los pobres ganar el rancho de cada día con el sudor de la propia frente. Fue mucho mejor ese aprendizaje, que si se hubiese criado entre prostitutas, alcoholizados, jugadores y ladrones. A Dios gracias, bien se veía, no nació para escoria.

Los domingos, en los que, aún en los meses de la zafra, todo se paralizaba y enmudecía, sus doce años se ponían a meditar. Nacía a la vida interior. La realidad es impiadosa, pero enseña a vivir...

Aprendió, de muchacho, a ser un hombre. No tuvo para jugar, trajes de vaqueros del oeste yanki, ni tambores y cornetas; ni menos, velocípedos, o patines. Ni tuvo nunca la grata sorpresa de una mañana de Reyes Magos rica de regalos. A lo más, se quedaba un rato alelado en la contemplación de los niños del Adminis-

trador y de los ingenieros del Ingenio Los Olivares, que portaban sus redoblantes y trompetas; vestidos con trajes típicos de países que para él sólo existían en la geografía del sueño...

Qué triste es la condición humana de los niños pobres!... Cuanto más para él: ahilado, enclenque, aunque atrevido.

Sin embargo, ¿no eran maravillas de regalo para Pepilín las sabrosas frutas de los árboles; el frescor del río; la luz del sol; el canto de los pájaros y el perfume de las flores?... Dios, el Rey de los Reyes Magos, tiene su gratis juguetería en los ricos escaparates de la Naturaleza, aún en los lugares menos favorecidos...

Iba al río, en la ribera del cual estaba el Ingenio Los Olivares, cuando su padre le remitía a su madre, doña Alejandrina, por medio del viejo yolero Juan Sánchez, la exigua pensión mensual que destinaba a ella. Entonces a hurtadillas, se bañaba. Y Papá Juan —así le decían al buen Juan Sánchez— le reprendía como un buen padre; y Pepilín comprendía que a Juan Sánchez le despertaba simpatía. Y aquella bondad de Papá Juan le refrescaba el ánimo, como el río le refrescaba la carne. Y comenzó a soñar; a ver en la yola de Papá Juan el camino movedizo de su libertad...

Su recóndita disconformidad, que pugnaba por manifestarse, no surgía de la faena diaria, desde el alba hasta el anochecer.

Al fin se hubiese acostumbrado; y no hubiese tenido otra idea que la de llegar a ser un cuidador de bueyes; un picador de caña; un aprendiz de mecánico; o el plantón de algún ingeniero exótico... si el camino de su pretendida partida no le era posible.

Lo que le inquietaba, era la ojeriza con que le trataba su madrastra, doña Altagracia, vieja de ojos bizcos; como si en Pepilín hubiese reproducido el rencor que sintió contra su madre por haberlo procreado con Pedro González, mientras ella era una roca estéril. Y le dolía saber que su madrastra, que se había alzado con Pedro González, mucho tuvo que ver con el infortunio y la muerte de la infeliz María Consuelo; y, por tanto, con su propia desgracia de huérfano.

Se sentía ofendido y humillado; y del fondo del corazón le subía una reprimida soberbia. No podía dormir; apenas podía comer. Aquella mujer le tenía odio; e inventaba calumnias, hasta de robo, para que su padre le odiara también y le maltratara a golpes. Sin embargo, en ausencia de su padre, su madrastra tenía sesiones de espiritismo y hacía brebajes para dominar a Pedro González; “amarrarlo”; hacer de él un “zombí”, esto es, un autómatas a la orden de su capricho. Ella sabía que Pepilín estaba enterado de sus fechorías y temía su denuncia.

Una mañana la sorprendió mientras, frente a otra mujer, de igual traza estrafalaria a la de ella, decía: mi receta es dos dedos de “aceite intranquilo”, un poco de “hueso del cementerio” y zumo de “no me olvides”. No sabía si era una poción para su padre, o para la vieja que estaba presente; pues él se escurrió, sigilosamente, para que no advirtiera que la espiaba. Pero otro día, un hueso rompió la almohada de su padre, y salía con parte de la lana; hizo mayor el hoyo, y vió que eran varios los pedazos de hueso. No tuvo dudas: para él eran de gente. Cuando su madrastra vió la almohada rota, pensó en Pepilín en seguida:

—Mira, bribón: tú rompiste la almohada.

—Yo, no; qué almohada? —contestaba Pepilín.

—Te haces ahora el chivo loco. Mientras no te vayas de esta casa, no estaré tranquila. Mal rayo te parta!... Y lo miraba con sus ojos bizcos, más bizcos por la rabia...

No dijo nada; no quería descubrir su intención precisamente de irse pronto de aquel cautiverio. Nada le dijo tampoco a su padre de los huesos de muerto que descubrió. Con curiosidad infantil, vió que su madrastra recosió la almohada; y, al tocarla y estrujarla, comprendió que había sacado los huesos de la funda, temerosa de su delación. Por sospecha, lo perseguía a palos, y exclamaba: por malo, voy a ponerte moradas las nalgas... Y la curandera escupía el insulto de su saliva de color de tabaco.

En la avidez de Pepilín por conocer los secretos de la brujería de su madrastra, cuando ésta estaba ausente, registraba cuantos cajones, colchonetas, fundas de almohadas, canastos y vasijas encontraba, y descubrió en un estuche de lata, entre camándulas y oraciones, estas notas: "Para conseguir dinero: Café colado, con azúcar y miel, y un tabaco, a San Elías; o miel de caña y ajonjolí, un vaso en medio de un plato, con agua florida sobre agua y aceite. Para lavar la casa: 3 limones agrios, 5 centavos de perejil, 2 centavos de caña, "arrasa con todo", y trementina después de hervir lo demás; luego se lava la casa con agua caliente. Para alivianar la casa, cuando está pesada: se riegan 21 limones agrios los viernes, y se recogen los martes; según se van secando se va la mala suerte. Para actuar contra un enemigo: un vaso medio lleno de agua, 1

centavo de sal y 1 limón agrio partido en 5 pedazos; este limón partido representa los cinco sentidos de fulano, zutano, o mengano. También contra un enemigo, un vaso con agua y sal; se le pone un papel con el nombre de la persona de quien se trate; se vuelve boca abajo el vaso en un plato llano; se toma una vela y se prende por la parte de abajo; y entonces se pide, ante esa vela, a San Elías, a San Miguel, o a San Marcos de León, lo que se desee.

Para obtener un amor, se necesitan tres cosas: agua de encanto; agua divina y agua florida; y con ellas se humedecen las manos, los brazos y el cuello. O se emplea viní-viní; "arrasa con todo" y "agua de la buena suerte"; se le prende una vela a San Santiago, durante nueve días, y se le reza así: Padre mío, como tú venciste la guerra de los blancos, quiero que venzas los cinco sentidos de fulano o fulana; que sea puesto o puesta bajo mis plantas; luego se dan tres fuertes pisadas en el suelo. Nota: esto se compra en las boticas. Consulta y receta: un peso. La botella preparada: según sus ingredientes.

Y Pepilín tenía sueños en los que veía a San Miguel boca abajo, y limones, y centavos, y sal, y azúcar... regados por el suelo, no queriendo él pisarlos. Y veía a la vieja Altagracia con su pañuelo negro en la cabeza, la camándula que le llegaba hasta la cintura y su traje de algodón tramado...

Nada bueno esperaba Pepilín de su padre, unido, o no, a esa arpía. Le era necesario buscar y encontrar una salida, otro lugar y otra manera de vivir, para no sucumbir de congojas... Casi no hablaba; de noche tenía horribles pesadillas, que hacían acudir a su ca-

mastro a la misma doña Altagracia; y su presencia le daba, al despertar, la impresión de que se hallaba en el infierno. Estaba febril; y se apartaba a los rincones de la casa, lleno de angustia, pero con una lucecita de esperanza en lo profundo del alma, que él no podía saber quién se la encendía.

Los trabajadores, en el corte de caña, querían reanimarle; y pensando que su tristeza era por ser huérfano, le decían que todos somos hijos de la muerte; que era preferible que María Consuelo muriera, a estar sufriendo de ese incurable "mal de la sangre". Pero Pepilín lo que ansiaba era su libertad, arrancar las amarras que lo fijaban al suelo despiadado en que nació, desterrar el mal que le hacía la vida, además del mal que le había hecho la muerte de su madre...

No obstante, trabajaba, trabajaba, como un hombre, como un hombre fuerte; tal como sus compañeros querían que llegara a ser...

Que el trabajo es la vida, lo llegó a comprender? Deseaba dejar de existir cuando no pudiera trabajar? Sabía que sólo por el trabajo, se hace, o se modifica el destino? En esos inciertos instantes de su presente tales apreciaciones eran imposibles. Sólo estaba empujado por impulsos intuitivos de su naturaleza inquieta.

Pero Pedro González, su padre, a pesar de la malquerencia de doña Altagracia en contra de Pepilín y de su propio desamor por su hijo, le hacía trabajar. "Qué trabajador le ha salido!", le decían los picadores de caña; "a tal palo, tal astilla"; "la gente es como los animales, hay que buscarla por la raza"... Mismamente el hijo es como el padre, de puro parecidos!, opinaban.

Pedro González sonreía y, nervioso, pestañeando de gozo ante Pepilín en ese instante, chupaba su pipa, y, engallado, hacía caracolear su caballo. El orgullo es así. Pepilín bajaba la cabeza, miraba de soslayo a los que hablaban; se sentía muy dudoso de que le favoreciera la herencia; continuaba en su tarea; y sumaba su voz a la rítmica tonada con la que los campesinos mitigaban la fatiga de la brega...

Su padre, con su machete de capataz fijado en la silla de su caballo; su revólver al cinto; calado su sombrero de panamá; ceñida su chaqueta americana de caki, de alforzas y de numerosos bolsillos; luciendo polainas de cuero sobre sus estrechos pantalones, picaba su montura, de jefe de un latifundio con sólo un salario de doce pesos semanales; giraba su recorrido por la pajiza mancha que se extendía cada día más a la medida en que el corte de la caña avanzaba; y daba órdenes a los carreteros y a los conductores de las locomotoras que transportaban la cosecha a los molinos del Ingenio Los Olivares, a varios kilómetros de distancia...

Entonces la noche, a veces lluviosa, se unía a la noche, siempre húmeda de sudor, de aquellas negras espaldas...

Los haitianos y los ingleses, mezclando sus idiomas al nuestro, hacían coro; y se diría que era una escena del Africa colonial y esclava, en América...

Ni el rocío, ni la lluvia, ni el fuego, les ocasionaban daño a los trabajadores. Hacía años que estaban acostumbrados a esos elementos. Generalmente el daño les venía de la rudeza del capataz. Rudeza frente a Pepilín y los peones; jamás frente a los mayordomos y los admi-

nistradores del Ingenio. Y los murmuradores decían: “el puerco sabe en qué palo se rasca”.

Pedro González era también boyero, especialmente para el encierro mensual de los bueyes, a fin de contarlos y señalarlos; o para castrar a los toretes. Y el látigo de tres metros que usaba para maltratar los animales, lo tenía a la mano para intimidar a los braceros que trabajaban con él; y ante cualquier distracción en la faena, lo hacía restallar, como tiros de un revólver: tuá, tuá, tuá...; y casi siempre era un haitiano quien resultaba tatuado de verdugones, mientras exclamaba la víctima:

—C'est Papá, c'est Papá Pierre, c'est Papá Pierre..

—Qué c'est Papá, ni c'est Papá Pierre! Trabaje y déjese de ñoñerías.

Tuá, tuá, tuá...

Doña Altagracia le había dicho:

—Los peones son como las bestias de carga: sin espuelas, se echan en el camino. Los carreteros usan la garrocha para los bueyes. Usa tú el látigo para los jornaleros...

Y se encaraba a Pedro González, como dándole una orden con sus miradas. Y para Pepilín le daba también un malévolos consejo...: y déjate de mano floja con tu hijo...

V

Se acercaba la hora de decidir. La noche de aquel enero, en la que la luna parecía la esfera de un reloj de oro, fue propicia para que el pájaro azul de la fantasía de Pepilín abriera sus alas al vuelo, bajo el claro tul del cielo nocturno; y lo animara a un decisivo cambio de rumbo en el viaje de incertidumbres de su vida...

Inefablemente impresionado por ese claror del firmamento claveteado de diamantinas estrellas, se durmió sin los sobresaltos de las pesadillas que con mucha frecuencia lo turbaban, haciéndole presa de convulsiones parecidas a las de los epilépticos.

Y tuvo el sueño más agradable de los que recordaba: en una transparencia que convertía las hojas en luceros, como si el cielo resplandeciente que había contemplado hubiese descendido a la tierra para cubrirla con un velo de ensueño; que transformaba en una alfombra de florecillas multicolores todo el césped; en loza bruñida el agua del río; en una gran gaviota de alas brillantes la pequeña embarcación de Juan Sánchez; y en una visión sonriente el rostro de su madre, conducida por el aire a las nubes, y como si de ella la diestra levantada le orientara, se veía en una barquilla blanca deslizándose sobre límpidas olas...

Con un pensamiento neto, rotundo, en la mente, esperó la próxima fecha en que tenía que despachar para el pueblo la pensión que su padre dedicaba a doña Alejandrina, abuela paterna de Pepilín. Y en esa espera, trabajó más y mejor que nunca; hasta le pareció menos repulsiva la cara de su rijosa madrastra; cantó y habló en el trabajo como nunca; más que antes, su padre, que le veía rendir más eficiente labor, concibió de parte de Pepilín gabelas para su personal porvenir. Quizás se le podía advertir en los ojos, y los labios, y el cuerpo entero, la gran alegría inexplicable que su hijo sentía, desde aquel sueño en que el cielo para Pepilín había bajado a la tierra... Soñar es vivir.

Pasó para Pepilín un largo mes de bregas; pero llegó lo que esperaba.

El sol del anhelado día, apuntó radiante, como si aquel claror lunar hubiese sido un anticipo, en la realidad como en el sueño, de la luz que iba a expandirse con derroche de gracia en aquella mañana en la que se encaminó hacia el río. Dios debe ser, sobre todo, luz y amor; y seguramente es con amor y luz como purifica y embellece lo feo cuando se dispone a hacernos entrever la felicidad... Y Pepilín necesitaba un poco de amor... y de luz.

—Papá Juan —le dijo al viejo del río— voy al pueblo con usted a llevarle la pensión a mi abuela, y a darle un mandado de mi padre. Fue, que él recordara, su primera mentira. La pequeña nave, airosa de blancura, se balanceaba, como invitándole a embarcarse. El río, como en el sueño, le parecía de loza bruñida, rizado por la brisa mañanera, bajo la tibia caricia del sol; las piedras, pintadas de cal, alineadas a la entrada de la

casa cercana y empinada del Administrador del Ingenio, brillaban como estrellas; y a ambos lados del sendero por donde, desde un altozano, bajó a la ribera, las florecillas silvestres coloreaban el trayecto...

Era como si aquel sueño anunciador se hiciera real. Sólo la visión ansiosa de su madre faltaba en el paisaje; pero la llevaba nítida, alada, sugerente, en el alma estremecida de presentimientos... Cómo al fin la madre tiene un altar en el corazón de sus hijos!...

—Sí, hijo, me alegro de que me acompañes; yo conocí a tu madre; iba conmigo al pueblo; pobrecita; murió joven; lavaba y planchaba mucho; o hacía dulces para la tienda del Ingenio. Es penoso ganar el pan de los pobres. Tan hermosa; morena clara de cabellera larga y negra; de dientes blanquísimos; y de un andar gracioso que ponía bobos a los hombres...; y vino a dar con Pedro González! La hizo sufrir por otras mujeres. La última vez que la ví, casi no la conocía; era de buenas carnes, y estaba en los huesos; ya no reía fácilmente como antes. Bien se veía que la había cogido “el mal de la sangre”...

Pepilín sintió pena. Los ojos se le nublaron; y vió que también al viejo se le entristecieron... —Lo sé, Papá Juan. Yo estaba muy pequeño; pero la recuerdo y las vecinas me hablaban de mi madre...

El viejo de manos encallecidas, nudosas, —se le habían puesto así en su anterior y antigua ocupación de barquero, halando del uno al otro lado del río una gruesa soga— tomó un remo y empujó la yola, que se fue separando del muelle, de los lanchones cargados de azúcar y de los vaporcitos remolcadores del Ingenio Los Olivares.

Pepilín temblaba como una paloma asustada. Era el dulce susto de su primera aventura... Y le intranquilizaba pensar que su padre descubriera su fuga, y violento, le hiciera regresar... al infierno de su madrastra!

A la vez que se alejaban, se serenaba, se embebecía en una grata ensoñación; contemplaba la estela de espuma que comenzaba en la popa y se deshacía, luminosa, a considerable distancia; o seguía el rítmico compás de los remos en su avance hacia la independencia...

Hay veces en que las cosas, hasta las pequeñas, se revisten de inusitada significación. Así sucedía para Pepilín; pues hasta los peces que saltaban, los perezosos alcatraces que de estampía se tiraban a la corriente para pescar sardinas y los cangrejos que se trepaban por las laderas, le parecía que le hablaban en un amoroso lenguaje sólo comprensible para él...

Los campesinos de río arriba, que en sus canoas cargadas de diversos frutos pasaban a su lado, o los que volvían del pueblo, les saludaban con la camaradería espontánea de los que transitan por los mismos caminos. Pepilín agitaba las dos manos, despertando de su encantamiento, como si buscara hasta en el aire algo que con su simpatía aprobara y ayudara su atrevimiento...

—Ya estás grande, hijo; y parece mentira que no conozcas el pueblo, ni a tu abuela. Esa, doña Alejandrina, sí es mujer que vale; si te criaras con ella, te harías un hombre de cuello blanco y de letras. Pedro González no le salió de buena cabeza; y tiró hacia el monte; a las mujeres; y a la revolución; y da cualquier cosa por un revólver a la cintura y una mujer a la

vera. El gobernador, el General Ramón Candelario, no lo fusiló por doña Alejandrina. Cuando ella se acercó al General, él comía una naranja y las cáscaras iban cayendo al suelo. Bueno, mamita, le dijo: está bien; pero dígale a Pedro que no lo quiero aplastar, y pisó fuertemente una cáscara de la naranja. Desde entonces se recogió. Y tú, muchacho...

—Yo, Papá Juan, le dijo Pepilín, me quedaría en el pueblo. No sé... me gustaría vivir con mi abuela. Todavía tenía el temor de descubrir su pensamiento, la verdad que le bullía en las entrañas.

—Si le caes bien, no te dejaré volver; quizás te necesita. Los viejos necesitan a sus nietos cuando les faltan los hijos... le explicó Papá Juan.

Papá Juan miraba a Pepilín con sospecha, pues era un libro de experiencia; pero era dichoso en esa ocasión de ingenua complicidad de anciano que se sentía volver a la niñez. Y así, al transcurrir la hora necesaria para hacer el viaje, frente a ellos veían el campanario de la iglesia católica; los edificios; el malecón, la Punta de la Pascua, como una gran espada penetrando en el mar; los altos palos de las goletas; las chimeneas de los vapores; y la isleta de la desembocadura del río... Más allá, el mar se extendía como una inmensa explanada que parecía decirle que el mundo es grande...

En Pepilín germinaba la esperanza; y recordaba el brazo levantado de su madre con el que en el sueño más feliz de su vida le señalaba la dirección del pueblo y la nueva ruta que le conducía a la libertad...

VI

Cuando subió por la loma de La Balsa, que desde cierta distancia se diría la acrópolis de Cañada Dulce, la ciudad que acababa de descubrir para Pepilín el virginal espíritu de su infancia, contempló por primera vez, bastante de cerca, el mar.

Las apresuradas olas, empenachadas de espuma, eran como blancas ovejas; o más bien, por su ligereza, perros enormes, de refulgente blancura, que perseguieran una presa invisible. Toda la luz del mediodía se volcaba sobre las aguas. Qué deslumbramiento! Su alma, receptáculo maravilloso de felices emociones, se sintió con alas, leve como un suspiro. Ese instante, sólo lo hubiese podido comparar con la milagrosa claridad que lo fascinó en el sueño aquel que no olvidaría jamás.

Después, fue un gran amigo del mar. Si estaba en calma, flotaba, adormecido, en el olvido de sí mismo; con los brazos abiertos y de cara al cielo, en un deleitoso arrobamiento; si la tempestad le sacudía, cabalgaba sobre las olas, como sobre caballos encabritados, y a punto estaba a veces de estrellarse contra el acantilado... Y entonces el agua reía con su risa de espumas. Y Pepilín reía también...

El día de su llegada a la ciudad, era domingo; y al sol de fiesta de esa mañana —todos ponemos un

poco de sol del alma en el sol del paisaje, en los días de esparcimiento— la animada algarabía de feria del río hablaba, en las variadas cifras de los montones de frutos, las aves, y los cerdos, de la riqueza del pueblo, en pequeñas haciendas; que luego mató el latifundio, y produjo la ruina del mismo poderío estrangulador.

Su pueblo era un don de su río, como Egipto era un don del Nilo. . . El alza del precio del azúcar, en la Primera Guerra Mundial, hizo que la caña invadiera todos los predios de los labriegos ribereños; y al pasar la loca “danza de los millones”, este centro de trabajo se empobreció hasta dar lástima, con la interminable procesión de su éxodo. . .

Como nunca lo volvió a ver, aquel día de su llegada todo el río y sus márgenes eran una apoteosis; por todas partes cruzaban los coches abiertos y las cabalgatas adornadas, con grupos que tocaban música típica; y se oían las detonaciones de los cohetes.

El acto más animado que se celebraba, era una regata de botes de vela. Estaban en la bahía, como nítidas gaviotas bajo el límpido firmamento. . .

Todo el malecón, sin espacio para un niño siquiera, era una vívida expresión, de banderas desplegadas, de vítores, de movimiento, de un espontáneo y memorable homenaje de triunfo; en espera de que se produjera el gran desafío de las embarcaciones.

En éxtasis, medio aturdido, estaba Pepilín como en la puerta del sol de un país de leyenda. Su sufrimiento de muchacho pobre y maltratado, se bañaba en el agua lustral de un tiempo nuevo. Sentía en todo su ser un fluído inefable de renacimiento. . .

La competencia comenzaba desde la Punta de la Pascua, hacia el Ingenio Los Olivares, de ida y vuelta, con viento a favor y luego en contra. Los vapores en la rada, las locomotoras del muelle, las fábricas cercanas, en un tremendo estruendo, se unían al ascendente clamor de la muchedumbre.

Pepilín se demoraba en ir a ver a su abuela; pero ella no le esperaba. Tenía avidez de conocer el mundo, y el mundo se le presentaba como una maravilla inesperada...

Los balandros se deslizaban suavemente; las velas mayores se inflaban; las bordas iban casi a ras del agua; las botavaras se combaban amenazando romper las atesadas escotas; y los timoneles, callados, maniobraban y trataban de ganar ventaja...

Pero no debía esperar más en aquel encantamiento, como el que pierde a los niños que por dejarse atraer por las delicias del bosque, se internan en la espesura; y Pepilín resolvió irse por entre las apretadas filas y grupos de la multitud...

Papá Juan le había dicho: sigue por la orilla del río hasta un framboyán; vira a la derecha; verás un farol; ahí está la casa de doña Alejandrina...

Llegó sin tropiezos, ni vacilaciones... El pueblo no era grande.

Su abuela le abrazó; le miró de arriba abajo; le tocó en la barbilla y le levantó la cabeza: sí, tú eres el hijo de mi hijo Pedro. Los mismos ojos; los mismos cabellos; la misma nariz; las mismas orejas. No te podría negar: ustedes son como dos gotas de agua...

Doña Alejandrina no le dejaba hablar, ni Pepilín tenía nada que decir, personaje mudo de un drama de

sí mismo. Hizo su abuela un poco de agua de azúcar y se la trajo con un duro pan; —siéntate y toma, Pepilín; sé que tu nombre es Pepilín; tú seguramente tienes hambre...; te quedarás conmigo; estoy vieja y sola; donde come uno comen dos...

Ciertamente, no había comido ese día. Consideró excelente lo que le brindaba: sabía lo que era el pan de los pobres. Pensaba que quizás el hambre ocasionó la anemia de su madre. En verdad, es difícil, es penosa la vida de privaciones. Más que pobres eran unos indigentes, unos miserables en El Pedregal. Pero Pepilín no sabía lo que era la compasión, ni la necesitaba, pues no conoció otro estado ni con su madre, ni con su padre; y creía que a todos les daba el mismo trabajo vivir.

Y ahora, en el pueblo, era la misma presencia de la miseria lo que le esperaba. Si bien es cierto que su situación había mejorado personalmente, por el trato cariñoso de su abuela; ella tenía mucha confianza cuando decía: no hay que perder la paciencia; Dios proveerá... Y Dios proveía...

Y la ciudad le hizo nacer una esperanza que no le dió nunca el campo...

Su abuela siguió hablando, hablando, como si tuviera urgencia de decir muchas cosas a la vez, que en el fondo eran su disconformidad por haberle resultado su hijo Pedro, el padre de Pepilín, un "mala cabeza". Y doña Alejandrina continuaba: —Me consta que tu padre no fue bueno con tu madre; que la hizo sufrir; que la abandonó contigo, sin ayuda; por otra mujer; una mujer sola se puede valer; pero con un hijo pequeño está como baldada...

Pepilín le explicaba:

—Sí, abuela; mi madre había perdido las fuerzas; no podía trabajar; no tenía quien la ayudara; pero era joven y no quería morir; quién sabe no debí nacer. Y me maldijo: vete de mi lado; te odio; eres el hijo de ese canalla... Madre, le decía yo, qué le he hecho?; usted está enferma; déjeme acercar; déjeme abrazarla; pedirle la bendición; yo no tengo culpa de nada... entonces mi madre tosía, y casi se le veían los huesos; me miraba con malos ojos; y me tiraba lo que tuviera a mano, como a un perro...

Doña Alejandrina, religiosa como era, se persig-naba y decía: misericordia, Dios mío!; y con voz acoge-dora, generosa, le consolaba:

—No eres un perro, Pepilín. Tienes que perdonar-la; era su estado de salud. Tienes también que perdonar a tu padre. Dios te premiará por ello. Los hijos no de-ben odiar a los padres.

Trataba de expulsar bastante de su espíritu atri-bulado esas angustiosas impresiones de su infancia, por temor de que más tarde influyeran demasiado en su conducta.

Su abuela vivía en una pieza, y tres familias más vivían en otras tres piezas de la misma casa de ma-dera, techada de zinc enmohecido por el salitre que la brisa extraía del mar...

Doña Alejandrina poseía muy pocos muebles en su salita, el pequeño aposento y la estrecha cocina; la cocina hacía también de comedor con su mesa de pino pegada a la pared, y su ventruda tinaja de barro y sus jícaras. Los platos y las tazas estaban en tablillas más arriba de los cajones quemados en los que se veían los anafes. Había un pozo y una letrina para aquellas

familias. El agua de lluvia la vendían en la calle, en grandes barricas colocadas en carros tirados por caballos; pero cuando los algibes estaban agotados porque no llovía y el agua no se podía comprar, o cuando su abuela no tenía los cinco centavos que costaba, bebían del agua salobre del pozo, que sospechaban que se comunicaba con la letrina, llena de miasma. Pero para Pepilín la letrina era un adelanto. En el campo no tenían letrina... Dá asco, náusea... Es, en verdad, lamentable. Nuestra vida es un asco a veces. La palabra letrina también está en el diccionario... Y “la verdad es lo que es”.

Pero la peor verdad es que las aguas de los campos se contaminaban y se propagaban el tifus y otras enfermedades, con merma de la salud y aumento de las defunciones entre nuestros campesinos..., con la esperanza sólo pendiente de la misericordia de Dios.

Su abuela tenía lo que ella llamaba el rincón de los santos. Acaso no tenía qué comer; pero para velas de esperma, o de cera, siempre doña Alejandrina se daba trazas y las conseguía... Dios proveerá —repetía— y Dios proveía.

Llamó a las vecinas de al lado —doña Rosa, doña Casimira y doña Luisa— para que conocieran a su nieto. Doña Luisa prestó un catre para Pepilín. Conversaron mucho; de todo; especialmente de Pedro González y su “mala cabeza”; y de que Pepilín debía aprender un oficio...

En la noche, Pepilín durmió a pierna suelta...

VII

Doña Alejandrina fue la tabla de salvación de Pepilín, en el naufragio moral en que surgió a la vida. Pero algo quedó, algo tenía que quedar en él de aquel dolor de su infancia; porque persisten las raíces que han cavado muy hondo en el corazón humano. De ahí, su tendencia a la soledad, a la desconfianza... y a las pocas palabras. Aunque tenía un intuitivo recurso de defensa en su sonora risa, ante todas las dificultades.

Doña Alejandrina era estimada por toda la sociedad de Cañada Dulce; por su bondad probada; por su religiosidad ejemplar. Una gran imagen de la Pura y Limpia Concepción sobre un globo terráqueo en el que se enroscaba una serpiente, era el objeto principal de la cotidiana veneración de aquella viejecita enjuta, que se movía silenciosamente, por entre los egoísmos y las maldades del mundo; limpia, y pura, y piadosa, como su virgen.

Su casa, de acrisolada humildad, era asilo inviolable hasta para los criminales. En su aposento se libraban de la muerte, en el torbellino de las revoluciones, muchos perseguidos que no tuvieron tiempo de refugiarse en las montañas; o habían caído gravemente heridos. Los perseguidores se detenían a la puerta del

hogar de la sin par protectora, sin osar penetrar en modo alguno; y de ahí, si salían, era para sus casas, o para el extranjero.

Y todos los sábados pasaba por sus puertas una tropa de baldados, ciegos y enfermos de toda laya, en busca de limosnas, porque doña Alejandrina se quitaba el pan de la boca para dárselo a los pobres. Era viuda del General Baldemiro González, y había sido rica. Más allá de El Pedregal, eran propietarios prósperos de una extensa siembra de caña, con las barracas para los peones, las carretas y los bueyes necesarios; denominada La Pluma, por un profundo pozo del cual, por medio de aspas impulsadas por el viento, extraían el agua...

Ella se complacía rememorando, con entristecedora nostalgia, su residencia campestre de madera, de dos plantas, desde donde contemplaba el amplio panorama de la verde llanura de la caña y los trabajos agrícolas...

—Mi esposo —contaba—, que se había escapado de las garras del tirano Ulises Heureaux, saltando de mata en mata durante cinco años, murió de cólico miserere, como llamaban al dolor mortal sin causa conocida, y que probablemente era una apendicitis aguda. Pero Dios me ha consolado en la ruina y en la viudez. Pedro, mi hijo, era un calavera, de tragos, de faldas y de guitarra, o de carabina al hombro; y tuvimos que darle la administración de la finca a José María Santana, un viejo capataz de Baldemiro. A José María se le metió en la cabeza conspirar contra el Gobierno. Todo lo acabó ese botarate. Y cuando descubrieron la conspiración, temiéndole a la cárcel, o quizás a ser fusilado, pues entonces no andaban con remilgos para partírle

el cogote a cualquiera, se escondió debajo de una cama (tan cobarde!) y no salió sino cuando le conseguí pasaporte para Saint Thomas. Olvidó a su mujer y a sus hijos; se casó en bigamia; tuvo más hijos; ni me escribió una vez siquiera; y, al cabo de varios años, murió. Que Dios lo haya perdonado, decía doña Alejandrina, que no abrigaba rencores...

A veces —decía Pepilín, por decir algo— más vale un malo conocido que un bueno por conocer; como si, después de todo, quisiera defender a su padre. Ya tenía trece años e iba comprendiendo las enseñanzas de las máximas de la filosofía del pueblo; y poseía, además, la precoz inteligencia de los huérfanos...

La abuela, después de una pausa de meditación, agregaba: esa es la historia de mi pasado. Tienes que aprender un oficio, para ayudarte y para que seas un hombre de bien... El vago cae en los vicios; y después... en el presidio, en el manicomio, o en una muerte vergonzosa... Y le repetía los diez mandamientos de la religión cristiana y la esencia de su moralidad.

Se diría que aún estábamos en la Edad Media, con su división insalvable en clases de la sociedad. El hijo del zapatero, era zapatero; el del carpintero, carpintero, el del sastre, sastre; el del albañil, albañil; y así, en una lista interminable. Ahora, en la hora del mundo, el hijo de un herrero, aunque éste diga "el doctor", como en el drama de Florencio Sánchez, puede ser, y a veces lo es, un gran científico, o un literato de renombre. Y Pepilín, aunque hijo de un capataz, de un agricultor pobre, que es, por decirlo así, el obrero del campo, se sentía de mala gana para aprender un oficio.

Como se convirtió en un muchacho ágil, despierto, sin miedo, se le acercaban muchachos de familias adineradas de otros sectores de la ciudad. Era para ellos "el Capitán".

Lo recuerdas, Fello?; lo recuerdas, Eduardo?; lo recuerdas, Miguel?

Le iban a buscar para ir de correrías; pero a veces tenían bajo el brazo los paquetes de sus libros; y querían que él fuera a la escuela en su compañía.

Se miraba: con sus zapatos de suela claveteada y sus medias rotas; con los crespos cabellos sin recorte; con sus pantalones de rodilleras y remiendos; y sus manos sin dinero para cuadernos y libros.

Pero le decían: por libros no te apures; te daremos libros... Dime con quién andas... y te diré quién eres...

Sin embargo, tuvo que ir a aprender un oficio. El de tabaquero; que no le había pasado siquiera en nombre por la mente; y por ese mal recuerdo, por la hediondez del agua en que se humedecían las hojas y el acre olor del tabaco almacenado sin elaborar, no aprendió a fumar. Aprendió a despalillar, a separar la capa de la tripa...; a todas las operaciones de los aprendices. En tanto los obreros —el maestro y sus oficiales— con una admirable destreza, cortaban las hojas extendidas en unas tablas con unas afiladas cuchillas; envolvían con esas hojas la tripa; le ponían a los cigarros un poco de engrudo, para mantenerlos envueltos; les picaban un poco de la punta; y los iban lanzando a un cajón. Luego, cada 25 cigarros, ya con sus anillos —éstos decían "El Alba"—, se hacían paquetes para el comercio. Era una fábrica pobre, casi

clandestina, para rehuir el pago de la patente. Muchas veces, los sábados, para poder pagar los salarios, Pepilín fue a las pulperías a vender cigarros a precios de ocasión...; y podía manejar dos pesos semanales.

Don Pedro —el maestro—, compadre de doña Alejandrina, le decía a ésta: —Comadre, su nieto promete...—. En realidad, prometía a él mismo... pronto no volver más. Y se fue del taller, sin saberlo doña Alejandrina, la buena doña Alejandrina. Se dirigía entonces, para que su abuela creyera que estaba en el trabajo en las horas convenidas, a buscar frutas a los predios ajenos; o al río, a pescar guabinas y anguilas, con anzuelo de alfiler; o al mar, a Playa Viva, a bañarse... y a reír de sus propias travesuras.

Cuando su abuela cayó en la cuenta de lo que hacía Pepilín, en vez de castigarle severamente —cosa que no hacen las abuelas— le aconsejó de nuevo:

—Si no te agrada ese oficio, ve a ver al maestro Federico (todos sabían en el pueblo quién era el maestro Federico) para que te haga sastre—. Lo que para sus ilusiones era maldecirlo. Pero tenía que vivir y ganarse su pan de desdichado.

Calentaba las planchas; pegaba botones y hacía ojales; mojaba y remojaba los driles; hilvanaba y hacía bolsillos; hacía trabillas y ruedos de pantalones; y sobre todo... cobraba las propinas cuando llevaba los trajes a los clientes...; pero... estaba impaciente por irse también de ese taller...

Un poco adelantado en el aprendizaje estaba, cuando quemó una manga de casimir; y aquello fue un desastre; tuvo que salir huyendo, sin sombrero, de la furia de don Federico, que sabía que iba a tener que

pagar la tela. Corrió detrás de Pepilín, gritando: ¡cójanlo; ¡cójanlo! Pepilín corría como un ladrón; y saltando por patios y traspatios, salió a otra calle, por un callejón, simulando serenidad, en ejercicio de su perspicacia, para escaparse.

Pero el azar, que tantas cosas hace en el mundo, vino en su ayuda, en la forma de un caballero: Don Pedro María Ortega y Martínez, dominicano, pero con porte y nombre completo de español. Necesitaba muchachos que lo ayudaran a desempastelar los tipos de una imprenta de segunda mano que había adquirido para editar un periódico, a la vez que en la misma casa era director de una escuela de enseñanza secundaria. Mejoraba: ganaba tres pesos a la semana, aprendía un oficio manual de letras y estudiaba. Difícil le resultó entonces clasificar los tipos por el cran, o sus puntos, o sus caracteres; pero tenía deseos de aprender, y aprendió. La escuela bajo el árbol de mango quedaba muy atrás.

Dos años estuvo en la imprenta y el plantel de Don Pedro María Ortega y Martínez, al cabo de los cuales, con sus condiscípulos Fello, Eduardo y Miguel, el préstamo de libros que éstos le hicieron y su trabajo de tipógrafo, que hacía en la noche, y que le pagaban por galera, pasó a la Escuela Normal. . .

En la Escuela Normal el ambiente no era para él. Su vida seguía siendo dura, como es siempre dura la vida para los pobres; el pan era escaso, como lo es para todos los desamparados; pero su ropa, vieja, descolorida, era la más penosa muestra de su miseria. A veces sus compañeros le invitaban a comer en sus residencias, cuando no había probado sino té de hojas de naranjo; o le ofrecían ropa de las que usaban. Con estudiados

miramientos, como para no ofenderle; pues sabían que casi siempre la pobreza está acompañada de la ofensa y de la humillación.

Avergonzado sin motivo, a Pepilín le parecía que desnudaba ante sus discípulos sus necesidades, y tratando de ocultarlas, se excusaba; y se ausentaba del lugar, en el que estaba con ellos, a sufrir el hambre, la timidez, la hurañeza que le acosaban hasta los rincones de su casa; que le empujaban al resentimiento, al subconsciente resentimiento de no estar conforme con sus escasos recursos...; a pesar de que se resistía a dejarse ganar por el rencor... por influencia de la enseñanza de su abuela.

Pero sentía una tremenda avidez de aprender. En la biblioteca municipal, encontraba diversos libros. Y leía obras tan disímiles como *Los Miserables*, de Víctor Hugo, y *Los tigres de la Malasia*, de Salgari...

Los hurtos que cometió en el pueblo fueron de frutas y caña en las fincas aledañas a Cañada Dulce, y de tomos en la biblioteca. Los muchachos huérfanos están atraídos por mil tentaciones, y su abuela no podía, desde su religioso aislamiento, impedirle todas las travesuras. Pero la que más recordaba sucedió cuando Fello, Eduardo y Miguel fueron con sus familias a ver la función de una compañía de operetas, que hacía días que estaba en la ciudad. Pepilín fue también... sin pagar. Una hora antes, estaba oculto en una de las pirámides que tienen los masones para sus ceremonias, pues en el piso superior del teatro hacía sus tenidas la Logia Liberación. Nunca le sorprendieron ni en las fincas, ni en la biblioteca, ni en el teatro. Por algo era el "Capitán". Así, vió la representación de *La Princesa*

del Dólar, La Viuda Alegre y El Conde de Luxemburgo. Recordaba con cariño aquellos pequeños pecados de su infancia... No sabía que, cuando era niño, San Agustín había robado peras en un huerto.

En la Escuela Normal había una interesante tradición: los nuevos alumnos tenían que pelear al inscribirse, o los "fusilaban"; que era darles de golpes todos los que estaban en el primer recreo de los iniciados. Pepilín peleó por él y por Fello, Eduardo y Miguel; aquella escuela era semillero de rebeldía y agresión. La gran riña fue con El Rubio, Francisco Nesanov; después se hicieron camaradas. Nesanov se fue a la Primera Guerra Mundial y lo hirieron en la cabeza con una granada. No se supo más de él. Todos admiraban a El Rubio. Don Raudo, el Director, en sus instantes de buen humor, también le decía "Capitán" a Pepilín. Pero cuando no estaba por bromas y Pepilín le hacía sangre la nariz a un condiscípulo, le tildaba de "negro asesino"... Su vida era dura, pero atractiva... Qué diablos!...

Fello tenía vocación por la medicina, y combinaba ácidos y hacía análisis en un pequeño laboratorio; Eduardo era poeta y le escribía versos a las estudiantes del Instituto de Señoritas; Miguel era dado a las matemáticas, y en la aritmética razonada llegaba a conclusiones exactas por razonamientos distintos de los del libro de texto.

Los primeros tiempos, los tiempos de la mocedad, en los que la vida es un sueño, no debieran pasar jamás; aunque a veces son de impiedad, porque siempre son hermosos...

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

VIII

Decir aldea de pescadores, es traer a la memoria la poesía del mar; las frescas madrugadas, bajo el cenital rosado de la aurora; el mirar soñoliento de la luna por encima de la oscura ribera; el deslizarse de las olas tranquilas, como si aún estuviesen dormidas; el llegar de los marinos a sus botes, remos al hombro, con sus saquetes de cordeles y anzuelos; el ruido de las quillas al rozar con los guijarros y entrar al agua; el izar de las velas, como pájaros que se aprestan a volar; los rientes amaneceres, cuando, a la salida del sol, se ven tendidas las redes, saltando los peces, o diseminadas las embarcaciones, en espera de la prometidora pesca. Es hablar del regreso de los viveros en la tarde, al terminar la feana; unos con buena suerte, como en la multiplicación de los peces por Jesús, y otros sin fortuna, como pasa a veces en las cosas de la vida. Es ver la movida escena de los compradores en los atracaderos; oír el vocerío de las ofertas y las demandas; contemplar las sartas de pescados ya vendidos perderse en distintas direcciones; mientras el aleteo de las blancas gaviotas a ras de la corriente, se confunde con el florecer de la luz sobre la ola coronada de espuma... Y es esperar a las puertas la vuelta de los pescadores al hogar; para

volver al otro día con una nueva esperanza prendida de las redes...

Otras veces, sorprendidos mar afuera por la galerna, en vez de la poesía lírica, es la tragedia: el aparecer muertos en alguna playa; o el no aparecer, por haber sido devorados por algunas de las fieras marinas; el luto de las mujeres; el desamparo de los hijos...

Aquel pueblo era una aldea de pescadores; tendida a ambos lados de la desembocadura del río. Y cuando Pepilín llegó adolescente al pueblo, aún se veían evidentes trazas de aquel vivir patriarcal...

De la calle de La Luna, en la que vivía con su abuela, doña Alejandrina, pasaba a la calle de La Aurora. En esta calle, con ese poético nombre, de casas humildes, residía el gran poeta-filósofo Gastón Fernando Deligne, y Pepilín lo vio muchas veces, con su cabello crespo y su mirar miope a través de sus claros lentes, sujetos sólo por una cadenita de oro que caía sobre una de sus orejas. Jamás ese "liróforo celeste", como lo habría llamado Rubén Darío, se incomodó porque Guinguín, principal compañero de correrías de Pepilín, y éste, en su acostumbrado juego de bolas de vidrio, tuvieran discusiones en voz alta en el propio solar del poeta, en donde penetraban desde el patio de la casa contigua...

Cuando se cansaban de ese juego, iban a la casa más típica de la vieja aldea de pescadores: a la de Juan Frías; a la calle de La Marina. Era cazador, carpintero de ribera, pescador, pintor, escultor. Todo en un solo hombre. Era artista por vocación; sin escuela. En Cañada Dulce no existía plantel para la enseñanza de artes plásticas. En el taller de este diestro obrero, se

veían por doquiera cabezas, bustos y cuerpos enteros; los unos sobre los otros; de santos —San Pedro, San Antonio, la Virgen María— y de los Padres de la Patria —Duarte, Sánchez y Mella—; cuadros de paisajes marinos —vapores, playas, barcos de vela—; señuelos para atraer palomas; y tarrayas, y cordeles, y anzuelos...

Qué no hubiese hecho Juan Frías de haber vivido aupado por una generosa Dirección de Bellas Artes!

Les llegaba, de cerrada habitación, el olor de barriles de salmuera llenos de palomas, cazadas en la isla Saona. Y Juan Frías les contaba que había tantas, posadas en las matas de hicacos, que hasta con piedras podían matarlas. El las mataba con escopetas de pistón, que llamaban “palomeras”. Esa facilidad se acabó con los desmontes de caobos para exportar y de árboles para traviesas de los ingenios... por una miseria de precio. Así se destruía la riqueza del país; sin vigilancia y sin permisos de la autoridad. Oh! América, pobre y rica a la vez!

En el patio se balanceaban las sartas de pescados salados. Y frente a la casa, a la orilla del río, bajo el mismo framboyán que le sirvió a Pepilín de guía para encontrar a su abuela, cuando llegó de El Pedregal, casi siempre estaba construyendo Juan Frías algún balandro, de encargo, o para él mismo; en lo que estaba meses y más meses; trabajando con rústicas herramientas. Baste decir que las esculturas las hacía con un afilado pedazo de machete. Pero Jesús hizo el mundo del amor y de la caridad con unas cuantas parábolas y la convincente y divina humildad de su presencia.

Juan Frías para Pepilín era un sabio. Y hubiese querido ser como él. Le admiraba. Los muchachos ven

las cosas y los seres con un candor que ojalá durara toda la vida.

Catalina, hermosa mujer de un español rico, se enamoró de Juan, con una pasión de escándalo, que dió pábulo a las murmuraciones de todo el mundo; sobre todo porque don Pepe —cosa rara en un español— se hacía de la vista gorda. Guinguín y Pepilín la veían en el taller de Juan Frías, queriendo ayudarle en sus múltiples tareas. Las mujeres, al menos muchas mujeres, son así de caprichosas. Y Catalina hacía un contraste con Berta, fiel hasta el sacrificio, como mujer de Fidel, un hermano tullido de Juan Frías, que tenía muerto el cuerpo de la cintura hacia abajo, y a quien Berta raptó un día, cargándolo al hombro. Después, al reconciliarse Fidel con su familia, enfadada por aquello que parecía el rapto mitológico de un fantasma, volvió con su amante al taller de su hermano Juan. Nadie como Fidel sabía tejer una tarraya, ni nadie como él coser una vela. De ese modo se ganaba la vida, desde su lecho de enfermo. Si existe el amor-pasión (Catalina), también existe el amor-piedad (Berta). Y Fidel y Berta se casaron en puro matrimonio espiritual...

Naturalmente, el pueblo veía con simpatía la laboriosidad de Juan Frías. Muchas personas le visitaban para verle trabajar. El Gobernador mismo, el General don Cirilo de los Reyes, un analfabeto que, a fuerza de fuego y sangre, se hizo jefe, en nuestras desoladoras revoluciones, pero que en la paz, en la breve paz de aquellas treguas para volver a la guerra, era generoso y de honrado carácter, visitaba a Juan Frías...

—Oiga, amigo: usted merece que el Gobierno le ayude—. Y le hablaba del extranjero, que el Gobernador

sabía que existía con una vaga idea de lo que es el mundo, por los vapores que atracaban al muelle y por el hablar de los viajeros que venían a nuestros ingenios. El pobre artista oía esas palabras con indiferencia, pues antes ya las había oído de otros gobernadores. El Gobierno no podía atender a sus propias obligaciones, como el pago de los sueldos de sus empleados, y estaba claro que referirse a becas era entonces referirse a lo imposible. Sin embargo, Juan Frías le hizo un retrato, con bastante parecido, a don Cirilo, y algunas palomas le envió a su casa. Quien te llama, no te engaña.

—Bueno, general, yo prefiero un mango bajito, que pueda coger con la mano; a la luna, que no puedo alcanzar.

Juan Frías era un humorista. Y poseía una innata atracción personal, por sus modales y su facilidad de palabras. Lo tosco de él sólo estaba en sus manos callosas de remero pescador y de escultor que desbastaba duros maderos para sus bustos y estatuas...

—Así es, muchacho, creo que estás en lo cierto. Más vale un toma, que dos te daré. Algo he de hacer por tí...

Catalina, que estaba presente, de grácil conversación, terciaba:

—Gobernador: a Juan Frías le gustaría ser práctico.

—Es lo que dice; no lo oyó usted?... Pájaro en manos; no pájaros volando—. Al general le gustaba el lenguaje figurado o parabólico, pero expresivo, con que habla la gente llana y se expresaba él mismo.

—Sí, general, pero lo que yo le quiero decir es que Juan es marino y puede ser piloto, el hombre con ca-

chucha blanca y botones dorados que trae los barcos al muelle; y esto depende de usted. . . Le decimos "práctico" al piloto.

—Veremos, señora, si puedo hacer algo por su ahijado; y, con malicia, le guiñó un ojo a Catalina.

Pasaron semanas, y un día se presentó don Cirilo en la casa de Juan Frías con el nombramiento de éste como Piloto del Puerto de Cañada Dulce. Catalina y Berta le vieron, complacidas, ser el hombre de la cachucha blanca y los botones dorados. El comandante del Puerto era Thompson, inglés de Puerto Plata, si siendo de Puerto Plata se puede ser inglés.

La designación fue por febrero; pasaron días, pasaron meses, en una grata normalidad. Y, en realidad, con su alta estatura, su paso marcial, y su natural gesto de humorismo, a Juan Frías le sentaba muy bien su condición y uniforme de piloto.

Llovieron las felicitaciones para Juan Frías. Las muchachas del pueblo le dedicaban sus mejores sonrisas y sus más brillantes miradas al verlo pasar, erguido y pulcro, como un cadete de West Point. Los amigos de Juan —todos los hombres eran amigos de Juan Frías— le apretaban y sacudían la mano al saludarlo, en una franca demostración de congratulaciones. Y hasta los celos de Catalina se sumaron al regocijo por el triunfo de Juan, cada vez que veía que una mozuela, que fingía quitarle alguna pequeña paja del limpio uniforme, o arreglarle la bien puesta corbata negra, le tocaba con los dedos, un tanto nerviosos a la vista de Catalina, como si tocara un amuleto. Toda la gente sencilla veía a Juan Frías como a un ser privilegiado.

Le dedicaron fiestas, en las que sus mismas esculturas participaban, adornadas de guirnaldas. Se cantaba; se bailaba. Y, enfrente de su casa, como si fueran a zarpar, los botes pescadores izaban sus velas y sus banderas...

En el festejo a Juan Frías, Fidel, el paralítico, era todo sonrisas. Usaba una bata blanca y parecía un sacerdote. Pero no cesaba de trabajar, incorporado en su lecho. Se diría un pescador de los que acompañaban a Jesús, que preparaba sus redes. En el olvido de que era como un ave con las alas quebradas. Porque en él predominaba el espíritu, y el espíritu tiene sus propias alas, para sentirse feliz.

Berta lo que amó en Fidel, fue el alma. Seguramente no pensó en el cuerpo desvalido, sino como la envoltura endeble en que luce una rosa escondida; cuya radiación sólo ven los ojos de otra alma, de semejante naturaleza. Y se sentía también en el inefable cielo de la felicidad.

—Cuando Juan se ausenta, a navegar, me parece —decía Fidel— que me voy en su compañía; y cuando regresa, me parece que regreso con él; como si viviera las mismas circunstancias de sus travesías. Por eso, antes de entrar a la casa, presiento si Juan viene alegre, o triste; si la mar le ha sido, o no, propicia.

—Y yo —agregaba Berta— con verte los ojos, Fidel, sé cuando son de satisfacción tus presentimientos; o cuando te entristecen.

Y es que la espiritualidad hace milagros.

Entonces Fidel, afirmándose en la fuerza interior de que disponía, continuaba:

—Ha de creerse en la inmortalidad del alma, cuando se la contempla, como la mía, viviendo en un cuerpo muerto, como cosa independiente. Como luz que brilla en una torre.

Y reía, y cantaba, mientras tejía sus redes...

Berta, a su vez, como para acentuar el ánimo de Fidel, huésped del mundo de su pobre carne, tenía pensamientos que nacían del propio connubio de su mutuo e inspirado amor:

—Tú eres pescador, Fidel, pero pescador de almas. Yo vine a tus redes, como una mariposa a la luz. Somos dos almas de las que Dios creó para que vuelen juntas.

Eso fue Jesús: un pescador de almas para salvarlas.

Y Berta cantaba también, y se unían al coro de los que celebraban el triunfo de Juan Frías; cogiéndose de las manos con su compañero de virtuosas emociones, como un puente de tierna comunión.

He ahí, cómo de lo que parece triste surge a veces, espontánea, la alegría, el encanto de estar en la vida, el triunfo de lo divino sobre lo humano y la muerte; como el sol radiante alumbra en fiesta de luz sobre las ruinas...

Entretanto, Catalina, girando en la danza, abrazada de Juan Frías, jugaba carnaval de besos y ardores de la sangre, ajenos a la existencia del espíritu, para darle paso a la sensualidad...

Si hay vida del espíritu, también hay vida de la carne. Eso es el mundo y lo inmundo. Y cuán pocas veces hay equilibrio entre esos dos polos de la vida! Casi siempre, o hay inclinación por la sana virtud, o la hay por la atracción del materialismo.

Así, mientras Catalina se moría de celos, o de egoísmo, cuando una mujer, o un hombre, alababa en su presencia a Juan Frías, Berta, en contraste, se sentía dichosa de que manifestaran simpatía por Fidel. Porque en la existencia del espíritu no hay traiciones.

—Yo me sentiría —expresaba Catalina— sin deseos de nada más, si tú y yo viviéramos solos en la tierra; o solos en una isla desierta, perdida en el mar; lejos de las trabas de la libertad y de la moral.

—En verdad, Catalina, me haces grata la vida —decía Juan Frías, afirmado en el pensamiento rector de la conducta—, pero en nuestro caso hay que tomar en cuenta las consecuencias. No estamos en un desierto.

—No digas tonterías, Juan, la vida es corta y hay que gozarla. “Bebamos y comamos, que mañana moriremos”. Si pudiera deshacerme de las amarras que me atan al mundo!...

Pepilín, entonado, y echando al vuelo su risa de siempre, estaba presente en el agasajo; pero sólo para él mismo; y no para el interés de los demás; pues el tallo que de su cuerpo iban levantando sus años, no alcanzaba aún hasta la barba de los hombres, ni su corazón hasta el corazón de las mujeres...

Después... entre algazaras, y libaciones, y el remanso espiritual de Fidel y Berta, a la caída de la tarde, el día sumó su pequeña cifra a las cifras de la página eterna del tiempo... Mientras Guinguín, solitario, en el patio de la casa de la fiesta, atento sólo a su juego de bolas de vidrio, ensayaba su puntería para ganarle luego a sus competidores... No hay duda, cada persona es un mundo y una historia... hasta el punto final de la muerte...!

IX

Pasaron días, y pasaron meses...

Pero allá por septiembre, dentro ya del ciclo tropical de los ciclones, el viento del norte, el septentrión, desató su furia una madrugada. ¡Cómo va la vida cambiando las páginas de su calendario! ¡Y cómo nos vamos con ellas en girones!... Sin notar que nos vamos...

El día amaneció con cara ceñuda. Granizaba. El sol no se vió salir. Y desde el muelle se veían las olas de la desembocadura del río levantarse como grandes caballos rucios encabritados por los látigos del viento... El agua, al batir contra la tablazón del muelle, le había arrancado algunos tablones. Pequeños barcos, anclados en la playa, junto al desembarcadero, por la sorpresa de la tormenta, estaban volcados, como ballenas muertas. Una locomotora, usada en transportar las mercaderías a la aduana, yacía descarrilada...

Se oían las voces de mando de los encapotados jefes de la zona marítima: Thompson, el comandante; Frías, el piloto; Bulito, el conductor de la lancha gasolinera salvavidas..., y un gentío de curiosos, se complacía en dejarse azotar los rostros por las granizadas de agua salobre que se esparcían por el aire...

De pronto, alguien anunció: ¡una goleta en el horizonte! Era de suponerse que zozobraba, pues el mar

era una inmensa caldera de agua que parecía hervir. Pero la goleta daba bandazos y se acercaba. Un avezado marino dijo: es La Cuarta Yolanda. Tres grandes palos, con las velas rotas, con tres crucetas en lo alto, semejaban las tres cruces del Calvario... Thompson, arrogante, exclamó: hay que hacer algo por la tripulación de esa goleta; es nuestro deber...

Bulito, calmoso de temperamento, el cuello rodeado de una bufanda, conocedor de ese brazo agitado del mar Caribe, separando las sílabas, opinó: es i - nú - til...

El comandante Thompson (título que le era muy grato que le recordaran cuando se dirigían a él), muy engallado, dijo:

—Sepan ustedes que mi padre fue piloto y “ship-chandler” (proveedor) para los barcos que llegaron, durante veinte años, a las islas inglesas de Barlovento: Granada, San Vicente, Santa Lucía... de las Antillas Menores; y que yo, desde niño, navegaba con él en el elegante cúter blanco que tenía para pasear. Saben ustedes lo que es un cúter, y cuántos mástiles tiene esa embarcación?— O es uno sólo?

A un tiempo mismo, Juan Frías y Bulito contestaron:

—No sabemos—; pero Bulito agregó:

—Una cosa es pasear un niño en un bote en día de bonanza, y otra cosa es enfrentarse un hombre, en un vaporcito, a ese mar que usted está viendo.

Mientras tanto, una nublazón se extendía y abarcaba más de la mitad del cielo, semejante al humo negro y remolineante de muchos pozos de petróleo incendiados....

Thompson, duplicando su arrogancia, ofendió a los varones del pueblo: —aquí no hay hombres! . . . — Juan Frías, que tenía en la memoria el recuerdo de una serie de terribles ciclones, sentenció: —si salimos no regresamos; nuestra lancha es muy débil para este mar de hoy. Pero estoy dispuesto a salir.— Bulito asintió: —así es; pero salgo también—. Thompson, ajustándose el revólver, como si le fuera a ser de utilidad en la travesía, ordenó: —listos! . . .

La Cuarta Yolanda se encontraba ya no lejos de la desembocadura del río y de los arrecifes. Su arboladura había caído a la cubierta, y se veía cómo a los de la tripulación, que sacaban las cabezas por la escotilla, y al casco todo de la embarcación, las olas, como montañas, les pasaban por encima, ocultándoles por instantes. . . .

La multitud se había trasladado a la Punta de la Pascua para ver mejor el naufragio. En la atmósfera el temporal había amainado. En realidad, era un ciclón, y, además, un mar de leva, o de fondo.

Los que estaban en la costa, vieron que la lancha avanzaba como a cien metros de distancia de ellos, cuando las graves amenazas de la tragedia se hicieron evidentes.

Aquel bote, preparado sólo para que en días normales de arribo de barcos condujera a las autoridades de sanidad e inmigración, y al piloto o práctico, al estuario, no iba a servir ni de ataúd para aquellos suicidas.

Entonces se vió que Thompson, el arrogante Thompson, hacía ademanes desesperados para que se diera marcha atrás. Y se advirtió que se oponía Bulito; y que Juan Frías, con la mano extendida, señalaba hacia

adelante. Eran pruebas que significaban que en Cañada Dulce había hombres....

La tarde había llegado. Sobre el delta, sobre las palmas de coco de esa isleta, el sol miraba con una enorme y roja pupila que trazaba una estela como de sangre en la superficie furiosa del mar....

Thompson insistía en regresar. Los otros dos marinos persistían en seguir. ¡Qué irrisión, cuando se le tiene miedo al propio engendro, y qué bella es la muerte, cuando el honor se le enfrenta!....

Una gran ola volcó la lancha, y, horrorizados, los espectadores vieron cómo sus tres ocupantes fueron lanzados al agua... y luchaban por sostenerse a flote.

Pepilín, absorto ante el trágico destino de Juan Frías, sintió como que algo de él mismo se le moría.

El mal tiempo recrudeció. Truenos horribles y cegadores relámpagos cruzaban el espacio, que se oscurecía cada vez más...

La Cuarta Yolanda levantó la proa y se hundió de popa. La succión se tragó a los tripulantes....

Del espumazo que se levantó en el sitio en que se hundió La Cuarta Yolanda, de ese infernal remolino de reventazón sobre los restos visibles del barco, surgió una bola negra que, por instantes, se ocultaba y reaparecía. Se veía que iba, poco a poco, saliendo de ese círculo dantesco, como si una fuerza, dentro de las mismas fuerzas contrarias del mar embravecido, la impulsara; pues era imposible creer que fuera un hombre, que luchara, con su escasa fortaleza humana, en los desatados elementos de aquel naufragio....

Pero luego se tuvo el convencimiento de que realmente era un hombre, cuando a ambos lados de esa bola negra, que era su cabeza, al llegar a una zona

menos turbulenta de las olas, ya a la entrada del estuario se vieron sus brazos en desigual combate con el proceloso piélago, en defensa de su vida....

La muchedumbre, que rabiaba de impotencia, o se anonadaba de compasión, desde el balcón de los arrecifes, no se explicaba cómo aquel hombre, que alzaba la testa como un pequeño lunar sobre la piel erizada de fiereza de la corriente, había podido mantenerse, durante considerable tiempo, sin haber perecido; como habían perecido los demás, tragados por las fauces endemoniadas del mar.

Sin embargo, la verdad estaba ahí; a pocos metros de los espectadores; temerosos de que, en un abrir y cerrar de ojos, el solitario hombre terminara por irse al fondo, vencido en su desesperación, de impotencia y de cansancio. Pero él seguía, en disputa palmo a palmo, y a veces retrocedía, apresado entre las encontradas corrientes, como si estuviera al entregarse a un fatal destino de su suerte.

No se sabe de dónde el hombre saca energía, para dominar a veces situaciones que parecían inexorables; y no se sabe por qué cuando la muerte llega para muchos, a pesar de la general desgracia, hay quien se salva, colocado, como por algún misterio, a desempeñar la misión de ser símbolo de lo que es capaz, y será capaz de ser el hombre, creándose decisiones y posibilidades como rey de la creación, puesto por Dios en el trono del mundo.

Las grandes granizadas azotaban la costa, como si se empeñaran en abatirla para que pasara el mar, o quisieran empujar a la imprudente multitud, para que cayera al abismo....

LUIS HENRIQUEZ CASTILLO

Y el náufrago avanzó; y ganó la rada; y luego alcanzó la playa; en un heroísmo sin trascendencia, pero cierto....

Parte del gentío que estaba en la costa, se había trasladado al lugar en que llegaba a tierra el náufrago. Era un humilde marino. Alzó los brazos al cielo, con devota unción. Estaba desnudo y alguien le alargó un capote; y fue mucha la gente que musitó sus oraciones....

Entonces la noche tendía su terciopelo negro sobre los muertos y el vasto mar enfurecido....

X

Cuando se dispersaba, compungida, la muchedumbre que había acudido a La Punta de la Pascua, Pepilín se topó con Miguel, Miguelito Sandoval, el condiscípulo suyo que acompañaba a Fello y Eduardo en sus rondas.

—Caramba, Miguel, tanto tiempo sin verte, y ahora me encuentro contigo en este triste espectáculo....

—Tristísimo. Pero todos somos náufragos....; no sólo los de La Cuarta Yolanda y los de la lancha.

Pepilín, sorprendido por ese lenguaje de Miguel, dijo:

—Cómo, te has vuelto filósofo? Antes te reías de todo a carcajadas.... mientras Eduardo escribía versos eróticos a las estudiantes; o Fello se enfrascaba en su laboratorio.

—No; soy comerciante; ya lo sabes; no tengo la cabeza en las nubes; viajo mucho por las provincias del país, y por eso no me veías.... La escuela es una cosa, la vida otra. La gente me ha enseñado mucho.

—Pero, entonces....

—Entonces?.... Que es evidente, que el naufragio del hombre está a la vista. Así, en singular: el hombre.... Yo no me gradué, como ustedes. Pero, por ejemplo, leí a Hostos. En el tuétano de la sociología hay

tres factores de civilización: el moral, el intelectual y el económico. La humanidad ha estrangulado al primero. Nadie es como en la época de Confucio, como en el primer siglo de Cristo....

—A la verdad, Miguel, los valores de la personalidad están por los suelos. De la salud del pueblo, quiero decir de la salud del alma: quién se preocupa? Son raros ya los apóstoles. Todo es comercio....; y el comercio no tiene espíritu....

—Ya te dije, Pepilín, yo mismo soy comerciante, y, desde luego, vivo de la ganancia. Cómo me iba yo a defender del mundo? La religión misma, cuán lejos está, con sus suntuosas vestiduras, de los días en que Jesús, con el rostro pálido, y los pies descalzos, o en sandalias, sólo quería la riqueza de la buena fe para que le siguieran....!; e hizo caer la careta de la hipocresía del rostro de Judas, el réprobo y traidor, que ha sido semilla de maldición y de maldad que se ha multiplicado como la cizaña; contrarrestando con el mal ejemplo la humanitaria lección del Salvador, cuando nos aconsejó amarnos los unos a los otros....

—La ganancia, Miguel. Esa es la llaga. Vender a cuatro lo que vale dos. Nada más; la vida actual se reduce a éso. Y para la ganancia no importan los medios....

—Pepilín: sí, corremos detrás de la ganancia, como se corre detrás de un espejismo, o de un fuego fatuo, y pensamos que con ella se obtiene la felicidad. Los palacios, los automóviles, las joyas y los abrigos se toman como mágicas cifras que otorgan la bienaventuranza....; cuando la bienaventuranza no puede resultar de bienes exteriores, sino de los que el hom-

bre tiene en sí mismo y resultan de la paz de la conciencia.

—Miguel: si tus pensamientos se escribieran, parecerían que son rebuscados para hacerlos parte de un libro....

—Porque, Pepilín, hemos perdido hasta eso. el don de conversar para aprender y enseñar; no era así como Sócrates enseñaba a la juventud cuando le decía: conócete a tí mismo? Feo de cuerpo, Sócrates tenía la belleza del espíritu. Y no era de ese moto también la prédica de Aristóteles, que adoctrinaba mientras paseaba, creando el método de los peripatéticos, ya olvidado, por el largo y monótono discurso de los conferenciantes sedentarios?... Y no era ese el persuasivo recurso de Jesús, cuando en sus tres años de parábolas platicaba con los niños, con las mujeres y con los ancianos, y seleccionaba sus discípulos entre los humildes pescadores?...

—Sí, Miguel, no extraño lo que dices; así es; lo que extraño es que lo digas tú, que te dejabas atraer por las cosas frívolas, como los amoríos y las canciones... y los versos eróticos.

—El tiempo pasa, Pepilín, y con el tiempo pasamos nosotros. No somos, no podemos ser siempre los mismos. El río parece que no se transforma, pero silenciosamente, imperceptiblemente, sus linfas se van sustituyendo por otras, como en el hombre, en apariencia siempre el mismo, las circunstancias de la vida van creando ideas y sentimientos que se imponen, en cambio de los que desaparecen y mueren... No dijo don José Ortega y Gasset: el hombre es él y sus circunstancias?...

—No pensé que me iba a agradar tanto oírte hablar, Miguel...; pero, si de esa manera son tus pensamientos, por qué no acomodas tu idealismo a tu oficio, en vez de ser uno de los que compran y venden, obsesionados por la ganancia?

—Pepilín: la vida manda. Gastón Fernando Deline, nuestro gran poeta, uno de los más grandes poetas de América, era tenedor de libros para vivir. Vendiendo medicinas para curar el cuerpo, y extraigo lo que vale mi trabajo. Pero sé que de lo que realmente carece la humanidad es de remedio para curar el espíritu; de sacerdotes que crucen por los caminos, y suban a las montañas, y bajen a los llanos, y penetren en las chozas y en los hospitales, y en las cárceles... para que de sus labios y de sus ejemplos caiga, como lluvia benéfica, el sustento que debe hacerlos fraternales, tolerantes y abnegados... La ciencia es necesaria. La razón se esclarece. Pero debemos poner el raciocinio al servicio de los móviles de la conciencia. Y lo malo está en que de cada dos pasos que la civilización avanza en el conocimiento y dominio del mundo físico, el mundo moral retrocede cuatro....

—Por qué no te conviertes en misionero, en cura de almas y comienzas la nueva cruzada? El conductor ha de ser uno, y luego viene el cortejo de los prosélitos...

—Tú dudas, Pepilín, tú desesperas...; y no adviertes que desde mi ocupación, lanzo a los surcos del corazón mi pobre siembra de bien; y quizás algún día....

—Otros, multiplicándose, formarán las legiones que invadirán las fronteras; no como ahora con soldados a millares cargados de ametralladoras, para diezmar poblaciones enteras, sino para repartir el pan de

la concordia y de la caridad. . . . No es éso lo que ibas a decir?

—¡Ah!, Pepilín, tienes la ironía del incrédulo. Te ríes de los que, como Isaías, creen que llegará la época de la fraternal convivencia; porque hace siglos que se predicó esa creencia, y aún está por dar los frutos esperados. . . . Pero es de las mismas filas de los que se mueven entre las egoístas realidades de la existencia, y de las falanges de los que más bien son escépticos que cristianos, como San Agustín y San Ignacio de Loyola lo fueron en el comienzo de sus vidas, de las que ha de surgir la transformación de la sociedad en una gran familia de fraternales armonías; que tengan por dulce hogar la Tierra, en el espacio poblado por otros mundos; en los que, todos alentados por un mismo Dios universal, seres iguales o superiores a nosotros, alumbrados por distintos soles, sientan el mismo gozo ante la concordia.

Caminaban tan ocupados en su coloquio, se habían adentrado tanto en el naufragio, de orden moral, en que el hombre perece ante el medio de su propia salvación, sin que en realidad lo vea, o no quiera verlo, que es lamentable expresar que procedían como si ya les cubriera el olvido de la reciente zozobra de La Cuarta Yolanda. . . . Y es que no amamos al hombre, al individuo concreto, que tenemos al lado, y con el cual podríamos formar el primer eslabón de una cadena inmensa, para dicha del género humano; y nos conformamos con el engaño de pregonar nuestra simpatía por el hombre abstracto, que decimos hecho a imagen de Dios, por quien rezamos para que esté en el paraíso, a la diestra del Señor, disfrutando de la gloria, mientras pasamos indiferentes ante el sufrimien-

to de los miserables y desamparados que están a nuestra vista....

—Miguel: yo no soy tan optimista como tú. Quizás porque he sufrido más, creo que el mundo moral, el sentido de la bondad, está casi perdido.

Miguel le miró sorprendido, y seguramente tuvo la idea de que quien estaba perdido era Pepilín. Un hombre como Miguel no concebía que se viva sin esperanza, sin confianza en sí mismo y en los demás.... aunque se admita la evidente presencia del pecado.

Pepilín exclamó:

—Tu mirada brillante, que la luna me deja ver, me dice lo que piensas... Y te lo confieso, Miguel, estás en lo cierto. Pero no en todo. Ya lo he dicho, y esa sentencia es mi lema en el empeño de mi ser: la vida es cruel, pero hermosa; entre cuyos vaivenes me siento adormecido, o excitado; vacilante; pero siempre dispuesto a ofrecerle mis ilusiones, aunque sé que acaso me encuentro junto al peligro y el fracaso; mientras hago mi camino y contemplo como posible, aunque lejano, un destino general de bien para el hombre.

—Menos mal, Pepilín, entonces tú crees en que es posible que en el porvenir nuestro país salga del caos. ame a Abel y castigue a Caín?....

—Más aún, creo que América, la América nuestra, se encontrará a sí misma, al fin, entre los anacrónicos resabios de rígidos individualismos e híbridas supersticiones de primitivas o fanáticas religiones... Siglo y medio de sangre, de analfabetismo, de epidemias, de selvas y de aislamiento, no es suficiente para la adolescencia de pueblos que se hicieron independientes, más por el despotismo de sus esclavizadores que por amor a la libertad?.... Y es de analogía el porvenir

de Africa y Asia. Creo en el pesimismo luchador; no en el optimismo ilusorio. Pero en cuanto al hombre en sí, como prototipo de la creación, es, como dije, otra cosa: fue Fedra, de la tragedia Hipolitus, de Eurípides, en el paganismo, quien confesó: "con frecuencia he reflexionado en mis grandes insomnios acerca de los vicios de la humanidad; vemos el bien y ejecutamos el mal; conocemos la virtud y nos entregamos al vicio; la vida está sembrada de diversos escollos hacia los cuales una peligrosa corriente nos arrastra"... Y es Ovidio quien dice: "veo el bien y lo aplaudo; pero sigo el mal". Y Horacio exclama: "tendemos hacia lo prohibido; es una inclinación natural lo que sentimos hacia lo que es malo". Pero es San Pablo, el gran cristiano, quien, presa de angustia, habla: "quiero comprenderme a mí mismo, pero no puedo alcanzarlo; no entiendo lo que pasa en mí; no puedo hacer el bien que anhelo, sino el mal que aborrezco; ¡desventurado de mí!; quién me librará de este cuerpo de muerte?; noto que domina en mis miembros una ley contraria a la ley de mi mente, y que me contradice y subyuga...: la ley del pecado, el yugo del mal". La partida es doble: salvar al individuo y salvar a la sociedad. Sobre un agitado océano de ciegas pasiones.

—Entiendo que sí, Pepilín; que lo que dices es verdad, pero se progresa, aunque lentamente; con los pueblos sucede lo mismo que con las personas: que los que han subsistido estremecidos por el dolor, cuando se libran de él difícilmente vuelven al pasado de sus terribles enseñanzas; porque tratan de evitarlas... Isla de belleza, a la par que de desventura; punto crucial de conquistadores y predicadores en el origen del descubrimiento; escenario de esclavitud y de corsarios.

en la colonización, y de anarquía, y miseria en la República, ya se advierte que estamos cansados de la inferioridad, y que pensamos en merecer un lugar de dignidad y de estima en unión con las demás naciones del continente y del mundo.... Que América pugna por salir del caos; que el mundo está sediento de justicia y amor; que nuestro hombre, que todo hombre, está buscando en sí mismo el tesoro que tiene en el espíritu.

—Así sea, Miguel. Amo a mi país. Amo a América. Amo a la humanidad, con sus defectos.... Y particularmente tengo la convicción de que el dominicano del porvenir será mejor de lo que es.

Estaban próximos a la calle de La Libertad, en la que residía Miguel.

Todavía en la esquina, detenidos para separarse, con los sombreros en las manos, porque el viento no había perdido toda su fuerza, siguieron hablando, por un cuarto de hora más; descargando bastante el ánimo de la pesadumbre que les dejó el naufragio de La Cuarta Yolanda... Y la despedida de los amigos se hizo resignación, olvido y silencio, ante la desigual batalla de las olas con la vida de los hombres....

XI

Los tiempos de inexperiencia de la niñez y de la adolescencia, en los que aún los huérfanos sueñan sueños felices, también transcurren, y nos dejan las añoranzas, las estelas grises de las reminiscencias... y de la melancolía.

La viejecita de Pepilín se moría. Cuando comenzaba a anidar en su alma esperanzas respecto del porvenir de su nieto. Se había muerto María Consuelo, no había podido resistir la vida junto a su padre, Pedro González, y su despiadada concubina, la mal llamada doña Altagracia, y ahora se le iba del mundo su abuela...

Su vida oscilaba entre extremos de dolor. De un lado el recuerdo de su madre, que murió de treinta y tres años; que era la rebeldía, la protesta constante de verse acorralada entre las circunstancias de su desamparo, como un animal joven que resiste los malos tratos; que no tenía otro objeto en que descargar la cólera de su infortunio y de su temperamento, que Pepilín mismo, en una retahíla de injurias; mientras Pepilín tenía la carga en el espíritu de no poder tener el desahogo de juzgar severamente a quien le dió el ser; la angustia de verse privado del cariño materno, que todos sabemos que se ha calificado de sagrado; y junto

a ese sufrimiento oprimente, el vacío de no tener parientes maternos, o tenerlos desconocidos en la tierra distante de donde su madre había venido, empujada por fuerzas extrañas. Y del otro lado, la lenta, la dramática agonía de su abuela, el único siempre presente consuelo de su adolescencia; con su resignación cristiana de ancianidad virtuosa; de conformidad sincera y sin límites de todo cuanto Dios quisiera; de fe de que la muerte de los que han vivido bien, como ella, es un tránsito hacia la verdadera paz, y, quizás, hacia la eterna gloria; de aceptación, de justificación de que en la tierra el pecado original nos mueve a sufrir nuestras penas, humildemente, como una purificación del alma...

La viejecita de Pepilín se moría. La que de noche no pegaba los párpados hasta ver que él estaba dormido. De ese techo bajo el cual le había puesto a cubierto de las contingencias que al lado de su madrastra arreciaban enfermándole el alma, iba acaso a volver a la inclemente vorágine de las pasiones y del desamor del mundo, sin fuerzas propias para la debida defensa de su vida...

La viejecita de Pepilín se moría. La que le daba el pan cotidiano y duro de pobre, con el consabido te de hojas de naranjo; la que le cambiaba el áspero jabón de lavar, de a centavo, por el suave jabón de olor de más precio, como prueba de ternura y de amor; le llevaba a la cama el agua de lavarse los pies antes de acostarse en su catre de dril azul; le hacía que la acompañara en rezar el padrenuestro; y cuidaba de que tuviera limpias las manos para ir a la escuela; la que zurcía sus viejas medias y se desvivía por él y se quitaba de la boca la comida para dársela; la que le tomaba

el pulso y le preparaba las tisanas cuando la fiebre le retorció de frío, o de calor; la que, en fin, soñaba con hacerle un hombre de provecho para la sociedad....

Pero lo más cruel, es que moría de hambre; ella, que no podía ver con hambre a nadie, y daba de limosna lo que ella misma necesitaba. Pero pensaba ella que cuanto más sufriera debía sentirse más liberada ante la justicia del Señor....

En la enorme úlcera ocasionada por la torpe extracción de una muela, que le deformó la encía, el cáncer multiplicó diabólicamente sus malignas células. La boca se le abrió desmesuradamente, y toda la habitación en que antes todo olía a incienso, o a vela encendida, se llenaba de olor de medicinas y de fetidez....

Por qué la vida, o, mejor dicho, por qué la llegada de la muerte a veces tortura a criaturas que no han pecado ni con el pensamiento, y le concede un viático de tranquilidad hacia la tumba, como si navegaran hacia el más allá en apacible río, a perversos que sólo han usado ponzoñas para vivir?... Ah!, debe ser que mientras aquellas serán absueltas y bienaventuradas ante el Supremo Juez, ya sin expiación, porque la cumplieron en este valle de lágrimas, y morarán en el Paraíso, por siempre jamás, los abyectos, aunque expiren sin padecimientos, serán castigados para que el sufrimiento dure toda la eternidad....

Doña Alejandrina no podía hablar, y le escribía a Pepilín lo que quería decirle. Cuando estaba próxima su muerte, después de haber detenido en él una cansada y mansa mirada, sus manos flácidas, casi transparentes, que se adivinaban frías, le escribieron palabras evangélicas de inspiración: trata de ser bueno en tu honrado concepto; aún cuando no lo seas

para el de los demás. Pero apela siempre a la mano de Dios, cuando caigas y cuando te levantes, para que te guíe. Puede salvarse todavía el que, en sus pecados y bregas, es capaz aún de pensar en la providencia divina, y de buscar la esperanza por medio del remordimiento. Y Pepilín lloraba por ella y por él, a la vez... ante ese testamento en que le otorgaba un tesoro espiritual, luminoso, para que le ayudara a cruzar, inraune, por los senderos oscuros y cruciales de la traición; a soportar, sin doblegarse, las injusticias y calumnias; a esperar que los egoístas no le enturbiaran las aguas que habían de darle a beber... y para que le ayudara a esperar su propia regeneración.

Como doña Alejandrina atendió a tantos enfermos, como su palabra santa llegó a tantos hogares en momento de aflicción, las vecinas, doña Rosa, doña Casimira y doña Luisa, se alternaban para darle de comer a Pepilín; pues su abuela se acostó enferma para no levantarse más. Todas estas buenas mujeres eran cristianas, que ayunaban, que comulgaban, que asistían a la iglesia cada vez que el alba regaba su rosada luz sobre la vida adormecida de la naturaleza, y las campanas despertaban sinceras súplicas y tranquilizadoras emociones en los feligreses....

—Cada una de nosotras será una madre para tí—, le decía doña Casimira, una esbelta solterona, en tono persuasivo; no obstante que en su delgada contextura, en su altivez de gestos, en su mirar que no reflejaba maternal sentimiento, su apariencia varonil no armonizaba con el pan de caridad que le ofrecía. Pero de las duras rocas no emerge a veces el hilo claro de suave manantial? —Somos hijos de la muerte, Pepilín, una procesión en que por turno entramos al cemen-

terio, mientras el alma asciende hacia el tribunal que está en el cielo—, le consolaba a su vez doña Luisa, baja de estatura, tierna de modales, servicial hasta con los animales, madre de dos niñas a quienes quería como a las niñas de sus ojos. —Aprende primero a sufrir; después sabrás lo que vale un día bueno; tú tendrás también días buenos si no te acobardas—, le dijo, en una espontánea filosofía, doña Rosa, la más pobre de todas, oriunda de un país inglés, que haciendo piñonates había hecho maestra de escuela a su hija...

Y Pepilín comía el pan de cada día de aquellas vecinas, con gusto, porque estaba ablandado con la salsa poco común de la sinceridad, que le era fácil advertir. Después subía, por solicitud de doña Rosa, a un frondoso árbol de cajuiles; y antes de bajar con los de ella, en un cesto que amarilleaba de frutas maduras, se comía los que consideraba su parte, en las elevadas ramas... Y entonces era feliz de haber vivido unos instantes bajo la techumbre de aquel árbol... como un ave en el columpio de las ramas.

El dolor de los niños y adolescentes tiene altos que hacen creer a los adultos que ellos no padecen, o sufren; pero si el vaso frágil de la persona en formación, por mucho tiempo, sin treguas reparadoras, continuara bajo la presión de las pesadumbres, no tardaría en romperse.

Su salario de tres pesos por semana, ganado de noche en la imprenta de don Pedro María Ortega y Martínez, se lo entregaba para su sustento, todos los sábados al atardecer, durante la enfermedad de su abuela, a aquellas caritativas mujeres....

Oh! qué conmovedor es ver morir de hambre a una persona, sobre todo si es una persona a quien se

quiere entrañablemente; como Pepilín veía morir a su abuela, sin poder hacer nada por ella, para curarla; pero las tres vecinas, las tres gracias de aquella casa de pobres, le humedecían los labios con agua y jugos. Además, cambiaban y hacían lavar las fundas de las almohadas, y también las sábanas. Dios es misericordioso. Dentro de los padecimientos de la gente pobre, casi siempre provee los medios de aliviarlos....

Dios da la llaga, pero también la medicina. Y los cristianos creemos que en la otra vida los justos y los arrepentidos son bienaventurados.

Hasta las prostitutas a veces renuncian a sus orgías para quedarse a la cabecera de un moribundo, o al cuidado de un niño enfermo sin padres. Y es que hasta en los malos hay algo de bueno; algo de herencia, de nobleza, o de educación, que queda a flote en los resabios de las malas costumbres, como en las noches oscuras a veces se ven estrellas que quedan parpadeantes en el espacio....

La hora de la confesión ya era. La silueta familiar del padre Damiani, acompañado de dos acólitos, hizo su evangélica aparición en la casa de doña Alejandrina, situada en la calle de La Luna (las calles tenían estos nombres: de La Luna, de El Sol, de La Estrella). Doña Rosa, doña Luisa y doña Casimira rodeaban a la abuela de Pepilín; la estancia, sobre todo, olía a cera derretida y también olía a incienso y a santidad; y al pie de la Pura y Limpia Concepción varios cirios movían, lentamente, sus pequeñas lenguas de luz. Con un peine, al que le faltaban algunos dientes (hasta en los peines se ve la condición de los pobres), se dispuso doña Luisa a alisarle los cabellos a doña Alejandrina. En la mirada de la abuela, mortecina, como la luz de

las velas, estaba la mansedumbre de un ruego de absolución y de paz. Entonces escribió, en letras irregulares que definían el temblor de sus manos sensibles y enfermas: "Acúseme, padre; acúseme"....

En realidad, no se podía acusar a aquella santa mujer que pasó por la vida sólo llena de caridad, de amor y de mansedumbre. El padre Damiani la conocía, y sabía de la pureza de aquella conciencia cristiana, pues, en distintas oportunidades, había acudido a su confesionario. Y se oyó, claramente, cuando el cura, sin haber podido oír la palabra viva de doña Alejandrina, pero sin vacilación, sabiendo que la sentencia que iba a pronunciar en nombre de nuestro Señor era merecida, luego de trazar una cruz con aceite bendito en la lívida frente de la abuela, exclamó: "ego te absolvo; ego te absolvo".

Doña Alejandrina le tomó las manos al sacerdote, con un ademán con que se diría que se despedía y daba gracias al Padre Nuestro que está en los Cielos.... por haber dispuesto que cesara el sufrimiento, como ya ella lo había previsto.

La muerte se acercaba.... La noche era muy oscura, cuando Pepilín oyó que por encima del techo de la casa pasó graznando una lechuza que lo hizo estremecer de malos presentimientos.

Tres días después, al rayar el alba, cuando las campanas, que por su sonido doña Alejandrina conocía tanto, y que eran de la vecina iglesia, sacudieron el aire apacible de la madrugada, como si se dispusieran a despedir el alma de la querida abuela en el viaje de la muerte, su cuerpo de color terroso, ya casi sólo de huesos y de piel, dejó escapar la leve mariposa de su espíritu....

Jamás se olvida el sol que descubre la palidez de los rostros en la mañana que sigue a la noche visitada por la parca; que nos deja vacía la habitación en que estaba nuestro ser amado; se recogen las sábanas; se desarma el último lecho; y se bifurcan los caminos de la existencia....

Pedro González que prefería su mujer a su madre, porque aquélla no quería saber nada de ésta, cuando había motivos de sobra para que fuera lo contrario, no presencié aquella agonía, que duró cuarenta días con sus cuarenta noches; pues decía.... que se lo impedía el exigente trabajo del Ingenio. Desde luego, tampoco se ocupó de la orfandad de Pepilín, ni del pan que le hacía falta. Si algo antes enviaba a su madre era como una limosna. También la vida tiene seres así.... de alma esclavizada por otros seres.

Doña Alejandrina, mujer santa, fue, en cambio, toda amor, y perdón, y hasta mimo, para su hijo de "mala cabeza"; y tomaba el retrato de Pedro González entre sus manos trémulas, y rogaba a Dios por él...

Pero el padre de Pepilín no le negó sólo el pan; le negó lo que más falta le hace a un hijo: el cariño. Dostoiewski dijo: "llegará un día en el que los hombres dirán que no hay crimen, ni pecado, ni culpa, sino sólo hambre...; y llegarán hasta nuestros pies, agitados, gritando: dadnos pan". Sin embargo, cuando no haya pecado, cuando reine el cariño, habrá pan de sobra, porque el hambre de los unos resulta de la avaricia, de la culpa y del odio de los otros...

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

XII

Las campanas que doblaban por el descanso del alma de la abuela de Pepilín, habían silenciado su llamada a la misericordia, en la tarde gris de su entierro; de la final partida en la que los vecinos decían: "era muy buena", "era una santa"....

En el piso de la habitación mortuoria se veían manchas lustrosas de la esperma y la cera de las velas, por falta de candelabros, aunque de buen grado la iglesia los hubiese prestado para su devota feligresa; y la impotencia del adolescente huérfano, no sabía cómo encontrar salida para su desorbitado asombro....

En el viejo baúl de bóveda, en el que doña Alejandra tenía muchas antiguallas, quedaron el traje negro, de muchos años, pero de buen paño; su libro devocionario de cantos dorados apagados; y su mantilia española de encaje, de ir al templo; y de un clavo de la pared, junto al altar de los santos y de la Virgen de la Pura y Limpia Concepción, pendía un rosario de cuentas de madera; demostración todo de espiritual poesía; de cómo, de la desaparición eterna de una buena persona, permanecen en las cosas, como expresivo testimonio de una vida, suaves reminiscencias del alma, y las huellas inolvidables de una gran ternura...

Era la melancólica presencia de la miseria. Y Pepilín, como herencia de su abuela, conservó, además de la Inmaculada Concepción y las otras pertenencias de doña Alejandrina, un pequeño cuadro de Cristo, cuya bendita imagen casi no se veía, para colgar de ella sus ruegos, cada vez que la hora de la verdad le dijera que necesitaba un poco de paz en la conciencia... o una ayuda del cielo en su vida...

La abuela de Pepilín repetía siempre que alguna tribulación la embargaba: Dios proveerá...! Le había dejado el tesoro permanente de la creencia en Dios...

No es el temor a la bomba atómica, a la bomba de hidrógeno, a los proyectiles intercontinentales, a la guerra microbiana... lo que terminará con los conflictos bélicos de los hombres y de las naciones; sino la fe sincera en la justicia de Dios. Y ese ideal de paz es difícil, desde el momento en que hay tantos millones de personas que profesan el ateísmo. Pero tenemos que insistir con cada hombre, porque con cada hombre salvado, que no tenga miedo de lo que es y de lo que ha sido, es como un día lejano se podrá salvar a la humanidad... A Pepilín lo iba ganando la idea y el sentimiento de que su dicha futura había de surgir por el camino de la vida espiritual, y no por el de la materia.

Y Dios le abrió a Pepilín las puertas para escapar del asombro de su desamparo... y le mostró un nuevo pequeño mundo.

El Director de la Escuela Normal, al conocer su triste situación, por sus condiscípulos Fello, Eduardo y Miguel, le dijo: —serás conserje y mensajero de la Escuela y vivirás en ella. Dejarás de trabajar con don Pedro María Ortega y Martínez, y con tu sueldo ten-

drás para comida y libros—. Así fue. Abría y cerraba el plantel, y antes de que los alumnos entraran, barría los pisos y arreglaba los escritorios de los profesores; luego iba al correo....

Esto es muy sencillo, casi vulgar; pero es una lección de vigorosa voluntad para los pobres de espíritu...

Con su pequeño sueldo compraba libros usados de los alumnos que pasaban de curso y los vendían a los que se inscribían de nuevo. En los textos de sus compañeros estudiaba las lecciones en los quince minutos de los recreos. A veces por esta causa, tenía que permanecer entre las cuatro paredes del aula mientras afuera cundía la algarabía de sus condiscípulos. A ratos, los muchachos entraban al curso, corriendo y tropezando, en tanto, ajeno a los ruidos, continuaba Pepilín con avidez la lectura de lo que luego iba a repetir ante el maestro. Desde entonces (“el uso del órgano desarrolla el órgano”), su memoria fue buena; y no tenía que hacerse “una memoria de papel”....

Los estudiantes ricos se creen con derecho a mandar a los alumnos pobres a hacerles diligencias. Al fin, también él era mensajero de la escuela. Le regalaban cosas y sonrisas por sus servicios. Y de la vida no podía decir que era amarga, pues la encontraba agradable. No se dejaba ganar ni por la envidia ni por el egoísmo. Todo le parecía que era como naturalmente debía ser.

La existencia es bella y tolerable, hasta en medio de sus dramas y tragedias, cuando la vivimos al través de la candidez de los primeros años. Por eso pasa tan fácilmente del llanto a la risa. Después.... sólo la fe nos defiende....

En tres años optó al título de institutor, al mismo tiempo que Fello y Eduardo....

Fello, poco tiempo después de graduarse, se casó con María Luisa, una lindísima criatura, de la lindísima, y paradisiaca, y armoniosa isla de Puerto Rico, en donde parece que el aire diáfano canta; y el mar azul es un constante revuelo de espumosas ondas, como un tropel de escolares que lanzaran a lo alto las páginas de sus cuadernos....

Nadie podía resistir admirarla. Alta, jarifa, como dicen frecuentemente los españoles para alabar a una mujer esbelta y garbosa; con unos ojazos negros, alargados, como almendras, en los que se dijera haberse quedado rezagados algunos haces luminosos del bello crepúsculo del Caribe; con una tez blanca y tersa, que es una pena que se haya abusado tanto del símil que provocaba, y que no se pueda asegurar con suficiente eficacia para que nazca la debida emoción, que era, en verdad, una blanca, muy blanca, caña de azucenas; y, sobre todo, con una gracia de palabras, de risa, de movilidad, en la boca, las miradas y el andar, que quien la vió tuvo que recordar al divino creador de la flor, el coral, el diamante, el ritmo y la luz. Por eso, en el Instituto de Señoritas y en la Escuela Normal, ella era, por derecho propio y elección tácita, espontánea y unánime, la madrina, la reina de los estudiantes...

Pero María Luisa era sencilla, y no parecía caer en la cuenta de su preponderancia, como los jazmines que lucen y perfuman en medio de descuidadas arboledas, sin que puedan añorar o notar la falta de los regios jardines, como ambiente mejor para sus galas y sus aromas....

LA MONTAÑA DE AZUCAR

Fello no era el más elegante, ni el más brillante escolar. Ni detrás de sus facciones, de nariz chata, boca grande, frente estrecha, cuerpo desgarrado, se anidaba otro recurso que no fuera la audacia. Pero, innegablemente, la audacia es un arma poderosa para conquistar a las mujeres. De nada valieron los versos de Eduardo, que sin duda era poeta; ni la buena figura de Miguel, aficionado a la recitación, ofreciéndole serenatas al pie de las rejas de su ventana, acompañado de la lírica bohemia de la luna; Fello fue el vitoreado conquistador de María Luisa... De Pepilín había que decir que no tenía condiciones para conquistas amorosas entonces.

La vida y los años se imponen. Iban quedando atrás, los encuentros en las aulas; las excursiones a la playa; las entradas a los cinemas; la asistencia a los conciertos públicos; toda esa serie de atracciones en las que la juventud desgrana el rosario multicolor de sus amoríos y de sus deliquios...

Había que pensar seriamente en el trabajo. Todo se le puede perdonar a un estudiante, desde pedir un cigarrillo, hasta ver sin pagar las funciones de un teatro, como Pepilín vió La Princesa del Dólar, La Viuda Alegre y El Conde de Luxemburgo; o salir a la calle con la chaqueta de un compañero de estudios, como en las Escenas de la Vida Bohemia, de Murger; pero una vez que se nos entrega el diploma para que entremos, armados, en el franco combate del mundo, hay que decirles adiós a aquellos animados días de juergas...

Pepilín fue nombrado Colector de Rentas Internas de La Colina, y, por camaradería, al mismo tiempo que para ayudarlo de buena fe en su estado de casado,

en el que ya debía valerse por sí mismo, consiguió que se designara a Fello su ayudante, como Inspector...

Comenzaba una nueva vida. Qué delicioso fue para Pepilín disfrutar de un sueldo que multiplicó por veinte el que ganaba de mensajero de la Escuela Normal! El de Fello era como la mitad del suyo...

Como extraños en La Colina, siempre, en las horas libres de trabajo, paseaban juntos por los linderos del mar (los hijos del mar, esto es, los que han nacido a su orilla, no pueden dejar de ir a su encuentro; y hasta en las ciudades mediterráneas les parece que van a dar con el mar al doblar de las últimas calles). O ideaban almuerzos y tertulias en que los tres eran protagonistas. Recitaban, tomaban champaña, licor, o vino; o bailaban mediante discos fonográficos...

Se olvidaban de que todo pasa, de que debían ahorrar; de que, por la inexperiencia, las privaciones que se han ido, vuelven...

¡Oh!, la juventud, la gloriosa edad en la que no se piensa en que todo termina; en la que se cree que el mundo fue hecho para ella y por ella, para siempre...

Es también que la naturaleza humana es contradictoria. No es raro ver a un pobre, de anafes que calientan sus cenizas muy de tarde en tarde, ganarse un premio, o que recibe una herencia, tirar la casa por la ventana, en una serie de evasivos despropósitos, y regresar al gremio de los que día por día tienen que ganarse su pan de trigo con gorgojos; en las comunes faenas de los desheredados...

Se sentían renacer; viviendo por primera vez lecciones nuevas de la experiencia. Cómo recordamos después, entristecidos, que malgastámos los instantes, sin



apreciarlos en su justo valor, como si estuvieran destinados a no acabarse jamás, forjándonos la ilusión de que no envejecemos. Sin embargo, en el fondo, en la hez del vaso gris y vacío de las cosas que fueron, nos queda un agridulce sabor si hemos vivido la vida con intensidad.

El trabajo se desarrollaba normalmente. Estaban preparados para la responsabilidad que les correspondía. Pepilín llegó al extremo de guardar los cheques cancelados, con el fin de no apartarse de ellos en el curso de toda su vida, como una prueba de su honradez; pues tenía un vago temor a perderla, un presentimiento quizás de que también hay casos en los que los inocentes son condenados. . . . Se había movido su infancia en un ambiente de tantas infamias, que la desconfianza en el prójimo le acompañaba, aún en medio de la alegría; no obstante la purificadora influencia de su magnánima abuela. Todas las cuentas, todo el sistema de contabilidad que usaban en la oficina recaudadora de impuestos, era un dechado de exactitud, según opinaban los revisadores que cotejaban los libros y balances, cuando para ello eran enviados desde la capital. . . .

Para defenderse de la presión del ambiente, vivían en un continuo exceso de gastos de dinero. Desde la comida, como si Lúculo viviera con ellos, hasta el atildado vestir de María Luisa. E inventaban antojos a todas luces contrarios a la necesidad y a la economía, como el de cocinar con mantequilla, en vez de manteca, o aceite. . . .

Los días se convertían en meses, los meses en años, y todo continuaba su marcha, como una locomotora por sus paralelas de hierro. Fello y Pepilín se respal-

daban. Cuando el uno estaba ausente de la Colecturía, necesariamente el otro estaba presente...

El pueblón no les interesaba, sino como variados tópicos de conversación en las sobremesas de las comidas que Pepilín a menudo disfrutaba en la casa de Fello y María Luisa. Y hablaban del teatro; qué teatro?: un local destartalado del cinema, en el que sólo se proyectaban películas de vaqueros y de bandidos del oeste de los Estados Unidos; tan viejas que a cada rato se partían, en medio de las algazaras de una indisciplinada chiquillería; y que interrumpía sus funciones, dos o tres veces al año, para ofrecer lo que titulaban cuadros plásticos y recitaciones de aficionados, de lamentable cursilería; recordaban el Club; qué Club?: la Casa de los Colonos del ingenio Boca-Canasta, en donde se celebraba la terminación de la zafra, con matas enteras de caña como rústico adorno del salón principal, y la asistencia, en camisa y en polainas, de los magnates del azúcar; patrocinadores del reinado callejero de alguna señorita enferma de romanticismo; y hacían comentarios relativos a las autoridades; qué autoridades?: la oligarquía de los Castellanos, con las manos en todos los sucios peculados, que incluían el de la carne, la leche y el pan, sin pensar en la penuria y la salud del pueblo; negocios en los que no podía intervenir la policía, ni la sanidad; y que incluían también el de la ropa para los militares, a base de sobornador tanto por ciento para el Comandante. A veces se vendían para el consumo reses enfermas y cerdos muertos, a pesar del examen del médico municipal. Y sólo Castellanos y Hermanos, por un monopolio autorizado por el Comandante, compraban el cacao y el café, mediante la entrega de dos pesos por quintal a

don Juan, alias Cacha de Palo, el comandante de marras; qué comandante?: un oportunista que por algunas escaramuzas revolucionarias se había autodesignado así....

Pepilín apelaba a su misión de Colector de Rentas Internas, y decía:

—El legítimo impuesto del Gobierno no lo pagan, para defenderse de lo que entregan por trasmano. Creo, Fello, que debemos someter a la justicia a los infractores. Fello contestó entonces:

—Por indiferentes que seamos ante lo que pasa en este pueblo, la verdad es que ya ésto va contra las obligaciones de nuestros cargos. Pero, qué se puede hacer, si todas las mañanas, el Fiscal, sobrino de don Juan, va a la casa de éste a recibir instrucciones, para saber qué clase de justicia debe aplicar? Cacha de Palo es un hombre que dice que el gobierno es una compañía por acciones, de la cual él es parte, y que tiene que “comer de la puerca, mientras esté arriba”.

—Yo estoy haciendo los sometimientos al tribunal— dijo Pepilín.

—Y condenarán a los que rehusan dar los dos pesos por quintal, pero no a los que los dan, dijo Fello. Y agregó: es lo que sucede con los juegos de azar de los bateyes del ingenio: los que traen dinero semanal al Comandante, son encubiertos hasta por los crímenes que cometen; pero los que “no cooperan”, que es como llama don Juan a quienes no le aseguran el barato, los traen al pueblo con las mesas de juego, y los naipes y los dados en la cabeza; para luego encerrarlos en los calabozos, por vagos y tahures.

—Uno hace lo que puede; a lo imposible nadie está obligado; pero vamos abriendo poco a poco la tro-

cha. Miseria, enfermedades, ignorancia y leyes que no se cumplen; en éso consiste, no sólo nuestra nación, sino casi toda la América Latina, exclamó Pepilín.

—En Cañada Dulce es igual, pero aquí estamos solos, y allá nuestros amigos son muchos, dijo María Luisa, como si en el fondo de su ser latiera una cierta disconformidad de vida en La Colina, como el sutil oleaje de un tenue y descorazonador aburrimiento.

Los tres se sentían espíados, detrás de cada puerta, en la expresión de cada mirada, en el giro de las palabras y en la esquivez de la gente del pueblo en el breve trato de ellos con el público. No ignoraban el intransigente provincialismo que al recién llegado le decía: cuándo te vas? en vez de: cuándo viniste?; y que consideraba indeseable, casi enemigo, a quien no fuera nativo del lugar. Y mediante lo que habían aprendido en el colegio, juzgaban la magnitud del atraso de una sociedad cerrada a toda corriente de renovadora civilización; que no pensaba que el mar invitaba a meditar en la cultura y el progreso de los pueblos que viven más allá del horizonte....

—Como se puede salvar un pueblo con autoridades como Cacha de Palo, que se apropia hasta las raciones de los presos, sin ocuparse del beriberi que ocasiona la comida sólo a base de arroz? —preguntó Fello—; y para qué necesita tanto dinero ese solterón?

—Ese solterón tiene un harén; pero sus concubinas están dispersas, con hijos por docenas; el alcohol es su agua bendita; cobra el barato cuando otros juegan; y él también juega y pierde; en La Colina estamos conociendo un aspecto de la vida, que es distinta de la que encontrábamos en los libros, sentenció, comprensivo, Pepilín.

Entonces María Luisa, a su vez, hablaba:

—Los libros me mostraron una cara de las cosas que la vida no tiene, o tiene diferente, en verdad. Del alma de María Luisa, aunque lo dijera con semblante sonriente, surgía siempre, fugaz, el aletear de sueños imprevistos e imposibles, de los cuales ni ella misma tenía una idea cierta; pero, desde luego, no tenía inclinación a asimilar las costumbres de aquella comunidad; apenas se reflejaba en la calle la sombra de sus pasos ingravidos, como la de una mariposa que volara a ras del agua de un lago... y se diría que el hilo negro de un envolvente enervamiento, insidioso, le conquistaba el alma, como el hilo que circunda el cuerpo de la araña que lo teje, y del cual a veces cuelga, y la conduce al fatal destino en que perece...

El desagrado de Pepilín subió de punto cuando se enteró de que, por solapado apoyo de Cacha de Palo, dos panaderías del pueblo habían suspendido su producción, mediante veinte pesos diarios para cada una, a fin de que sólo trabajara la panadería favorecida por el "comandante". Nunca se vió forma más fácil de ganar dinero sin trabajar, pero de espaldas al derecho del pueblo, que pagaba más caro el pan, y se consumía en la decepción. Si no fuera una deprimente verdad lo que aquí anotamos, parecería un alegato de novela socialista para halagar a las masas. Por su parte, por una subconsciente asociación de ideas y de sentimientos, Pepilín recordaba el pan duro y difícil de adquirir para él, que pasaba cada quince días, en sacos a ambos lados del aparejo de un jamelgo, a lo largo del camino real de El Pedregal...

Para ayudarse a matar la desidia, de cuando en cuando se dirigían a la casa de unos parientes de Fe-

llo, de su mismo apellido, carcomidos todos por la rutina de aquel vivir; y todos rodeados por doquiera de naturalezas humanas deshechas por la incuria, con apariencias de fantasmas.

Si no estaban, como en esta vez, de comensales en la casa de Fello, los tres visitaban a José Miranda, a su mujer, Micaela, y a los cuatro hijos de ambos. Esta casa humilde era un remanso de solaz para los visitantes, que generalmente usaba un comienzo similar a éste:

—Micaela: no le guardaste café o dulce a los parientes?, decía José Miranda, al recibirlos.

—Qué pregunta, José! Tú sabes que mi cafetera es para mi gente, y que siempre hago y tengo a mano una golosina para mis buenas visitas. Y se explayaban en la conversación.

Y no bien se habían referido en aquella sobremesa al monopolio del pan, y demás, cuando llegó corriendo Daniel, el hijo de 18 años de José Miranda:

—Don Pepilín... don Pepilín... mataron a papá.

Todos se miraron; y, de inmediato, el pensamiento los llevó al resabido matonismo de don Juan García, Cacha de Palo; y enseguida creyeron y comentaron que la amistad de ellos con los Miranda, y su condición de residentes indeseables para el "comandante", acaso fueron incentivo para el asesinato de José Miranda.

Repuestos un poco de la tremenda noticia, Pepilín preguntó, al disponerse todos a ir a la casa del crimen:

—Cómo fué eso, Daniel?

Daniel, con palabras que se le precipitaban, explicó:

—Dice el policía que lo mató, que perseguía un ladrón; que mi papá, al oír ruido, salió al patio; que el policía creyó que era el ladrón, y le disparó...

Pepilín dejó deslizar una sonrisa, amarga, más que de incrédulo, de convencido. Y entonces tomaron, tristes, la dirección de la tragedia, para compartir el dolor...

En el velatorio, alguien hizo alusión a lo que se afirmaba de Cacha de Palo: varios cadáveres en una furnia, llamada "El Hoyo del Diablo"...

María Luisa dijo: —Este pueblo me inquieta, me da miedo...

Fello, a su vez, comentó:

El mundo es un campo de lucha; y en alguna parte hay que vivir...

Pepilín, con más dominio de ánimo, expresó:

—Tú sabes eso desde ahora, Fello; yo lo sé desde siempre...

Al día siguiente, don Juan García, Cacha de Palo, fue a la Colecturía a expresar su condolencia, por la muerte del amigo de los oficinistas, el buen padre de familia José Miranda... y de la comisura de los labios de Pepilín se desprendió... otra amarga sonrisa...



XII

Un día, que llegaba sin aviso, para un cambio de rumbo, Pepilín se dijo: parece que María Luisa está enferma; o acaso se trata de algún préstamo; y hasta se le ocurrió pensar en algo de divorcio. El pensamiento, dado a conjeturar, entra y sale, en un tris, por mil laberintos de adivinanzas...; pero no atinó con la verdad.

María Luisa le había enviado un recado escrito, rodeado de cierta reserva: Ven, te quiero ver ahora mismo...

No tuvo más recurso que excusarse. —Fello: me ausento por un momento. Ocupate de todo.

Eran las diez de la mañana en la amplia esfera del reloj de su oficina. Pero eran las doce en su inquietud. Loca inquietud que le surgía del fondo desconocido de sí mismo; porque a veces uno quiere lo que no sabe que quiere...

María Luisa vivía, semejante a una artista, en un pequeño chalet de madera, pintado de color verde-mar que era una monada, envuelto, desde el balcón hasta el techo, en una florecida enredadera también verde-mar, apropiada para una princesa. Pepilín sabía que tal era la belleza y el acogedor recogimiento de aquella estancia; a esa hora de sol que la iluminaba... como para recibir a un príncipe.

A la medida en que se acercaba, su corazón palpitaba más aceleradamente. En lo que menos pensaba era en que se tratara de un préstamo, porque no había razón para que un motivo así le acelerara los latidos del corazón. Otras veces, delante de su marido, en confianza, hablaba de cualquier necesidad provisional de dinero, que Pepilín le facilitaba. O era que se encontraba enferma? . . . Pero . . . por qué no llamó a su marido? . . .

Al llegar, la voz clara de María Luisa le invitó a pasar. En la sala no había nadie. Entonces repitió: —pasa, Pepilín, pasa!— El tembló. Había tenido parecidas emociones; pero jamás su alma había sentido estremecimiento como el que vivió cuando María Luisa le invitó a que entrara en su aposento . . .

El tiempo, su tiempo, se detuvo. Todo el preámbulo de aquella visita sucedió en un instante en que Pepilín no supo de él; que le dejó, como grabado con fuego, el recuerdo más persistente de los que conservó en su memoria; y que lo estremecía, sobre todo si era una conquista furtiva, cada vez que con amor se acercaba a una incitante carne de codiciada mujer . . . Y se sintió en ese instante cobarde, egoísta, antes de que pudiese sentirse seductor, o en una revivida escena de los impensados erotismos de su adolescencia.

María Luisa, en bata transparente en la que, como en el ámbar, se traslucía el rosáceo matiz de su cuerpo, junto a un pulcro e insinuante lecho que se diría nupcial, le echó, sin decir palabra, los brazos al cuello, y le besó varias veces, mientras Pepilín permanecía en un jadeante y angustioso silencio. Y luego . . .

Era cierto: en ese instante inesperado no supo de él. Pepilín enlazó sus manos sobre la mórbida cintura

de María Luisa, y la besó también, en un emotivo poema sin palabras. Y cayeron... como en un delicioso embeleso. Nunca fueron más innecesarias las palabras; nunca se vivió más intensamente en los minutos de la embriaguez del amor; con olvido de todo lo demás...

Había jurado que para él era imposible codiciar a la mujer de un amigo suyo, por bella que fuera; y muchas veces lo había expresado así delante de María Luisa; ignorante de que el código de lealtad que él explicaba con detalles, iba afilando un aguijón para los caprichos de mujer de María Luisa. Fue vencido entre sus sentimientos de la lealtad y su subconsciente aborrecimiento a las mujeres, por la ojeriza que le tuvo a su madrastra y por las circunstancias de su iniciación en el placer de la sensualidad.

La quiso con rabia, y en el fondo del alma la odió también. Porque le hacía sentirse culpable...

Los estudiantes, en grupo de tres o cuatro, iban al mismo tiempo, a disfrutar de las caricias de la misma mujer. Con las inhabilidades y los balbuceantes despropósitos de la adolescencia...

Carmen, La China, una miseria humana para los conocedores del mundo, tenía la atracción del misterio de la iniciación. Pero ojalá se inicien muchos así, si con ello se consigue reducir la cantidad increíble de los despreciables hombres homosexuales, se decía Pepilín.

El de Carmen era un repugnante ejemplo; pero, aunque en una mujer casada, en un prototipo de hermosura, pensaba que se reproducía en María Luisa. Y Pepilín lo reconocía así, no obstante su flaca naturaleza humana se anonadara de placer. Aborrecía a María Luisa, porque le hizo caer en traición contra su amigo;

pero le embriagaba, le volvía loco de deleite, cuando irresistiblemente, más que besarla quería morderla, si ella le entregaba la boca. Era una copa desbordada de pasión que, en el porvenir, buscó en cada otra mujer; o siquiera parecida; que le empujaba a seguir buscando la imaginaria criatura que pudiese sustituirla; sin encontrar sino el hastío y el ansia de seguir buscando. Como un pesar que le dejara renovado en cada encuentro, pero con el recuerdo de que con ella supo muchas veces lo que era el deseo de vivir desfallecido de felicidad; aunque sucesivamente reaccionara en las garras del remordimiento... Parecía que había quedado embrujado por aquella caída en la tentación.

Meses pasaban y meses venían. Y, día a día, Pepilín, desleal, salía de su oficina, dejando de encargado del trabajo a Fello, para irse a la casa de su amante, a absorber el opio embriagante de la ardiente pasión que los embargaba. No es, no puede ser responsable el ser sumergido en brotes de fuego pasional así, que quema las alas del alma... y enloquece. Por eso el crimen que tiene por causa un estado así, es atenuado ante la ley.

Toda mujer como María Luisa despierta admiración, amor, odio, o envidia. Las primeras personas que se hacen eco de sus dotes extraordinarias son las otras mujeres. Quieren saber cómo viste, para imitarla; y cómo vive, para murmurarla; y las murmuraciones aparecieron hasta en los postes del teléfono, en forma de pasquines... "María Luisa es infiel"; "María Luisa es infiel"; "Fello Miranda es ciego"...

—Sí, Pepilín —le decía María Luisa—, me intrigó que yo fuera nada para ti como mujer; y me dispuse a



conquistarte. Y, como tantas veces sucede, yo resulté conquistada...

El capricho es lo que generalmente mueve el corazón de las mujeres; por eso dejan a veces el paraíso por el infierno... dijo Pepilín.

María Luisa lo que había querido que venciera, y venció, fue su vanidad, cosa distinta del amor.

—Yo —dijo Pepilín—, por mi parte, no soy vencedor; me venciste también. No creo que haya hombre alguno que resista una tentación como la tuya. La carne es débil; y una aguja no puede impedir que la atraiga un poderoso imán que se le acerca. Eso soy yo, una inestable aguja para tí, que se mueve como tú quieras...

Los filtros del amor los habían puesto delirantes. Cometían imprudencias. Pepilín quería hacerla bailar, o cantar, con gesto de autoridad sobre ella. Si se negaba a tomar una copa de licor que le brindara, dejaba también de beber. Su marido estaba ciego, o no quería dar a entender que veía.

Sabía que ese estado era casi una locura; pero no podía librarse del dominio de María Luisa sobre él. Es más, se sentía feliz en aquella llamarada, como un condenado que en el infierno se creyera en la gloria...

Era un inefable delirio. Pepilín la besaba, con avidez, en los labios; la abrazaba, y le placía el mismo olor natural de la piel de los dos, que es lazo que une y atrae entre sí a los cuerpos en el amor. Entreabierta de fruición la manzana roja de la boca de María Luisa, y desviada, enloquecida, hacia un mar de ardores su mirada, Pepilín sabía que era el dueño de su total en-

trega. El amor así es arrebatamiento de gozo y de olvido. Y no finge; y es patente realidad.

Ella y el drama en que lo hizo actor, también resucitaron en la mente de Pepilín todo su pasado de vergüenza, de humillación, de perfidias, de rencor y de abandono, en el que no faltaban los rostros de su madre y de su padre; principalmente el de éste, que le castigaba por complacer a la bizca doña Altagracia, la madrastra de Pepilín; vieja que era infiel a Pedro González y odiaba a María Consuelo aún cuando esta había muerto. Todo un legado triste que, de tiempo en tiempo, resurgía del fondo de su alma, no obstante el deseo de Pepilín de ver la vida con los cristales del humorismo, y de la tolerancia que le enseñó su abuela.

Y en María Luisa y en toda mujer, Pepilín amaba y odiaba a las mujeres, a un tiempo mismo... En una gran lucha de su corazón, con su propio corazón...

XIII

María Luisa y Pepilín seguían en su endiablado estado de amantes.

Reprobaba Pepilín su propia actitud contra su amigo, el esposo de María Luisa; pero, al mismo tiempo, le atraía, con atracción de abismo, el objeto que provocó esa traición a la lealtad: el cuerpo espléndido de la extraordinaria mujer, de quien se diría que por alma poseía una llama que le salía por los ojos; como los incendios interiores de las casas que lanzan sus llamadas por las ventanas, pregonando el peligro.

Pasaba, y era como si pasara por el aire, ingrávida, luminosa, toda la humana inquietud; pero bella y turbadora, como los incendios. Con el tiempo transcurrido, se había convertido en una imponente hermosura; y él en un atildado derroche de llamativa juventud...

Para hacer más fáciles las citas, Pepilín se mudó a una habitación de la casa en que ella vivía. Quería ayudarlo a pagar el alquiler, le dijo al marido, en complicidad con María Luisa. Y, a veces de noche también, Pepilín se deslizaba hasta el lecho de la pecadora, como un sonámbulo, o como un ladrón. Y era un ladrón; ya que robaba, si no dinero, o alhajas, algo de más valor: la honra de un confiado hombre, que sólo tenía la falta

de haber creído en que era incorruptible la amistad de su discípulo; la falta de no haber advertido Fello que de mujer, por su transformación en el tiempo y las circunstancias, tenía a una fierecilla que necesitaba extrema vigilancia y extremo cumplimiento de su natural mandato de cónyuge ante aquella mujer engreída por sí misma. Sin embargo, frío, despreocupado, sólo fue el coautor inocente del delito de adulterio de su propia esposa.

Las indirectas y las miradas de casi todas las personas, acusaban a Pepilín, o se burlaban de su conducta; hiriéndole en la piel viva de su decoro. Pero seguía, aturdido, la enloquecedora senda del pecado; tras la carne ardiente de aquella desconcertante criatura; tan desconcertante, que era histérica.

A María Luisa el pueblo le parecía una cárcel, y sus habitantes ceñudos guardianes que vigilaban sus movimientos. Vivía con ansias las escenas de los bulevares de París en las novelas; y esa enferma ambición de desbordar la contenida existencia, la amenazaba con crueldad. Así, la sangre y la mente rompen sus diques como las aguas torrenciales.

Y Pepilín estaba también enfermo; pero era un enfermo que deseaba curarse. Estaba disconforme consigo mismo.

Mas, es reconociendo nuestras culpas como podríamos curarnos de ellas, y no considerando sólo la culpa de los otros. Tenemos que acudir al remedio del arrepentimiento. Hubo horas en las que, tendido en el regusto de la infidencia, en medio de las vívidas caricias, Pepilín se alejaba de sí mismo, con un dejo de cansancio; ignorante de que el Código Penal tiene un artículo —el

324— que admite una excusa para el marido que mata a su mujer y a su cómplice de adulterio en el domicilio conyugal; pero como si deseara su propio castigo; en lucha el pecado con la virtud...

De ese infierno surgía Pepilín reprimiendo, nervioso, la risa, como un loco. Y no era sino que su culpa repicaba sus campanas para distraerle de la acusación de sí mismo. Y se cubría con las manos los ojos, o los oídos, como si en la conciencia no existiera el ojo y la voz que nos castiga cuando hacemos algo malo; en nombre de Dios, el Supremo Juez..., el Infalible...

Entonces María Luisa también disponía su mente a la comprensión, a la callada autoconfesión de su culpabilidad, y al estado emocional de repudio de sí misma que le dejaba su delito. Pero regresaba al delirio de encontrarse atrapada en las llamas que ella misma encendió, pulsada como una lira, entre impulsos de sensualidad y caídas de hastío. Porque nos acostumbramos al delito, y por eso el delincuente repite la misma delincuencia...

En María Luisa veía Pepilín a todas las mujeres. Y las perseguía, o se dejaba perseguir por ellas; en una atolondrada, en una vengativa carrera que no podía contener; ni siquiera con las oraciones que le enseñó su abuela para aplacar los vicios de la carne y los trastornos del espíritu... Cómo luchaba, sin poder escapar aún, con el demonio del pecado!

Recordaba el pasado. Volvía en el recuerdo a El Pedregal. La vida deja sus huellas en el corazón, como las sandalias del peregrino las deja en el polvo del camino. Sólo que aquéllas son más persistentes, mientras éstas las borran fácilmente la lluvia, y la polvareda que

levanta el viento. No obstante, sabía que mientras se pueda contrarrestar la propia culpabilidad, hay esperanzas...; aunque es difícil librarse de las influencias del pasado.

Las calamidades de El Pedregal, no obstante su empeño en aprender a ser tolerante, a seguir las sentencias de su abuela, le habían empañado la vida a Pepilín. Recordaba, dolorosamente, que su padre y su madrastra, le malquerían. Aquél, por influencia, por imposición de ésta. Y doña Altagracia por incomprensibles celos contra su madre, aún después de muerta María Consuelo.

Triste es ser repudiado por su padre, y lo es más si es alimentado ese repudio por una mala madrastra. Aunque Pepilín sentía mala voluntad también por la bizca mal llamada Altagracia. No sólo porque había suplantado a su madre y la injuriaba, sino porque, aunque, por el despego de su padre, no sentía cariño por él, le dolía que le fuera infiel, y le traicionara, haciéndolo objeto de absurdas magias por envío de espíritus a través de espejos, o vasos de agua, o velas encendidas; o simulando que quería curarlo con ensalmos, de las mismas dolencias que ella le hacía contraer dándole brebajes.

El pasado está siempre presente —rara parodaja—. Y lo que sucede a veces es que se sumerge en el subconsciente; pero nos acecha, en la sociedad, o en el desierto. No podemos huir de nuestra propia sombra; o ella huye con nosotros; lo que viene a ser lo mismo... si la fe no nos transforma.

Ese estado de agitación, en el que recíprocamente eran María Luisa y Pepilín transgresores y agraviados.

en el tribunal que Dios nos creó en la conciencia, creía Pepilín que podían continuarlo aún más; pero...

Pepilínnn: (ella alargaba la n de su nombre cuando deseaba decirle algo importante) tengo que comunicarte una cosa...

Pepilín había llegado a la alcoba de su amante en una prima noche fresca, de primavera. Y las estrellas se telegrafiaban con claros e incesantes guiños, en un lenguaje que parecía de amor. Pero viniendo del otro lado del río —en La Colina hay un río de altas márgenes pedregosas—, desde donde el cercano bosque crece exuberante con la caricia que en la brisa le llega del agua, una lechuza cruzó por encima del techo de la casa, y dejó escapar su estridente y lúgubre graznido.

Eran las siete de la noche.

—Dime, María Luisa...

Casi nunca hablaban cuando, como amantes, se juntaban. Por un lado, por discreción; por el otro, porque qué iban a decirse con las palabras, si el lenguaje de las manos, y de los labios, y de los ojos, y de la piel, y de sus cuerpos, no podían traducirse, sino en el triunfo mismo de los sentidos?...

Dígase, o no se diga, casi todos somos supersticiosos. Pepilín presentía. Lo que había oído era el grito agorero reconocido. La naturaleza no estaba triste; no le rodeaba ambiente para el presagio; pero, desde su infancia, cada vez que había escuchado —en dos veces al menos— el chillido de una lechuza en la noche serena, la vida le había hecho crueles advertencias. Así fue cuando murió su madre; y así fue cuando murió su abuela. Y sintió el escalofrío de un mal presentimiento; ese no sé qué, que no podemos definir, pero que nos

habla en claves de misterio; y sentimos el temor que no sentimos quizás ante un animal rabioso que se nos enfrenta... Y sentía, además, el resquemor de su desazón consigo mismo.

—Pepilínnn... (y se quedaba pensativa).

Y no acababa de decir, y los segundos se le hacían a Pepilín interminables. Los labios de María Luisa se movían como si tuviese fiebre. Acostada boca arriba, no en bata transparente y sedosa como acostumbraba estar para esperarle, sino en un traje blanco, como de novia...

—¿Qué te pasa, María Luisa?; ni me has besado siquiera —le dijo el galán impaciente.

Su saludo de siempre era poner sus labios en los labios de él, y echarle a los hombros el suave collar de sus brazos desnudos.

En un momento ella estaba radiante, como si todo su cuerpo floreciera, desde la claridad de sus ojos hasta sus blancos pies, que surgían del traje. Luego... tenía una vaga, apagada mirada que se diría que atravesaba el techo y se perdía en insospechadas lejanías...

—Quiero que me recuerdes, Pepilínnn; y que me perdones —le dijo María Luisa, cuando él estaba totalmente desconcertado. Decía aquellas frases, pausadamente; y eran como gotas de una estalactita que cayeran en un ojo de agua...

—Estás extraña hoy. O es que quieres asustarme? Acaba de una vez; me estás haciendo sufrir. Es que estás arrepentida de quererme? Te he hecho algo? Te alejas de mí?...

—Quiero pasar contigo estos momentos, como si yo volviera a ser lo que era cuando estábamos tú en la

Escuela Normal y yo en el Instituto de Señoritas. Lo recuerdas bien? Eduardo me escribía versos y Miguel me dedicaba serenatas. Creo que debí querer a Eduardo. Todavía sé de memoria algunas de sus poesías. Parece que cuando venimos al mundo ya nuestros caminos están trazados. Viajamos al vaivén de las circunstancias; nos casamos por azar; y... morimos donde menos habíamos pensado morir... Qué tarde es para volver atrás! Cómo me viene ahora a la memoria todo lo que he sido!...

María Luisa no tenía apuro por el tiempo que pasaba...

Todo lo decía como si estuviese poniendo pequeñas pesas en los platillos de una pequeña balanza que no quisiese desnivelar. Aunque ella y él sabían que Fello estaba pasando inventario en la oficina, por la anunciada y próxima visita de los inspectores de Rentas Internas; y que el tiempo para ellos, apremiaba...

—Te han hecho algún daño y no me lo quieres decir? Estoy dispuesto a defenderte; a reparar el perjuicio que te ocasionen. Y si te sientes enferma, sé que debo ayudarte a que te cures. Sentiría separarme de tí, pero quizás te conviene un viaje de salud; te veo muy nerviosa, aunque tú siempre has sido inquieta...— Y Pepilín continuaba confuso.

—Necesito un viaje, Pepilínnn, un viaje de descanso; pero no por poco tiempo; sé que ésto no sería suficiente...

La vanidad le hizo traición a Pepilín. De unas relaciones transitorias con María Luisa, como mujer casada, creyó entrever que lo que ella deseaba era su divorcio, y que se alejaran para vivir sin sobresaltos.

Se le nubló el entendimiento, ante aquella mujer con quien nunca había estado junto a su lecho sin entregarse con ella al amor; olvidó su situación ante Fello y ante sí mismo; y le dijo:

—María Luisa: yo te amo. Estoy dispuesto a hacer lo que quieras. A irnos unidos por el mundo...

Una sonrisa desdeñosa fue lo que advirtió en María Luisa, como reacción de aquella interpretación del estado de ánimo de ella.

Con sus brazos en forma de almohada bajo su cabellera recogida en moño, sus piernas juntas y extendidas, y su traje níveo, era más que una yacente estatua griega de mármol, porque era una bella estatua con alma. Pero aquella incertidumbre no podía durar mucho más. El tiempo disponible se acababa. El ardor mismo con el que él se había presentado, se le había ido extinguiendo, porque María Luisa no lo avivaba. Y aún insistía Pepilín:

—Te sonríes con un dejo de desconfianza; pero haz la prueba y tú verás...

María Luisa volvió a sonreír con una sonrisa equívoca...

Para Pepilín se había vuelto una esfinge, una criatura enigmática...

Pepilín: no hay nada de enigma, nada que tú no puedas conocer... Oye, ya te voy a decir. He querido que seas... testigo de mi muerte...

Pestañeó Pepilín veinte veces en un segundo, entre incrédulo y sorprendido. Pero ella continuaba impávida, con su vaga mirada hacia el infinito. El estaba excitado; y sospechaba; y presentía... Aunque todavía

le parecía que sólo jugaba con cosas tan serias como la muerte...

—Estás loca; no tienes motivos de queja; se le ocurrió decirle, por decir algo. Tenemos mucha vida y la muerte está lejos de nosotros...

—Lejos!... lejos!... —dijo María Luisa, como un eco, y agregó: los motivos son —no me odies— que debemos terminar esto; que lo nuestro fue un error; que estoy convencida de que no quiero a Fello; que estoy convencida de que no quiero a nadie; que así la vida es imposible; y que quiero morir...

Mostró una pequeña ampolleta, y, con rapidez de relámpago, se la metió en la boca y la masticó...

Jamás había visto Pepilín pasar tan pronto de la vida a la muerte. Cuando quiso socorrerla, ya había fallecido. Después supo que se suicidó con una cápsula de cianuro de potasio... María Luisa se había ido de la vida como quien se despide, disgustado, de una fiesta...

Pepilín salió con sigilo; se fue a la oficina, fingiendo serenidad, a ver cómo seguía el trabajo del inventario a cargo de Fello; y a esperar que se supiera la infausta noticia... Andaba anonadado, en realidad, como si llevara un gran peso encima.

Eran las ocho.

Del otro lado del río volvió a esparcir su graznido la lechuza; y entonces sintió un escalofrío que no hubiese podido jamás definir...

Pero, además de su pesar, Pepilín tuvo también un gran temor: que María Luisa, al decidir suicidarse, le dejara a Fello una denuncia de que él había atentado contra su pudor, como Fedra al quitarse la vida, en la tragedia de Eurípides, le había denunciado a su

esposo, Teseo, que el hijo de éste, Hipólito, la había violado; siendo la verdad que despreció la pasión que por él sentía ella. Lo que dió por resultado que Teseo ocasionara la muerte de Hipólito...

Todo, hasta el absurdo, se puede esperar de un alma que está en contradicción consigo misma...

XIV

Cuando María Luisa murió, en Pepilín quedó un gran vacío del alma, y un sentimiento profundo de culpa.

María Luisa era para él, un motivo poderoso para seguir en aquel pueblo.

Todo antes tenía una significación en su ser: el verde del mar; el azul del cielo; la brisa del río; el canto de los pájaros; el sabor de las frutas; el perfume de los jardines. . . . Después todo lo veía con desgano, gris, por la desesperanza y porque se consideraba culpable de no sabía cabalmente qué delito.

Y entonces buscaba la iglesia; subía por sus altas escalinatas, frente al parque, florecido y animado; pero sin atracción ya para él; y entraba al templo, como quien entrara a una fuente, no a lavarse el cuerpo, sino a purificarse el espíritu.

Jamás suficiente agradecimiento sentiría por su abuela la piadosa doña Alejandrina, por haberle hecho el gran beneficio de amar a Dios, por encima de todas las cosas; y tenerle presente cuando no había pecado y cuando se había apartado de lo que el divino Jesús vino a decirnos por El. . .

Como dijera Kafka: “no hay nada que contribuya tanto al desarrollo moral de un individuo, como un verdadero y refinado sentimiento de culpa”. Y monseñor Sheen agrega: “la miseria, sin ningún conocimiento de la misericordia divina, es un complejo, es insanía, aberración mental, angustia y temor; la misericordia divina frente a la miseria, la culpa y el temor, es perdón, elevación y el goce glorioso de haber nacido de nuevo”...

Así, cada vez que Pepilín se arrodillaba ante la imagen heredada de su abuela, de la Purísima Concepción, elevada sobre el globo del mundo circundado por una sierpe, como símbolo de la tentación, y se confesaba en el altar de su propia conciencia, reconociendo sus defectos, haciendo votos por enmendarlos, volvía a la calle, al tráfago de la vida mundanal, aligerado de la pesadumbre de sus faltas, como resultado de las edificantes moralejas de su abuela; con la esperanza de acercarse, un poco más en cada oración, a la total bienaventuranza del espíritu, mediante la lucha contra el demonio... del pecado.

No se atrevía a decir que no volvería a delinquir. Lo que aseguraba era que en cada caída, tenía fe en que la mano de Dios, a su invocación, estaba con él, para ayudarle a levantarse. Hasta quedar para siempre incólume.

“Lo más terrible del pecado moderno es que el hombre ha perdido la conciencia del pecado; que lo disculpa y lo justifica, y con ello ha dado en la pérdida de la personalidad; el hombre se basta a sí mismo, y esa es su desgracia; se apoya en su miseria y su orgullo, y así ha llegado al menosprecio del amor, y se ha me-

tido en ese bache del existencialismo, donde no encuentra más que su propia mentira y el hastío de su contingencia; sólo en Dios el corazón puede encontrar descanso, seguridad y plenitud"; y si Lady Macbeth, después de cometer el crimen contra el rey Duncan, se lava las manos cada cuarto de hora, y dice que culpará a los sirvientes, porque debe aparecer que la culpa es de ellos, Pepilín no endilgaba su culpa a nadie, sino que procuraba conocerla y redimirse de ella; en avances penosos, de los que a veces se veía retrocediendo, como cuando subimos, en zig-zags, por una escabrosa montaña.

Se ha dicho que si Pilatos no se hubiese lavado las manos y se hubiese enfrentado a su responsabilidad, acaso el más lamentado drama del mundo —el de la muerte de Jesús— no hubiese sucedido. Le dolía a Pepilín haber delinquido; haber incurrido en mentiras e hipocresías. Pero pensaba que por el camino del dolor y del arrepentimiento vendrá la redención del hombre y del mundo...

—Pepilín, —le había dicho Fello, ante el cadáver de María Luisa— tú, que sabes lo mucho que yo la amaba y lo mucho que ella me quería, no ignoras lo que he de estar sufriendo, y cómo me siento sin fuerzas para darle la cara al porvenir...

En el semblante y en la voz de aquel hombre se advertía que estaba deshecho por la tragedia; y comprendió Pepilín que, al perderla, fue cuando Fello realmente supo de toda la magnitud de su cariño por aquella mujer.

Y Pepilín le compadecía, y hubiese querido desaparecer.

Si Fello se sentía sin fuerzas para enfrentarse al porvenir, Pepilín no las tenía para encararse al presente de ese momento trágico, en el que no se consideraba inocente. Pero pudo reponerse, y exclamó:

—Sí, yo no he sido casado, pero debe ser muy doloroso perder a una compañera de muchos años. También he lamentado su muerte...

Qué menos podía decir? El pensamiento de Pepilín giraba como un barco por entre sirtes...

Después, en los días que siguieron, Fello no pudo estar solo.

—Ven, Pepilín, vivamos en la misma habitación. Vine contigo y María Luisa a La Colina; y sin su presencia, me falta el ánimo. Si ella y yo hubiésemos tenido hijos! Sólo de tí puedo tener algún consuelo.

Se fue Pepilín a residir con él. Lo que materialmente le fue fácil, ya que vivía en una habitación contigua, de la misma casa; pero, moralmente, ante aquellas sillas, en las que tantas veces la vió sentada, o aquella mesa, en la que la vió servirse la comida; y, sobre todo, a la vista de aquella cama en la que la contempló muerta y que fue suavidad de raso para sus pecaminosos amores, estaba siempre desasosegado, no sabía cómo conducirse, y hubo instantes, de noche, en los que, presa de pesadilla, gritaba: no, María Luisa, no!; y veía en el sueño la escena en la que, al querer socorrerla, ya estaba muerta...

Fello despertaba, y le decía:

—Te ha impresionado mucho la muerte de María Luisa; tan inesperada, sin motivos; si me hubiese dejado una esquelá!; si a alguien le hubiese comunicado la razón de su suicidio!

Pepilín observaba a Fello, a ver si en algo denunciaba sospecha; pero no; todo en él expresaba naturalidad, dentro de su sincero dolor...

—Vaya uno a saber —contestaba Pepilín—. Acaso un acceso de locura; porque... qué otra cosa podía ser? Qué motivo? Sin embargo... el alma humana es un cofre de misterios. Y él vacilaba, casi tartamudeaba, al conversar con Fello de María Luisa.

Iban por los sitios por donde a veces les agradaban los paseos. Por las calles del ingenio cercano, de casas de madera, blancas, o verdes, o de ladrillos, según la categoría de los ocupantes; la casa de las calderas, de donde salía el ruido de las máquinas; el surtidor de agua caliente de donde bajaba una cascada vaporizada, por tablones escalonados, para que se enfriara, y en el que con frecuencia contemplaban flotar la bandera de un arco iris; los campos de golf y de beisbol; el club de los administradores; y, especialmente, la carretera circular que bordeaba el mar, como un balcón, circundado de jardines, que les hacía detener y echar a navegar hacia lontananza las barquillas ilusorias del ensueño... sobre la adormecedora canción de las olas.

O se encaminaban al parque, a oír los conciertos dominicales, o ver a los paseantes; o a la orilla del río, en donde esperaban la entrada de los vapores, o de los botes pescadores; y al mercado, a embebecerse en la multiplicidad de voces, y de colores, y de olores, de esa feria diaria...

Recordar es vivir. Pero cuando les acompañaba María Luisa, todo era risa; todo era alegría. En la viudez de Fello, era como si anduviesen por entre las tum-

bas y las callejuelas de un cementerio, arropados casi siempre en la capa del silencio...

A ratos, Fello rompía su mutismo, y, deteniéndose a trechos, subrayaba con pena su frase:

—En estos parajes, me parece ver a cada paso a María Luisa. Mira aquellas zarzas!...; ahí se le rasgó el vestido una tarde. Mira estas flores; aquí cogía ella lirios silvestres...

—Lo recuerdo —decía Pepilín—. Yo venía siempre con ustedes. Pero para qué insistir en lamentar lo irremediable?...

—Ah!, he pasado por la desaparición de un amor que, por el gran cariño que me inspiraba, me ayudaba a vivir...

—Puedes olvidar un poco y volverte a casar; o es que vas a dejarte caer el mundo encima?

—Sí, Pepilín, me he puesto viejo en unos días, y sé que de esta pesadumbre es difícil descargarme... Y el llanto corría por las mejillas de Fello; y los ojos de Pepilín se humedecían; desesperado el uno; humillado y avergonzado el otro.

Cada vez que Fello Miranda hacía copartícipe de su condición de infeliz a Pepilín, éste se inculpaba de haber seguido a María Luisa por el camino de desprenderse a sí misma, al reflexionar que había traicionado a la fidelidad; si bien es cierto, aunque por esto no veía su disculpa, que fue ella quien, por un desliz del alma femenina, le atrajo al abismo enloquecedor de la sensualidad.

Y, en las noches, en que las cavilaciones no le dejaban conciliar el sueño, el contorción dejaba caer sus pesados minutos sobre la excitación de Pepilín, y creía

ver el fantasma de María Luisa, trajeada de blanco, como cuando, cual una azucena que se pone mustia, vió que la muerte la puso pálida. . .

La muerte manda. Aquellos pasquines fijados en los postes de los alambres telefónicos, y aquellas murmuraciones que intranquilizaron a Pepilín y le hicieron pensar en un inminente descubrimiento de su falsía, ya no se producían; más bien, en las miradas de la gente encontraba un vago matiz de condolencia. Las personas que hacen el mal, hay ocasiones en que desearían no haberlo realizado. Es lo que inclina al homicida a volver al lugar en que ha dado muerte a alguien, como tardía pero sincera expiación de su crimen. A esa actitud de la gente contribuía, sin duda, la corbata negra con que cambió Pepilín las colorinescas chalinas que usaba y la ausencia suya de los sitios de diversión. Para Fello era que Pepilín le acompañaba en su dolor; para Pepilín, y para los que creían tener la certidumbre de que María Luisa y Pepilín fueron amantes, era el propio luto de quien ha presenciado la partida eterna de un ser entrañablemente nuestro; aunque este amor estuviese mezclado de culpa y de remordimiento. . .

Pepilín enflaquecía, y Fello parecía también perder carnes; Fello se dejaba la barba, y Pepilín no se ocupaba de rasurarse con el esmero de antes. La ropa de ellos permanecía más tiempo que nunca en el ropero; se diría que eran dos paralelas en donde se agitaba el mismo dolor, que seguían a identificarse, a unirse en el infinito, en el mismo enigma de la muerte. . .

A Pepilín le era imposible seguir viviendo en aquella casa, en la que hasta las flores, y las cortinas, y los retratos, y las lámparas, le hacían pensar en la ausen-

cia de María Luisa. Aquella residencia había sido de tertulias y de música; de limpieza y aire suave; de puertas y ventanas abiertas; de rosas y enredaderas cuidadas con esmero; y nido de amor de un cuento de pasión, abandonado por la amada princesa, como una nube que se deshace. Todo se había transformado en opresivo encierro; en un continuo encuentro con la pesadumbre y el desconsuelo...

Y un día..., uno de esos días en el que se hace decisión inquebrantable... Pepilín se decidió:

—Fello: me siento muy enfermo; me voy para mi pueblo... Espero reponerme allá...

No preparó a Fello para oír esas palabras, que hacía días que torturaban a Pepilín; pero que ya no podía contener; y se las dijo inesperadamente.

—Y me voy mañana mismo, por la madrugada... El Inspector encontró correctos los libros; tú entregarás la oficina...

Eran las nueve de la noche... Se acababan de acostar... Corrían tres años de estar juntos... Pasó un rato que le pareció a Pepilín demasiado largo, y...

Fello exclamó:

—Yo lo esperaba; además, un día te dijo María Luisa delante de mí: llegará la hora en que usted se irá y nos dejará... La vida es así...

Ella le decía usted a Pepilín cuando estaba en presencia de su marido... para vivir más a salvo su doble vida.

En toda la noche los dos permanecieron insomnes en sus lechos; pero no volvieron a hablar. Las palabras ya no tenían qué hacer entre ellos.

Al comenzar la claridad del alba, después de arreglar sus bártulos, se despidió Pepilín:

—Buena salud, Fello...

—Y para tí también, Pepilín, contestó Fello, sinceramente. Con el pesar de quien sabe que se va a quedar muy solo. Pero sin tener presente la idea de que el hipócrita es “un sepulcro blanqueado”.

Pepilín no quiso que la gente de La Colina le viese partir... Y, antes del siguiente amanecer, se fue con las últimas sombras nocturnas, que también se iban apresuradamente...

XV

Cañada Dulce, con sus siete ingenios de caña, hacía que vinieran a la memoria los afortunados países de minas productivas.

No tenía grandes depósitos de minerales, pero cada ingenio poseía en su almacén mucha, mucha azúcar; y vendía su producto a veinte pesos oro el quintal. Un chorro negro, parecido al del petróleo, el de la miel, el de la miel de purga, en enormes tanques, era transportado por tuberías, hacia los buques-cisterna. Claramente hablaban, en cifras, no en palabras, de la riqueza de Cañada Dulce...

El dólar valía un dólar; no cuarenta y ocho centavos. Todavía la palabra "inflación" no pasaba de boca en boca, alarmando a los ricos. Se trataba de que grandes centros de cultivos de caña y de remolacha del mundo estaban inactivos; y de que la ley de la oferta y de la demanda, aplicada a los llamados dulces, imperaba contra la demanda y favorecía la oferta...

Improvisados corredores, como Vanderhors, de la noche a la mañana, se tornaron en potentados del dinero. Altos buques, capaces de almacenar —y almacenaban— cien mil sacos en sus bodegas, atracaban al muelle, como casas de tres plantas, y salían con la línea de

flotación bajo el agua. Legiones de cargadores, con sus garfios, sus carretillas, y sus espaldas desnudas, eran una multitudinaria manifestación de prosperidad. Los sábados, cada obrero, aún en su ropa de trabajo, tenía en los restaurantes el crédito de los billetes de banco que se sabía que había ganado. Nada de ron malo sin destufar. Ahí estaba para ellos la cerveza Pilsener, en barriles, para que enfilaran botellas vacías, como soldaditos, al pie de las mesas; y, desde luego, mujeres de mal vivir de todo el país acudían a saciar la sed de placer de aquella fuerza de los músculos...

Los terrenos de extensas campiñas, de inmensos bosques, que valían ocho centavos por tarea —casi seiscientos veintinueve metros cuadrados— subieron a ocho y diez pesos el precio de esa unidad. Los mejores abogados nacionales, instalaron sus oficinas en lo que se dió en llamar el Wall Street Dominicano. La cotización de las acciones de los productores azucareros alcanzaban valores inauditos hasta entonces; y pasaban de dueños con una facilidad asombrosa en los mercados extranjeros. Mientras las chimeneas de las casas de caldera, con sus penachos de humo; las locomotoras con sus silbatos y el ruido de sus ruedas; y las rechinantes carretas, que no cesaban de vaciar sus cargas de caña en los conductores, eran prueba de que los signos de la prosperidad eran elocuentes; y fascinaban, en medio de las múltiples inversiones y de los cuantiosos beneficios, haciendo creer que aquella bonanza iba a durar siglos...

Los cinco centrales azucareros que estaban en las márgenes del río, transportaban su azúcar en sacos de 320 libras, en amplios lanchones negros, tirados, o em-

pujados, por vaporcitos remolcadores, que se anunciaban, a su turno de arribo, de acuerdo con las distancias que recorrían, con saludos prolongados, que eran de regocijo para el pueblo (1, 2, 3, 4, 5 silbidos). Los otros dos ingenios, de tierra adentro, acarreaban los sacos de su dorado producto, en largos vagones de grandes locomotoras; a través de las concurridas y animadas calles de la ciudad, al toque de sonoras y alegres campanas. La montaña de azúcar de los altos buques parecía una montaña de oro. Y, en realidad, en oro, en mucho oro, se convertía... en los remotos puertos a donde era transportada.

Cierto es que una gran parte de los beneficios del negocio del azúcar pertenecía a inversionistas exóticos; pero, así, siempre quedaba un rico margen para los contratistas nativos...

Por los caminos de hierro se iba, en múltiples negocios, a las otras ciudades; prósperos colonos, revólver al cinto, con sus sombreros anchos, y su ancho deseo de gastar, compraban todo lo que se les quería vender. Un colono compró dos mil tareas a ocho pesos por tarea, y aceptó el recibo de los diez y seis mil pesos escrito con lápiz en un papel de estraza; otro dió mil pesos por besar a una señorita en un acto a beneficio de la Cruz Roja. Cuando todo el mundo tiene dinero, el dinero se escurre, como el agua por entre los dedos...

La gente feliz canta, juega, baila...

Las calles se llenaban de paseantes, y de carruajes, y de conversaciones alegres. Por las noches, en los casinos se veían enloquecidos jugadores poner una fortuna al azar de una carta de póker, o de bacará; y los domingos de juego de gallos, en desafíos que convocaban a

todos los galleros de la región, no era extraño que un jefe del cuerpo de Guarda-Campestres, jugara mil pesos a la espuela de su gallo de probada calidad...

Pero en donde la alegría crecía por instantes, como la espuma de la cerveza al caer en los vasos, era en los bailes de todas las clases sociales. El entusiasmo se encendía al anochecer, cuando se prendía la luz en las casas, y todavía no terminaba cuando salía el sol...

Cañada Dulce, era Jauja. La tierra de las maravillas..., de la gente enloquecida de bienestar. Pero la ciudad se quedó sin aceras, sin cloacas, sin palacios. Cañada Dulce, que debía haber heredado permanentes mejoras de aquella bonanza, envejeció sin oficios ni beneficios, desheredada, como si hubiese sido una mala madre para sus hijos, y una mala madrastra para los que fueron atraídos por su renombre, y en la crisis económica se fueron para olvidarla, como ingratos. También las ciudades tienen alma, y sienten a veces el amargor de las injusticias...

Cañada Dulce tenía el derecho de haber ganado un buen puerto para que los grandes transatlánticos que tenían que permanecer mar afuera para tomar su cargamento, entraran al estuario. Muchos de los vapores que se aventuraban a entrar, continuaron encallándose. La salud del pueblo requería que cegaran las ciénagas que rodeaban la ciudad. Los mosquitos en invasoras oleadas, seguían su propagación del paludismo desde los pantanos y en los días lluviosos, e inundaban los barrios, principalmente los barrios de los pobres. Necesitaba un puente sobre el río, para terminar con un deficiente y atrasado servicio de barca. Fue un sueño imposible de realizar, como si se tratara de traer entero

el puente de Brooklyn. Quiso un edificio escolar para los estudiantes normalistas. La Escuela Normal siguió en el viejo caserío de paredes húmedas y piso de tablas. En los deportes, que tanto une a los pueblos —Grecia se unificó y se hizo grande comenzando con los juegos atléticos—, quiso un estadio. La juventud iba de potrero en potrero para entregarse a sus ejercicios físicos...

Pensaron los habitantes de la ciudad en un acueducto, y ese pensamiento fue un espejismo del desierto; todo dependía de un centenar de “asnos cargados de azúcar” que no quisieron hacer nada; y continuaron los aljibes antihigiénicos para los ricos, y los pozos salobres y contaminados para los pobres...

Ni una casa propia para el Ayuntamiento; ni una especial construcción para la gobernación; ni un salón decente para la justicia... Consuelo?: en toda la América Latina sucedía lo mismo, o había una situación análoga.

En verdad, los pueblos son desgraciados cuando son desgraciados sus dirigentes. Y aquella azúcar, a pesar de la gran demanda almacenada en espera de que siguiera el alza, cuando sobrevino el desplome de las cotizaciones comenzó a amenazar con derretirse y convertirse en jarabe si no la vendían pronto a bajo precio. Y a precio de quiebra hubo que venderla...

Cuando cesó la “danza de los millones”, alguien concibió la criminal idea de arrancar las casas y transportarlas a la ciudad capital del país, en donde los arrendamientos, con el crecimiento de la población, aumentó el precio de las propiedades, ciento por ciento...

Pudo transportar diez. El poseía más de cuarenta. Era propietario de varios coches. También con sus caballos, arneses y cocheros, John Clark —este era el nombre del propietario—, los condujo a la capital. Aún se ven en las calles citadinas una victoria y unos coches, manejados por ingleses, que formaron parte de aquel desfile de los que huían de la miseria...

Los desprevenidos concejales cayeron en la cuenta de que en las narices les estaban robando la ciudad; e hicieron obligatoria una ordenanza que sólo permitía la destrucción de las casas con previa autorización oficial, e indicación del fin que se perseguía al destruirlas.

Pero a lo nuestro, con razón, o sin ella. Pepilín quería, entrañablemente, a Cañada Dulce; por encima de todos los vicios que comprobara en la ciudad.

Dicen que las ballenas, después de cruzar por los inmensos mares, al sentirse heridas buscan, instintivamente, las playas, para morir.

Al cabo de años de ausencia, y de atravesar por los mares de los azares de la vida, y por tierras de arduas luchas del trabajo, sintió el anhelo de volver al amado terruño en el que vivió el poema triste pero hermoso de su infancia. Y Pepilín decía: he de ser enterrado en el cementerio en que está sepultada mi santa abuela, doña Alejandrina, aunque a mi entierro sólo vaya el auriga que conduce el carro fúnebre de los pobres; pues no importaría nada ese tránsito sin cortejo, si al sepelio de Oscar Wilde fueron nueve personas; y compararme con él es comparar el sol con una luciérnaga...

Quería vivir para ver a su pueblo en la reacción que condujera a la libertad sin cortapisas, y a la salud

del alma y del cuerpo de los pobres, y al progreso integral. Y, gracias a esa gran evolución, ver liquidar el exotismo azucarero, causa de atentados contra la soberanía del país y vía por donde se iban el esfuerzo y la riqueza nacionales; los monopolios y los latifundios; y la explotación inhumana de los obreros. Llegar a ver grandes puertos; buenos acueductos; casas escuelas; palacios para los gobernadores; maestros y sacerdotes en todas partes; estadios de deportes; puentes sobre los ríos; bancos agrícolas e industriales, de préstamos a largo plazo y módico interés; fábricas de fertilizantes, para hacer productivas las tierras empobrecidas; y llegar a ver todo lo necesitado por el país para salir del período de barbarie de los pueblos latinos de América, que "juegan a las revoluciones, como los yankis juegan al beisbol"...

XVI

Pepilín volvió, pues, a su terruño. No se conoce nada que atraiga más al hombre que los lugares en los que discurrió su niñez; sobre todo si hace tiempo que estuvo ausente.

Volvió a contemplar la dorada arena de su río y la arena blanca de sus playas del mar Caribe; el rizado y espumoso mediodía de las olas del estuario; el vuelo pausado de los alcatraces y su brusca tirada al agua, para pescar sardinas; el zarandeo de las níveas gaviotas alrededor de las boyas; el regreso de promesa de los botes pescadores; el lento cruce de la barca de la ciudad a la otra margen; el puntiagudo campanario con el familiar sonido de sus enhiestas campanas; el paisaje, como de dársena holandesa, de las goletas, y las lanchas, y los vapores, y los bellos atardeceres tras de los cocoteros del levantado delta. Nada creía Pepilín más bello que el crepúsculo de Cañada Dulce...

Volvió a ver a sus condiscípulos y a los demás que de muchachos iban con él en busca de sabrosas frutas a los campos aledaños; y hasta las calles y las cosas parecían darle la bienvenida desde algún sitio conocido: la roja copa del framboyán de la ribera; el viejo guaraguao de la comandancia de armas; el frondoso mango

de la calle en la que estaba su casa; los verdes laureles del parque; el airoso obelisco de la chimenea del ingenio más cercano; el acogedor hospital; los largos almacenes de los azúcares; el acre olor de la tenería; el altozano del alambique; la ruinoso Escuela Normal; la olorosa panadería; los potreros y sus enramadas de ordeñar las vacas; y... las piedrecitas de los frescos senderos por donde veía el rítmico y apresurado andar de las tórtolas... y las guijas y las conchas que al mar lanzaba para que rozaran las olas, como si volaran...

Joselito Bengoa, el de la perenne y oportuna broma, se hirió en un brazo con su escopeta, en una cacería, y había muerto; Manuel Emilio Pardo, el de la risa fácil, el de los versos líricos, había llegado demasiado joven a la tumba; pero, por otro lado, Alcibíades Delmar, a quien Pepilín le escribía sus artículos para El Nacional, era senador; Galano Portuondo, "El Tiburón Melancólico", quien, con suavidad de serpiente, le formaba una intriga a cualquiera, era síndico; Marcial Franjul, cuyas cortas alas nunca pudieron volar a tal altura, era Juez de Instrucción; Jesús Constantino, sólo a título de amigo de Alcibíades, era alcalde. Mas, éstos también eran amigos de Pepilín, y tuvo esperanza de entrar en esta cofradía, con alguna prebenda también...

Entre tanto, Pepilín visitó los parajes en los que se detenían todos los días antes de ir a la Escuela Normal. E iba en las noches del Ateneo a oír al autor de La Fuente; el de Tu Ventana está Abierta; el de Atardecer; el de Las Canciones Tristes; el del soneto alejandrino Al Mar; y a otros también de lucido estro... que, como aquéllos, eran objeto del fino humorismo del caricaturista José Cristóbal...

A veces, en las crisis de los pueblos se producen buenas obras de arte, como en nuestros pantanos de trecho en trecho admiramos bellos lotos y blancas garzas, el canto de algún ruiseñor y alguna fruta apetitosa; y nacarados caracoles y airosos flamencos...

Se encaminó a saludar a las jóvenes, por aquel entonces de sus estudios quinceañeras, que él y sus condiscípulos esperaban en las esquinas, con preparados requiebros, mientras se aproximaba la hora de los libros. Eugenia se casó con un barbero y Mélida con un mecánico. Pero parecían destinadas para esposas de poetas... Cómo se bifurcan los caminos de la vida!

Por fin —por qué no decirlo— se dirigió al barrio en donde vivía Carmen, La China, la hetaira que le ayudó a salir de los tímidos balbuceos de la adolescencia ante los requerimientos del sexo...

La China se había casado con un español. Cuando quiso saludarla estaba con su marido. Fingió no reconocerle; él hizo lo mismo. No consideró extraño que esa mujer, ya señora de viso, le obligara con afectado gesto a ser discreto, o a que se quitara el sombrero, para saludarla... No es una comedia el mundo?... Y no estamos obligados a vivirla?...

Visitó la pulpería de Bolívar, al lado de la casa de Alcibiades Delmar. Qué de bromas; qué de algazaras entre sus condiscípulos de la Escuela Normal!; no respetaban al viejo Bolívar. Bolívar: no oda! El viejo se enfadaba creyendo que oía una mala palabra. Manuel Emilio Pardo, le explicaba: no, don Bolívar, oda es el nombre de una clase de versos. O a un campesino lampiño, Joselito Bengoa le dijo: usted no es más que un imberbe. El hombre se quitó el machete del cinto y

estuvieron a punto de ver una tragedia. No, amigo, saltaba alguien a calmarlo: imberbe quiere decir sin barbas. Y los contertulios reían, reían. Si la risa feliz de la juventud se pudiera conservar toda la vida!...

Muchas veces, Bolívar, para hacerles desalojar el local, les tiraba jarros, frutas y hasta vasos, como rayos. Entonces ellos salían corriendo de Bolivia (así le decían a la pulpería) poblando el aire de carcajadas...

Mas, el sitio de predilección era Rancho México. Ahí oficiaban los "pontífices" de la comilona: Nuno y Curro. Nadie mejor que ellos sabía cocinar el chivo con arroz blanco y ñame; la hicotea con vino, aceitunas y alcaparras; el sancocho de tres carnes; la ensalada de pescado salado; la guinea montaraz y la yaguaza; el lechón asado; y, sobre todo, el incomparable manjar de los cangrejos. Todo rociado con variados licores, amenizado con nuestra música típica, y acompañado de celos de fáciles mujeres...

Tan irresistibles resultaron para algunos los placeres de Rancho México, que dos de sus más conocidos "socios", Cantalicio Valdez, y Ruperto Victoriano, huyeron del hospital en donde se les curaba el hígado, porque no pudieron renunciar a los holgorios de Rancho México...

Alcibíades Delmar, ufano de su poder y sus arbitrariedades, iba todas las tardes a Rancho México, en su carro Cadillac, de color de salmón, y pistola 45 a la cintura; mientras su chofer usaba un revólver Colt y cincuenta balas, calibre treinta y ocho, en el ancho cinturón... Padecía de exhibicionitis.

El Evangelio dice que el justo peca siete veces al día. A la verdad, la existencia humana no es como una

recta, sino como una línea sinuosa, semejante a un río que se abre paso por entre montañas; y, aunque uno lo quiera, no puede sólo relacionarse con buenas personas. Pero Pepilín tenía una idea central: la de resistir a las tentaciones, y escapar, en su oportunidad, por entre ellas.

Ya hacía un año que Pepilín esperaba su prebenda, a base de que pertenecían al mismo partido político, y... a la misma cofradía; y le dijo:

—Bueno, acaba, ¿qué es lo que tú te estás figurando, Alcibíades Del Mal? Y le zahirió con sarcasmo.

—Pepilín: tú eres un rebelde; tu asunto está arreglado...

Alcibíades imitaba en esta última frase al Secretario de la Presidencia, su protector, el político más mentiroso de todos los tiempos...

—No quiero ya que arregles nada, Alcibíades. Yo mismo arreglaré lo que me convenga. Parece que tú olvidas los compromisos que se tienen consigo mismo y con los demás...

—Me estás amenazando? Tú pides con escopeta, Pepilín.

—Te pido, Alcibíades, lo que te gané desde cuando te escribía los artículos para El Nacional, de temas constitucionales. ¿Qué sabes tú de la Constitución?

En realidad, Alcibíades no sabía nada de nada. A la Escuela Normal siempre llegó tarde y nunca estudiaba las lecciones. Pero se tornó en un engreído; la política lo había subido, como suben las pajas en los remolinos del viento.

—Pepilín: si tú crees que puedes ser algo sin mí, inténtalo.

—Sí, lo intentaré desde este momento.

—Está bien, Pepilín.

—Está bien, Alcibíades.

Pepilín organizó una rama disidente del partido que estaba en el Poder. En la primera manifestación, habló mal de Alcibíades y la 42. La 42 era su "estado mayor", formado por Cantalicio Valdez, Emilio Blanco, Candito Elías, Negro Menéndez y otros. Pepilín tenía un revólver oculto; vivían así. Al bajar de la tribuna, sus amigos le rodearon, pues habían oído decir que le iban a asesinar...

Sin embargo, Emilio Blanco, se interpuso. No, a Pepilincito (le llamaba Pepilincito) nadie le haga nada. Y cuando Emilio Blanco, valiente a carta cabal, ordenaba algo, había que respetarlo. Emilio tenía procreada una niña con una prima de Pepilín. Y, a la verdad..., la sangre pesa más que el agua...

Alcibíades Delmar era el jefe, el cacique de la región; como había otros para las otras regiones. Alcibíades mismo no hubiese sabido por qué razón llegó a tal posición, porque era que realmente no existía ninguna. Lo que sí tenía en buena cuenta era que le correspondiera un tanto por ciento sobre la contrata de cada obra pública: carreteras; caminos; barcas; mercados; maderos; calles... Para Alcibíades Delmar, como para Cacha de Palo, el Gobierno era una sociedad por acciones.

El Presidente del Ayuntamiento era el Dr. Gonzalvo, el Cojo Ilustrado (mote que le venía de sus pies deformes, que sujetaba a unos hierros).

LA MONTAÑA DE AZUCAR

El Dr. Gonzalvo era graduado de doctor en medicina; pero no se podía decir que era médico, pues nunca pasó de la receta de corrientes patentizados, anunciados en los almanaques...

XVII

Eduardo de los Santos, el ya conocido condiscípulo de Pepilín, vivía aún junto a su tía, doña Ramona Fernández, que fue su puntal en los estudios. Como Pepilín, no pudo Eduardo más que optar al grado de institutor. Pero leían y estudiaban. Eran de los jóvenes que formaban un grupo —el Círculo de Renovación— simpatizante de los lineamientos de la moderna cultura, pero que veía con interés crítico a los literatos del Ateneo, que ganaron justo renombre, y que habían dejado acervo permanente en la historia del pensamiento nacional. Aquella cofradía era un fértil oasis en medio del estéril desierto que lo circundaba... y una vez, mensajero por cuyos labios hablaba el espíritu de la raza de nuestra América, José Vasconcelos, el gran educador, se le acercó y le dió el aliento de su palabra apostólica...

Doña Ramona, que recibió a Pepilín con bondadosa sencillez, como antes lo hacía, y que es la característica de las ancianas dominicanas, debido seguramente a la convergencia de sus almas en las enseñanzas de Cristo, más de una vez le dijo:

—Hijo: tengo 65 años, estoy muy achacosa, y creo que pronto los voy a dejar en este mundo...

Ella tenía los párpados semicerrados y sus manos y sus labios temblaban. Sus días de vida eran pocos.

Pepilín trataba de disuadirla:

—No, doña Ramona, usted está muy fuerte todavía.

Pero notaba que a Eduardo se le entristecían un poco los ojos. . .

Eduardo había instalado, mediante los ahorros de doña Ramona, una platería en la calle de La Libertad, y se convirtió en un buen platero. Ahora tenemos suntuosas joyerías de italianos, como en La Habana las hay de chinos. Todavía en la llamada ciudad vieja, de la capital, se recuerda la calle del Platero. Entonces eran establecimientos humildes.

Un orfebre es un artista —el florentino Benvenuto Cellini —1500-1571— fue célebre como orífice, aunque también lo fue como escultor, por haber hecho la famosa estatua Perseo portando la cabeza de Medusa. Pero, diciéndolo en alcance mucho menor, el platero tenía orgullo de hacer que de sus manos surgieran siempre delicados trabajos. La artesanía mecánica en serie mató aquel esmero en el trabajo manual. Era un placer contemplar a Eduardo en su labor, no sólo por la pericia con que manejaba y colocaba cuerdas, finas como cabellos, y diminutas ruedecillas, sino por la espontánea inspiración de la que se servía, al colocar sobre sus engastes la luz roja de algún rubí, o la luz clara de algún diamante. . .

Todos los días, a las ocho, en la mañana, y a las dos, en la tarde, cuando las campanas del no distante Parque de Bomberos llamaba a la brega diaria, ya Eduardo estaba entre las pinzas, las balanzas, los sopletes y las pepitas de plata, o de oro de su taller. . . Hasta

el mediodía, y, después del intervalo de descanso en el hogar, hasta el anochecer... Eduardo de los Santos no se apartaba de sus tareas, y muchas veces, sin quitarse la lupa de examinar las piezas, oía producciones y críticas de literatura, y noticias de política, de los contertulios que lo visitaban. En provincia, para matar el tiempo, o se juega al tablero, o al dominó, o se conversa en una especie de concurso para ver quién trae la mejor información... Era una vida sencilla, de una agradable paz de camaradería.

Pero un día, Eduardo no tuvo en cuenta las campanas para ir al trabajo; sino, acompañado de amigos, para depositar en la tierra santa el cuerpo de doña Ramona. La condolencia de Pepilín fue muy sincera; tan sincera, que comparó la triste situación de Eduardo con la que él mismo tuvo cuando la muerte le separó de su abuela... y tuvo que entrar de nuevo en la noche del desamparo... Entonces la soledad hostigó a Eduardo.

Le recomendó, y aceptó de muy buen talante, que se fuera a vivir a una casa de familia donde Pepilín tenía una amiga llamada Antonia. Esta le había dicho:

—Pepilín: como estás bien relacionado, te suplico que si sabes de una buena persona que necesite una habitación, aquí puede hallarla; es para ayudarme a pagar este segundo piso que ocupo; vivo con estrechez, a pesar de mi sueldo de empleada pública.

También el destino tiene sus engastes en la vida.

—Casualmente, te puedo presentar y recomendar a mi compañero Eduardo de los Santos, —le había dicho Pepilín.

Pepilín iba a buscarlo a esa nueva residencia, para salir de paseo, para charlar en el balcón, u oír algunos

discos fonográficos. Ahí conocieron al joven Manuel González Pol, novio de Antonia...

Antonia era una mujer de treinta años. Es proverbial que la mujer de treinta años ha llegado a la plenitud de lo que es capaz de ser, de ofrecer y de pedir, o aspirar...

Era una insinuante granada en sazón; resplandeciente de irresistibles tentaciones de femenino gracia; desde la meliflua humedad de sus labios carnosos y continuamente sonrientes, hasta la tranquilidad de lago profundo en la languidez de sus miradas sensuales. Una hermosa criatura ante quien un tenorio piensa, o dice: me la comería!... Eduardo sintió, desde el primer momento en que la vió, una callada gran atracción por aquella mujer. Y no la miraba de frente para no denunciarse como enamorado. Pero recitaba, en alta voz, versos con estrofas de amor, que parecían aludir a la vivacidad dominante de Antonia, para que ésta los oyera. Y ella los oía, y sólo dejaba escapar sonrisas que parecían decir: no me he enterado de tu intención... aunque sí se había enterado.

Antonia era divorciada y tenía un hijo de nueve años, pero bien se veía que Manuel González Pol había perdido el seso por esa mulata clara, que tenía morbideces de seda, perspicacia de sibila para adivinar en dónde está la debilidad del sexo fuerte, y dulce malicia para prometer la gloria, sin darla. Y había que dejarlos solos en la sala en la que estaban sentados, en el sofá de siempre, para no asistir, como si olvidaran que no eran los únicos habitantes del mundo, a las travesuras que el amor multiplicaba en sus deliquios...

Y, claro, Manuel le prometió viajes y matrimonio a Antonia. Es difícil que un hombre, así no se rinda.

—Nos iremos a España, verdad Manuel?

—Sí, Antonia; conocerás a mi familia; tengo muchos parientes en Madrid. Madrid es la alegría del mundo. Ya verás... “De Madrid al cielo, y en el cielo un agujerito para verlo”...

—Esperé que te prepararas para que pudieras casarte sin apuros. Eres ya Vice-Presidente de la Compañía de Miele en que entraste como escribiente. Tres años de amores; el tiempo vuela... Sabes que también yo gano algo.

—Escribí a mis viejos. Por mi edad, no necesito permiso; pero es costumbre nuestra no casarnos sin tratar de tener la aprobación familiar.

Todo era para los novios arrullo de paloma y miel sobre hojuelas...

Y Eduardo y Pepilín eran, sin quererlo, testigos de ese pasional desbordamiento. Porque, para entrar a la pensión, o salir a la calle, tenían que pasar por delante del consabido sofá en que los novios gozaban el exclusivo dominio del recinto.

Manuel González Pol tenía unos veintiseis años de edad y hacía tres años que se había decidido a cruzar el océano, con rumbo a América, desde el hogar paterno en que nació y creció, entre olivos y alcornoques, sujeto a la autoridad patriarcal de sus progenitores. Y Antonia le había dicho mirándolo, cuando lo tenía embelesado en su regazo, entre los erectos promontorios de su pecho:

—Manuel: tú pareces un niño.

—Y qué quieres que parezca aquí, en la cuna encantada de tus brazos?—. Y pronunciaba la z a la manera española.

Y en un momento en el que estaba Manuel “en la cuna encantada de sus brazos”, un mensajero le entregó la esperada carta de España.

La superstición nos hace sentir inquietos, con presentimientos, cuando recibimos cartas, o telegramas; sobre todo si vienen de lejos y esperamos que se reciba algo a la cara o a la cruz de la moneda del azar. Y los novios vacilaron; pero, luego, de un tirón, Antonia abrió la carta:

“Manuel: te has vuelto loco? A eso fuiste a América? El porvenir que buscabas era casarte con una mujer divorciada y con un hijo? Se te ha olvidado lo que es en España, en la España de nuestros padres, una mujer divorciada? No cuentes para eso con nosotros”...

Esas preguntas, que Antonia leía, apretando los labios, la pusieron pálida como si la hubiesen envenenado. Y en realidad, le habían envenenado... el alma. Entonces, a su vez, Antonia preguntó:

—Eres un hombre, Manuel? Te gobiernas, o te gobiernan? Dímelo de una vez...

Manuel lo había comprendido todo, mientras aquella carta caía al suelo, de las manos nerviosas de Antonia... como caían los naipes de su castillo de ilusiones en sus amores con la criolla espléndida.

Anonadado, entre la pasión que sentía por aquella mujer y el respeto tradicional a las normas de sus ascendientes, aquel hombre, antes tan decididor, tan alegre,

tan confiado en una próxima luna de miel, permaneció en silencio.

Antonia, al contrario, olvidó sus melindres de momentos antes, y le llenó de improperios, de pestes...

—Vete; eres un cobarde; un falso; un canalla; vete; vete de mi lado;... no te quiero ver más;... no eres un hombre;... qué se creen esos baturros?...

Manuel, todavía en silencio, presa de estupor, por aquella mala noticia, bajó los peldaños y se fue como si huyera; y caminaba entre los transeuntes como un sonámbulo; y la noche, aún joven —eran las ocho— con su frescura de primavera cómplice, lo empujó a buscar el olvido en las copas de licor del restaurante Hawai...

A las nueve, hacia su lecho, llegó Eduardo. Antonia, recostada aún del sofá en que uno de los dramas de la vida acababa su representación, estaba triste, llorosa, con un dejo de vencida, que parecía pedir protección...

—Qué te pasa, Antonia?

Eduardo preguntaba, pero infería la contestación, que para él seguramente era una ruptura de relaciones entre Manuel y Antonia. Lo que no sabía era que en ese instante, cuando la tomó de la mano, y sintió el efluvio que trascendía de aquella mujer, y vio los desnudos brazos que dejaban al descubierto las axilas, ya él tenía el germen de turbadora pasión en su interior...

—Soy muy desgraciada, Eduardo. Parece que he nacido para sufrir; y para estar sola.

Pero no mencionó a Manuel. Se diría que también en ella, en el breve lapso de ese encuentro con Eduardo,

nacía, para bien, o para mal, una nueva idea, si no, como en Eduardo, una nueva emoción.

La acompañó hasta la puerta de su habitación, que estaba contigua a la de Eduardo. Ella le dijo:

—Gracias—; y lo miró con la ternura que se hizo fácil en sus ojos húmedos y melancólicos. El le respondió:

—Que duermas y que descanses.

Es de presumirse lo que ocurre en el ánimo de un hombre enamorado, que, de pronto, se siente sacudido por la reprimida voluntad de entrega; a pocos pasos del ser amado; al mismo tiempo que se siente sólo con el vacío de ternura maternal que le dejó la muerte de un ser amado. No durmió; dió incontables vueltas en su lecho; se acercaba a la puerta de su cerrada habitación, sin abrirla; atisbando el ruido que pudiese oír procedente de la alcoba de Antonia, a quien creía y deseaba despierta...

Y es de imaginarse también, lo que en el alma perturbada de Antonia sucedía en una noche en la que, a la vez, parecía que se había muerto un amor, y se aspiraba a que alguien lo sepultara, aunque no lo sustituyera. No es del amor el despecho?...

A la mañana siguiente —“como son las cosas cuando son del alma”—, tal como si se hubiesen puesto de acuerdo, se encontraron cara a cara, al abrir las puertas de sus habitaciones respectivas.

—¡Oh!, Antonia! Te sientes bien?

—No!, Eduardo. Me siento como enferma. Casi no he dormido.

—Antonia, quiero decirte una cosa.

—Dila, Eduardo.

—Creo, sé que terminaste con Manuel. Te quieres casar conmigo?...

La timidez arremete sin preámbulos. Y Eduardo era tímido.

—Sí, Eduardo; pero si nos casamos pronto.— Y le dijo sus razones: con amores no debo vivir aquí contigo, porque... qué dirán; y no quiero que te mudes mientras estemos sin casarnos, porque necesito tu ayuda para pagar el arrendamiento.

Eran dos polos magnéticos que unían, por un simple contacto, sus corrientes...

—Cuando tú quieras, Antonia. Y quedaron así apalabrados.

Eduardo no le dió importancia a la frase "pero si nos casamos pronto". Al fin, aunque fuese por distintos motivos, él también deseaba aquella unión sin tardanza. Le gustaba Antonia y se sentía muy solo.

La decisión había sido rápida. Pero no se debe pasar por alto que en toda la noche transcurrida estuvieron impulsados hacia el mismo fin... Y porque él lo había decidido mucho antes de que ella lo aceptara. Era algo que, aún viéndola acaramelada ante Manuel González Pol, le venía trabajando por dentro, en lo que llaman el subconsciente; que era su tipo de mujer; que lo había encalabrinado, como un vino espirituoso que se le hubiese subido a la cabeza. Eduardo quería, necesitaba un hogar, y esa predisposición estaba abonada con el recibimiento con que lo acogió la madre de Antonia —doña Pilar— al instalarse en la casa:

—Aquí, hijo, no estarás en una pensión, sino en una verdadera casa de familia. Yo misma cocino. Y Antonia también cocina a veces. Cocinera sana y comida

sana. Con los ojos cerrados puedes comer albóndigas y picadillos. Tú sabes lo que son esas cosas en las fondas y los hoteles... Y sábanas y almohadas limpias, que yo misma lavo y plancho; y agua caliente, mucha agua caliente, todos los sábados, contra las chinches... Mosquitos?; no importa, siempre tengo a la disposición de todos el insecticida...

Pensó Eduardo que doña Pilar iba a ser una nueva doña Ramona para él.

Y Eduardo y Antonia se casaron. El padrino tenía que ser, y fue, Pepilín. Y los cónyuges creyeron que habían comenzado a ser felices; sin detenerse a pensar que el olvido no se produce tan pronto cuando las heridas han sido profundas...

Cuando se iban para la nueva casa, doña Pilar le dijo a Eduardo:

—Llevas una buena muchacha.

Y a ella:

—Pórtate bien; buena comida y no le riñas...

XVIII

Igual que Alcibíades, formó Pepilín su “estado mayor”. Otilio Santaella, que era el jefe; Miguel Aybar; Ulises Bobadilla; Esteban Castro; Ismael Zorrilla; que constituían con Santaella el grupo del valor y el cumplimiento estricto de las órdenes. A Morillo, un joven iluso que con un revólver alardeaba cerca de donde Pepilín dormía, le dió Zorrilla un balazo en un pulmón; y despertó a los gritos de: “Pepilín, me asesinan; me asesinan!”. Pepilín lo envió al hospital cuando vió la profusa hemorragia; y después dijo que Pepilín ordenó que lo mataran; cuando en realidad le había salvado la vida...

Eran también de su “estado mayor”: Luis Cardona, Eugenio Garcés, Luis Eduardo Rivera y Pedro Santana, El Gacho; solitario como un lobo, que decía —y no hablaba por hablar—: el que “le pone la mano” a Pepilín, tiene que ponérmela a mí; y ésto era muy peligroso. En lid como de toro a toro, había mandado a uno a “mejor vida”.

No había ambiente para nada noble. A Pepilín no le daban oportunidad para conseguir trabajo propio. Galano Portuondo, “El Tiburón Melancólico”, y Milcíades Gonzalvo, “El Cojo Ilustrado”, le habían dicho a

Alcibíades: déjalo en su vitrina; querían decir: que se quede arrinconado. Le hacían objeto de indirectas y no le podían ver ni en pintura. Y tuvo que arrimarse a una oficina de reclamaciones jurídicas para poder vivir... Parece una novela, pero de América, no de Europa, ni de Asia... Pepilín se rodeaba de desdén, y se aislaba.

Además del monocultivo a base de la caña, el cual como un globo que se desinfla con un pinchazo de alfiler, quedó convertido en ruina por un pinchazo del juego de la oferta y la demanda en el mercado mundial, existía el monopolio del Comercio, comenzando por las numerosas tiendas de los ingenios, llamadas "bodegas", representado por una Cámara en la que el presidente generalmente era Mr. Brandy, el administrador del Ingenio Los Olivares, acompañado por unos prohombres de pacotilla de la provincia, que era un círculo cerrado para todos los que no eran sus cofrades, o de los que desempeñaban la misión del *alter ego*. Lo demás, era dejado a las bolas negras en las espurias votaciones anuales para el cambio de la directiva y la admisión de miembros. A ese centro se llegaba por el azar, o por el delito, hacia una pseudo-aristocracia del dólar, y no se tomaba en cuenta para nada la condición intelectual, moral, o técnica de ninguna persona que aspirara a ser socio. Era casi utopía pensar en casta de hidalgos; pero también se podía decir lo mismo de todo el continente, de todo el nuevo mundo. El dólar, y nada más que el dólar, era el ídolo. Aunque el dólar estaba en bancarrota.

Y Pepilín decía de ese círculo, de esa "realeza provinciana": "está don Julio ("don" era el obligatorio

trato "nobiliario"), un ignaro dentista sin título que le extrajo a mi pobre abuela, arrancándole casi una mandíbula, la muela que le ocasionó la muerte, por desgarradura de la encía que se convirtió en cáncer. Los pueblos en estado atrasado, como el nuestro, y muchos de Hispanoamérica, improvisan maestros, médicos, abogados y demás profesionales."

"Está don Ramón, un prestamista al cuarenta por ciento, que hacía firmar cheques "futuristas", ésto es, con fechas posteriores a la del día en que eran suscritos, a fin de querellarse por estafa si no le pagaban; y así fueron a la cárcel desdichados padres de familia; era socio don Rafael, el más notorio falsificador de títulos de terrenos comuneros; y don Manrique, el don por excelencia, comerciante próspero, al padre de quien ví morir de hambre y de la llaga que en una pierna le corroía el hueso; es socio don Pancho Benzán, quien hizo quebrar, por una discutida deuda, a su hermano Daniel, después que éste a su vez le había engañado con propiedades que puso en su nombre para no pagarle a sus acreedores alemanes, que se encontraban en guerra; el otro don Pancho, incendiario que cobró más de una pingüe suma de seguro; y es socio de la Cámara el Dr. José Terecheski, que "aguaba el agua", para venderla a los pobres, pues cuando escaseaba la de lluvia, la mezclaba con agua de pozo..."

Esta asociación era la llaga de la ciudad, pero nadie tenía el valor de poner el dedo en esa nacencia.

Una sociedad, en verdad, tiene necesidad de creer en sus hombres representativos, o está perdida; y estos hombres deben basar en buenas obras de interés general la fe de sus conciudadanos, o su influencia es nula,

o desquiciadora, en la orientación y progreso de la colectividad...

Ah!, pero, para decir toda la verdad, no todos los miembros de la sociedad de Cañada Dulce eran malos. En la ciudad vivía el otro don Manrique, honrado a carta cabal, quien, por serlo, perdió un dineral como garante de un pagaré de cincuenta mil pesos en favor del Dr. José Terecheski; pues le pagó al acreedor, después que el deudor le rompió al doctor en la cara la obligación, para hacer desaparecer la garantía; vivía don Romualdo Marte, a quien, no obstante la ruda apariencia de su carácter, se vió acudir en socorro de las lacerias de los humildes.

Cañada Dulce no era Gomorra, ni Sodoma. Era un pueblo sin gobierno; un barco al garete; capaz aún de salvarse; si en medio del naufragio moral surgía un buen capitán de la escuela de la vida.

La ocupación norteamericana de nuestro territorio, nos había gobernado con el terror de su poderoso e impiadoso imperialismo; después sobrevino el otro extremo: la anarquía. Pero la esperanza no había muerto.

Pepilín residía solo en su casa de soltero; pero nunca hizo de ella un harén para amigos de parranda. Fuera de su casa, el escape de su soledad fue la orgía, y el alcohol, y las mujeres... de mala vida...

No valdría la pena escribir esta desdicha, si fuera sólo para presentar a Pepilín como el protagonista sin importancia de un drama de la vida individual. El mensaje está en que cada vez que Pepilín asistía a un ambiente de corrupción, a falta de apropiados lugares de reputación, estaba sumándose sin honor a inconta-

bles jóvenes que, insensatos, perdían la salud, la moral y la vida, en esos antros de libertinaje; los cuales, con absoluto desenfreno, existían en nuestras ciudades y en la de casi todos los pueblos latinos de América...

Soñaba Pepilín con grandes y suntuosos hoteles; acreditados clubes nocturnos; restaurantes de correcto comportamiento, en los que todos, sin discriminaciones, pudieran divertirse, sin que la circunstancia de no ser de un club exclusivo obligara al desvío de nuestra juventud por cauces de malas costumbres... En fin, soñaba con una era de grandes rectificaciones, en todas las prerrogativas de la vida, para que fuera verdad el lema de la República: Dios, Patria y Libertad... A la vez que luchaba consigo mismo para redimirse de sus malas inclinaciones...

Estuvo expuesto a perder la vida en la locura de esos cabarets de rufianes y mujeres de vida mala. Pero no lo quiso el destino. Y lo decía para que los jóvenes se curaran en salud. Mas lo insólito es que muchas veces algunos de esos "honorables" se encontraban con Pepilín, sin la excusa que él tenía, por la juventud, en la misa negra del prostíbulo...

En su casa de soltero recibió sólo dos o tres muchachas de "algunos pasos"; ésto es, que habían tenido ya algunos amantes. Pero estaba al acecho de las que, de otras ciudades, acudían, atraídas por "la montaña de azúcar" de cada ingenio. Así conoció en un hotel, El Paraíso, que debió llamarse El Purgatorio, a Sofía Quintana; la bala perdida de una excelente familia; linda criatura que sólo vestía de blanco, y que, para su primera desvergüenza, se escapó de un convento. No parecía lo que era, con su suave hablar y su cabellera

a lo "garzón"; pero a Pepilín . . . lo hipnotizó; y por poco hace todo lo que ella quería.

Después de varios días de hotel en los que Pepilín era un pichón y ella su pichona, le dijo, con su venenosa suavidad:

—Múdame de aquí, Pepilín; deseo vivir sola contigo.

—Te mudaré. Sin tí ya no puede vivir este pobre corazón.

El jugaba con las palabras. Pero en el fondo de ese juego estaba la verdad: estaba enamorado de Sofía. Y la mudó . . .

Al mes de dulces zalamerías, casi siempre con gran número de besos en el rostro de Pepilín, le dijo lo que no pensó él jamás:

—Cuando tú te vas me quedo muy sola. Si viviera cerca del parque, me sentaría en los bancos, bajo los árboles, y los domingos oiría los conciertos . . .

Como una gatita que se roba la leche, le robó la voluntad. Y la llevó a vivir junto al mejor parque de recreo de la ciudad.

Desde luego, no le ofrecieron su hogar a los vecinos, de acuerdo con la hidalga costumbre dominicana, porque eran unos amancebados.

Entre tanto, continuaban las luchas callejeras de la política. Y las caras de los secuaces de Delmar se le presentaban a Pepilín a veces: la de buen padre de familia de Saúl Mesa, pero capaz de todas las pagadas felonías que se le propusieran; la de Eugenio Valoy, el de la sonrisa y la carcajada subrayadas por una doble hilera de dientes de oro, que pregonaban su desvergüenza.

Pero los dos con varios “muertos encima”, esto es, con homicidios a su cargo. La cara que le ponía a Pepilín a sentir un escalofrío de miedo, era la de Juan Valerio, con doce asesinatos en su cuenta.

El pueblo era guarida de prostitutas y matones. Aquéllas, con sus dengues y coloretos; y éstos, con sus dados y sus naipes de engaño.

Claro, llegaba también buena gente en busca de trabajo. A la miel van las avispas, pero van también las mariposas...

Pepilín deseaba también que se acabaran los “guapetones profesionales”. Los nombraban así, porque en realidad tenían vocación y maestría para el crimen...

Y dentro de su tropel de angustias, Pepilín soñaba... soñaba, con sacar su alma de la sombra a la luz.

XIX

Eduardo de los Santos se había casado con Antonia hacía unos catorce días. Se sentía feliz, sosegado. Se llenaba de amor el vacío que le dejó la muerte de su tía, doña Ramona...

Miguel fue testigo de la boda. El dijo: Eduardo es un náufrago que se agarra a una tabla. Miguel siempre tenía en el pensamiento y la boca las palabras náufrago y naufragio.

Y en tan pocos días Pepilín los visitó dos o tres veces. Todo cambia. Sobre la tumba del amor de Antonia y Manuel, nacía el amor de Eduardo y Antonia. Al menos así lo creían ellos.

Tomaban unas copas de licor Eduardo y Pepilín en la casa de aquél, y Pepilín notó que su amigo estaba nervioso; a pesar de que trataba de ocultar su estado.

—Eduardo: a tí te pasa algo?...

—Pepilín: son las nueve y media de la noche, y mi mujer no regresa; esta tarde, a las seis, llegué del trabajo, y mi suegra me dijo que Antonia estaba en casa de la modista.

—Se habrá entretenido, Eduardo. No tardará en regresar; aún no son las diez.

Se habían tomado dos o tres copitas de whisky, cuando Eduardo volvió a hablar:

—Oye, Pepilín, te tengo confianza: yo me siento débil ante esta mujer. Antonia y yo fuimos felices siete u ocho días después de nuestro matrimonio; pero me viene tratando de manera distinta, con tan breve tiempo de casados; encuentra mal todo lo que hago; y se niega cuando busco su intimidad. Se atrevió a decirme que Manuel le dijo que había actuado precipitadamente al casarse conmigo; porque él pensaba ir a España a convencer a su familia; que la repudiaba por ser divorciada, con un hijo de nueve años; y que luego se casaría con ella. Le advertí que una señora casada no debía portarse así. Al acercarme a ella esa noche, me expresó que yo la molestaba, que la dejara en paz...; me dieron entonces ganas de...; y, sin embargo, la quiero... a pesar de todo.

—Es extraño eso, en realidad. Yo creía que Antonia había olvidado a Manuel, dijo Pepilín.

Pero Pepilín sabía que no decía la idea exacta.

—Como es natural, muy a mi pesar, pensé divorciarme, Pepilín. Trasladé mi ropa y una cajita de hierro con las herramientas de mi trabajo a la casa de mi hermana Lucrecia; y allá fue Antonia para conseguir que Lucrecia y mi cuñado Juan de Dios me aconsejaran hacer las paces. Yo no comprendo a Antonia. Hemos pasado dos o tres días bien; pero ya ves, hoy...

—Espero que no haya sucedido nada, Eduardo; ten paciencia. Pepilín deseaba calmar a su amigo.

Pero Eduardo ya imaginaba que la había perdido, que ella lo había engañado. Y afirmó:

—Si Antonia no regresa esta noche, esta misma noche me voy; sólo me quedo si ha sufrido algún accidente y está hospitalizada...

Comprendió Pepilín que Eduardo sospechaba de Antonia; y, lo que es más, que tenía serios motivos para ello, después que Antonia tuvo el atrevimiento de mencionarle su posible matrimonio con Manuel. Cayó en la cuenta entonces de que sí no se podía negar que apenas al mes de la ruptura de sus amores con Manuel, Antonia había decidido con mucha precipitación al casarse con Eduardo, también éste había procedido igual, o peor; ya que no ignorando el cariño que mutuamente se profesaban Manuel y Antonia, era de pensarse, con visos de verdad, que acaso el despecho había dictado la resolución de Antonia; y debió esperar el tiempo razonable para desvanecer las dudas.

En esas reflexiones estaba Pepilín, cuando a la puerta se presentó un hombre, alto, de mediana edad, trigueño, de quien en seguida Eduardo le dijo:

—Es Juan de Dios, marido de Engracia, la hermana de Antonia... Juan de Dios, a su vez, le dió una información a Eduardo:

—Antonia está enferma y se acostó en una de las camas de mi casa.

Eduardo, sin esperar contestación, le hizo a su cuñado varias preguntas:

Dime qué tiene?; cuál es la dirección de Engracia?; si es necesario hacer diligencias, me corresponde a mí, como su esposo: llévame adonde está Antonia. Qué piensa ella?

Juan de Dios vaciló, pero en seguida, sin decir el padecimiento de Antonia, contestó: vayamos...

Tomaron un automóvil de alquiler. Pepilín acompañó también a Eduardo; éste estaba muy excitado.

Al doblar por la esquina de la calle Duarte, Juan de Dios se apeó repentinamente, y le dió a Eduardo una dirección:

—Calle 4, número 83. Ahí está Antonia. —Fueron a esa casa; y Engracia, la hermana de Antonia, no residía en ella. La sospecha subía de punto en Pepilín mismo; cuanto más en Eduardo...

Entonces se dirigieron a la casa de Horacio, compañero de trabajo de Eduardo, para que le informara dónde vivía Engracia. Desde dentro de la casa cerrada, pues ya se habían retirado a dormir, una voz de mujer, la suegra de Horacio, gritó:

—Calle 4, número 93. —Pepilín advirtió que Eduardo se serenaba un poco. Pensaron que, por mero error, Juan de Dios dijo 83 en vez de 93. A esta dirección se dirigieron también...

La noche no mostraba nada raro. Los cinemas acababan de proyectar sus películas y los espectadores se ausentaban a pie, en distintas direcciones, conversando distraídamente; o algunos de ellos subían a los vehículos del tránsito de la ciudad, y luego partían; se oía la música de los bailes de algunos restaurantes de ese sector suburbano; los focos de las esquinas irradiaban, con intermitentes luces, como si le enviaran enigmáticos mensajes a la luna de mayo, que en lo alto del cielo era un gran farol chino; de cercanos jardines trascendía el aroma de la primavera; las miradas de Pepilín, al correr del automóvil, se detenían por un instante en el cuerpo de una mujer bella que pasara a su vera, despertando su admiración de mujeriego; la luna, por momentos, se ocultaba entre nubes pardas;

y Eduardo tenía el mirar inmóvil de quien dirige su pensamiento en una sola e inquebrantable dirección...

Cuando se acercaron a la casa que buscaban, Eduardo, exclamó, dirigiéndose a Pepilín:

—Mira a Engracia, con su niño. —Pero cuando se detuvieron enfrente, ella había cerrado la puerta... Y volvió la sospecha.

Eduardo tocó a la puerta varias veces. Oyeron murmullos que partían del interior de la casa. Eduardo volvió a tocar, fuertemente. Engracia abrió. Su cuñado, la interrogó con los ojos más que con los labios:

—Cómo estás, Engracia? Y Antonia?

Engracia señaló con una mano el aposento. Vieron a Antonia, desde el lugar de la pequeña sala en que estaban, tendida en una cama, con una toalla alrededor del cuello; en paños menores y las piernas desnudas hasta más arriba de las rodillas...

Eduardo le preguntó a su mujer:

—Qué te sucede, Antonia?— Ella no contestó.

Eduardo entró en el aposento. Y en seguida cruzó a otra habitación contigua...

Hacia el patio salió un hombre, de pantalón oscuro y camisa blanca, gritando: "socorro!; socorro!"; y detrás corría Antonia...

Todo había sucedido como un relámpago... Y Pepilín había sido, sin quererlo, un mudo e impávido testigo... en la rápida escena.

Eduardo regresó con un arma ensangrentada al sitio de la sala en la que se habían separado, y, jadeante, con los ojos desmesuradamente abiertos, como quien asiste, con espanto, a una imprevista tragedia de sí mismo, dijo:

—No sé... no sé lo que he hecho. El... el... cuchillo estaba en una mesa de la cocina. Manuel está herido. Ve..., ve a su encuentro...

Cuando acudió Pepilín, era tarde para socorrerle; había muerto; su cuello y toda la pechera de su camisa blanca eran una rosa sangrienta.

Oh! Dios, da escalofrío ver cómo se pasa a veces, en un instante, de los transitorios latidos de la vida a la eterna quietud de la muerte..., fue el pensamiento de reflexión de Pepilín.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

XX

Entre los brazos de Sofía, Pepilín era un lobato amansado. Hubiese deseado que los códigos penales de la sociedad no existieran; hasta hubiese querido no ser él mismo como en realidad era: un ser animado por el orgullo; para haber decidido vivir su vida entera con aquella mujer, como en un remanso, en medio de los debates de su lucha pública...

Sus días con ese amor eran agradables. Las noches deliciosas. Llegaban al lecho como quien entrara a un edén. Iban al baño, ella envuelta en una toalla grande, de vivos colores; y Pepilín en bata que le daba la apariencia de árabe; bueno, de un árabe de las cálidas tierras de Abisinia...

El placer es como un mediodía brillante; así era el de ellos; pero el amor es como un suave atardecer; en esto se había convertido aquella unión. Comenzaron con gran ardor en la sangre; por su juventud, eran árboles en savia de primavera; pero ya estaban enlazados por sosegado cariño; aquel animalito travieso también se había moderado en sus manos. Le quitaban la regadera a la ducha, para que un solo caudaloso chorro —una cascada en la casa— les cayera encima, fresca y bulli-ciosa; y ella cantaba, mientras Pepilín reía. Tú eres un "loco perfecto"; y tú —le contestaba él— la mujer maravillosa que me ha quitado el juicio.

Pero todo cambia en la vida. En una hora de embrujo, en la que Sofía consideró propicio el momento para llegar a la meta, en su sinuosa ascensión hacia su propósito, le susurró al oído:

—Te digo lo que quería decirte hace días?...

—Dímelo, dímelo, Sofía.

—Y si no me complaces, y si todo lo que me has asegurado es mentira? Entonces...

—Vamos, Sofía, no seas incrédula. Sabes que te complazco en lo que me sea posible.

Sofía le miró detenidamente, a los ojos; y, como si creyera que le tenía preparado para lo que le iba a decir, exclamó:

—Cásate conmigo, “amorcito lindo”; “pichoncito mío”...— Y como acostumbraba, le multiplicó sus besos en la cara y el cuello.

Aquellos excesivos mimos de cinematógrafo, a la verdad, le sonaron a copa rota, o moneda falsa. Su incredulidad ante las mujeres hacía imposible que creyera en que aquella mujer dijera eso como la culminación de un intenso amor, como el sincero y rotundo deseo de unirse a él para siempre...

Sin embargo, aún luchaba con ella misma; y jamás se retiró a dormir sin rezar antes un padrenuestro; como si fuera un responso sobre la tumba de su perdido pudor. Y quizás fue sincera.

Mucho menos lo creyó dicho con esas palabras. Esa fue su mayor imprudencia. La imprudencia que le hizo vislumbrar el ridículo a Pepilín. La vida le crió desnudo, y desnudas tenían que ser para él las palabras. Si le hubiera dicho: tu eres mi hombre; tú y yo juntos, casados, para que nadie reproche nuestra unión, pode-

mos enfrentarnos a la vida...; o solamente: cástate conmigo. Bueno... no aseguraba que lo hubiese hecho, pero... vacilan también los hombres fuertes, capaces de derribar un roble; y a veces se rinden embriagados por las adormecedoras caricias de una mujer..., aunque detrás de ella esté el fantasma del descrédito.

—Siento decírtelo, Sofía, pero nos unimos temporalmente... Lo mejor es que vuelvas al hotel.

En verdad, fue brusco Pepilín. Había sido para él un despertar de pesadilla su reacción; como el tropezón que hace caer a un sonámbulo... Había querido ser generoso, pero se lo impidió el hastío, y la censura de su propia conducta.

El arrepentimiento de aquel amor-pasión le entró así, de repente..., como si volviera en sí de su anonadante sugestión. Pero no creía que con ello iba a producir lo que produjo. Parecía que Sofía se había vuelto loca.

Fue Troya. Sin decir nada, corrió hacia un botiquín; extrajo, como si fuese todo de antemano pensado, un puñado de oscuras pastillas, y se las tomó. Lo hizo con tal rapidez, que no lo pudo evitar Pepilín.

Corrió a buscar al Dr. Roberts, el médico legista. Acudió en seguida y le hizo un lavado de estómago. Y entonces el doctor le dijo: se ha salvado, señor.

—Gracias!, doctor, le contestó Pepilín, con suspiros, más que con palabras...

No pudo menos que recordar a María Luisa, envenenada junto a él, sin remedio... ni salvación posibles. Le dió luego pena ver a Sofía partir para... no sabía dónde...

Era la lucha de un hombre consigo mismo. Buscando, dentro de las tinieblas del propio ser, la luz distante. La mayor distancia que tenemos que recorrer, está dentro de nosotros mismos, dijo alguien que demostró ser un sicólogo con esta frase...

Ella pudo ser buena quizás. Los seres se regeneran y se arrepienten de sus pecados, de manera frecuente. El mismo Pepilín buscaba la luz de la moral, por entre sus vacilaciones y caídas. Si Sofía cayó en los brazos de un nuevo amante, si siguió rodando cuesta abajo, fue quizás porque Pepilín la lanzó al precipicio de los vicios. Era como una atrevida avecilla que luego de entrar a una tibia habitación en un día frío, se hiciera salir de nuevo a la intemperie...

Pepilín, a su vez, ya no podía estar solo. No le bastaba leer mucho para distraerse; la soledad, desde las paredes, desde el techo, desde el desorden de la habitación, por la ausencia de las manos de una mujer, le decían, con su olor a polvo, y sus telarañas, a cada instante, la desdicha de la continua soledad.

Por otro lado, su situación política era pésima...

Este estado, que era casi de desesperación, le condujo a la mesa de póker. Pero este juego necesita serenidad, y él no tenía serenidad. Con pocos recursos, jugaba por necesidad y estaba destinado a perder por obligación, como dice el refrán; y perdía cuando más seguro creía estar de ganar. Me están cogiendo de... tonto, se dijo; vacilando por no decir otra palabra; y dejó de jugar...

El pueblo publicaba un sólo periódico, El Comercial. Pero ostentaba, con escándalos, más de veinte

clubes nocturnos. El Comercial hacía... su comercio. De los cuatro puntos cardinales del país, llegaban las mujeres libres. Pobres mujeres sin oficio. Pepilín tenía esperanza de que las infelices mozuelas, en no lejana época, consiguieran defensa social, por numerosas fábricas y talleres en donde obtuvieran qué hacer, protegidas por salarios mínimos, con respaldo en un avanzado Código de Trabajo...

Esas mujeres se presentaban, con frecuencia, atraídas por la ilusoria riqueza de la industria de la caña. Eran como las mariposas que se veían posadas en las manchas de la miel que caía de los tanques, en las cercanías de los "tachos" y del muelle...

Pepilín regresó, pues, a la vida estúpida y degradante de los malos cabarets...

Fue amigo de Camelia, valiente aldeana cibaëña que había herido de gravedad al militar que mató por error al escritor Milcíades, que andaba de juerga con ella. La fama de tragedia, era un aliciente para los jóvenes que se disputaban sus mercenarias preferencias... Y la franqueza tiene que tocar estas llagas, con intención de ayudar a curarlas.

Pepilín era candidato a síndico de su pueblo. Cosa difícil, según el refranero. Su candidatura era popular, porque la del gobierno no lo era. En América es frecuente que se ascienda al Poder, no por méritos propios, sino por el interés de eliminar al gobernante de turno; y, así, lo que se consigue a veces es desechar uno malo, y elegir otro peor...

Rodearon a Pepilín de tal popularidad, que un día que recorrían sus adeptos las calles, para dispersarlos tocaron a fuego, desde las altas torres del Parque

de Bomberos. La táctica fue contraproducente. Todos los que acudieron, creyendo que era cierto lo del siniestro, se sumaron al gentío imperturbable que ya los acompañaba...

Después de Camelia, conoció a Isabel, La Hollywood. Por ella había muerto el Capitán Figura. Camelia era una mujer reposada, de carnes redondas. Isabel era una vara de nervios, una verdadera cabecita loca, bajo el revuelto peinado de su cabellera rubia; y Pepilín creyó un nuevo triunfo suyo que aquella cortesana le quisiera. Varias veces, por ella la tragedia le rozó la piel, sin que, por contingencias favorables de su suerte, perdiera la vida. Pero muchos otros murieron en circunstancias semejantes, de celos, de rivalidades, y de salvaje matonismo...

El mejor recurso para detener esa carrera hacia el abismo de la inmoralidad, en el que caen arrastradas la conducta y la vida, es, para el individuo: el matrimonio, temprano y con sentido de selección; y para la sociedad: escuelas, iglesias, y centros de diversiones lícitas...

Una noche, en la que Pepilín estaba arrebatadamente enviciado con esa mujer, en que oficiaban los demonios del alcohol, dando saltos en la fiesta saturnal, al compás de una música que anegaba la carne en la concupiscencia, estuvo él en un tris de morir. Por un piropo indecente a Isabel —a quien le importaba un bledo la decencia— le dió una pescozada a un hombrón... No hay más estúpido que quien pierde el honor, o la vida, por una mala mujer...

Dicen que uno es valiente hasta donde el contrincante es cobarde. El hombrón de marras huyó como

alma que ha visto al diablo. "Contingencias favorables" de su vida, en las que, al serenarse, creía que intervenía la mano de Dios, dándole oportunidad para que comenzara a enmendarse...

La patrulla de la guardia acudió.

—Usted está preso.

—Yo?; no, no voy preso; no hice nada; le dí por insolente. —Pepilín estaba borracho. Y se quedó sentado en donde estaba.

El sargento, a quien para verle la cara tenía Pepilín que dirigir muy alta la mirada, insistió:

—Le he dicho que está preso; levántese...

—No voy preso. Hagan lo que quieran...

Se necesitaba estar enajenado para exponer la vida así, como un guiñapo, al coraje, o al capricho de que uno de aquellos hombres halara el gatillo de su carabina. Pero América, toda la América, con sus pistoleros, su delincuencia juvenil, sus suicidios de niños, sus drogas estupefacientes, en el Norte, y sus asesinatos, sus abortos, su analfabetismo, sus concubinatos, en el Sur; y todos con su alcoholismo, es una caldera hirviente que aún fragua su destino...

El sargento —después supo que su nombre era Bernardino, de comunicaciones y no de línea, circunstancia ésta que acaso le salvó la vida— exclamó, ya bastante excitado:

—No quiero atropellarlo; obedezca a la autoridad...

Pepilín andaba con Eduardo, y éste había corrido a la residencia del Capitán Herminio, jefe de la guarnición.

—Por favor, Capitán; que matan a Pepilín por La Hollywood...

A aquel militar le sentaba muy bien el calificativo de caballero, y en vez de excusarse, porque para eso estaba la patrulla, montó en su automóvil...

Un soldado rechoncho, de color de melado, que parecía un caballo sin domar, en el instante de la llegada del capitán, preguntaba:

—Sargento: qué vamos a hacer con este hombre? —y levantaba su carabina...

—Retírese la patrulla. Sargento: vaya al cuartel del Puerto a darme informe de este caso. Usted, Pepilín, venga conmigo—. Esas fueron las órdenes del Capitán.

Esa noche durmió Pepilín en la cárcel; en el suelo; en la enfermería, al pie de una mesa para curar a los enfermos, entre algodones con pus y sangre. Al otro día, en esa mesa pusieron a un muerto, por paludismo agudo. Era un negro largo, muy largo. Un recluso pasó por su vera; y la seriedad de la muerte no fue óbice para que pasándole por la cara un papel moneda de cinco pesos, le preguntara: ¡Tú!: tienes cambio? De esas veinticuatro horas Pepilín pudo haber escrito un libro... relativo a la sordidez.

Eran las seis de la mañana, cuando a Pepilín, con el reproche de la conciencia por lo que había hecho, el Capitán Herminio le despidió:

—Váyase; y otro día obedezca a la guardia. —Había cumplido con su deber, y defendido una vida loca. Loca, por el mal uso del alcohol, por la hostilidad del ambiente que le rodeaba, y por las limitaciones personales con que tropezaba en su camino... Y mientras él salía de la cárcel, apocado, le dió en la cara la sen-

cilla humildad de los trabajadores que salían de sus casas, para el mísero trabajo cotidiano.

Decir ésto, no valdría la pena de ocupar la atención del lector, si al decirlo y volverlo a decir, se pensara sólo en Pepilín, y no también en múltiples víctimas de análogos desequilibrios mentales...; de aquí, y de otros pueblos del continente... "de la esperanza" de la humanidad.

Un productor cinematográfico avezado contrató a varios ex-presidarios que se habían evadido de las cárceles, para que lo ayudaran a filmar una película de evasión de presos. No hay actor que desempeñe mejor un papel que quien, en el caso dado, lo haya vivido en la realidad. Pues bien, Pepilín se evadía de la prisión de la vida licenciosa. La clave del éxito final es aprovechar el arrepentimiento en cada hora en que la razón funciona... si todavía funciona. Pepilín fue adiestrado en la escuela de la vida real. Y no importa que los mojigatos falsamente se alarmen. •

Un psiquiatra dice: hay borrachos de moral alta, y borrachos de moral baja; cuando alguien deja de jactarse de lo mucho que bebió la noche anterior, ese puede salvarse... Otro dice: el hombre no puede llegar a madurar sólo por medio de un mejor gobierno, o un ambiente perfeccionado, o un nivel de vida más alto; o por la maestría tecnológica; si bien lo ha puesto en el camino de la madurez sicológica y espiritual; y le ha forzado a buscar para sus problemas soluciones nuevas...

No debemos, pues, esperar todo del Estado; es necesario que hagamos algo... por nosotros mismos.

ayudados por la mano de Dios, y la sabiduría y la bondad divinas.

“El siglo XVIII supuso, o pareció suponer —ha aseverado un tratadista—, que el hombre era, fundamentalmente, un ser racional; y la creencia de que el hombre seguía de modo natural los dictados de su corazón, fue aceptada a través del siglo XIX; incluso hay muchos reformadores que dan por supuesto que, en ciertas ocasiones, los hombres ven la racionalidad, o injusticia de una situación; que su razón les impulsará a corregirla. A veces, ciertamente, lo hace así; pero el optimismo racionalista ha sido, profundamente, alterado por Pavlov, quien demostró que los reflejos del hombre estaban condicionados por su medio; y también por Freud, quien comprobó que el hombre se mueve impulsado por instintos y tendencias, de los cuales él nunca es consciente; que mucho de lo que ha sido llamado pensamiento es sólo sentimiento racionalizado; que son sus deseos y apetitos conscientes y subconscientes, y su razón, los que comunmente determinan su conducta. Una de las más grandes conquistas de la sicología es hacer que más y más gentes se enteren de que los problemas verdaderos yacen dentro del hombre, no en las complejidades externas de su mundo”. Luego, “conócete a ti mismo”, como principio, y actúa; la razón es sólo la luz que guía por los pasillos oscuros de nuestro íntimo ser... Pero es nuestra aliada, si nos empeñamos en librarnos de las zozobras del espíritu...

Y Pepilín, como una advertencia a sí mismo, se decía: sé lo que es la atracción del abismo, porque he estado a un paso del abismo...

XXI

Las cosas íntimas de Antonia, de Manuel y de Eduardo, fueron pasto de la avidez de la audiencia. Todo tribunal es un teatro. En la acusación contra Eduardo por homicidio voluntario, y contra Antonia por adulterio, hubo sorprendentes desnudeces de cuerpos y de almas...

Eduardo había sido víctima de su voluntad inconsciente, de hombre solo, ansioso de compartir su vida; y quería de Antonia lo que sabía que no debía querer: un amor que ya ella le había entregado a otro. Pero —contradicciones de la naturaleza humana— en vez de detenerse en ese insensato deseo cuando veía a Antonia en los brazos de Manuel, la llama de la pasión se le encendía más. Por su parte, Antonia, enloquecida por un amor que para ella lo era todo, en las manifestaciones de su cariño a Manuel, no ocultaba sus extremos en la presencia de Eduardo; sin ignorar que éste la amaba, por la certera intuición de las mujeres; como si gozara con el morboso placer de tener dos rivales vencidos.

Manuel? Ah!, Manuel había sido el alma atrapada entre dos amores: el de la idolatrada mujer, que se le metía por las ventanas abiertas de todos los sentidos,

y el de la madre ausente, que lo mimó hasta ser un hombre, que le mantenía puro e imborrable en su vivo recuerdo; celoso de quien lo quisiera, deseoso ese amor de que la mujer a quien amara fuera un dechado de virtudes, para avenirse sólo así al consuelo de compartir su cariño por Manuel...

Eso era, en síntesis, lo que se advirtió después del proceso, de la lectura de los documentos del expediente, y de las declaraciones de los testigos y los acusados...

Cuando Eduardo habló, tuvo poco que decirle al juez. Y lo que dijo era menos elocuente que lo expresado por la palidez de su rostro y el brillo de sus ojos insomnes, bajo el ala de cuervo de los cabellos que le caían en la estrecha frente; de menos fuerza de convicción que lo que se leía, como en una descifrada quiromanía, en sus manos de orfebre; y menos evidente que el emocionado temblor de sus labios y de su voz..., para hacer comprender que era un hombre deshecho por la tragedia.

—Señor Juez: no lo puedo negar. Lo herí y murió de las heridas. Pero en el punto a que llegamos, uno de los dos tenía que dejar de vivir... —dijo Eduardo.

A su turno, el juez interrogó a Antonia:

—Es cierto que en su pueblo natal, casada usted aún, dos estudiantes, rivales que se disputaban el amor de usted, pelearon y los dos se hirieron en su lance personal?

—Sí, es cierto.

En el público presente, no se podían contener los murmullos, y se oían los calificativos de: es una mujer de hierro; debe ser una mujer histérica; el histerismo determina una atrofia del sentimiento...

—Es cierto que usted escribió a Manuel esta carta, un día después de su matrimonio con Eduardo?; en ella dice: “con el corazón destrozado y anegado en llanto, te contesto. No voy a ser feliz con este hombre ni un sólo instante, y el motivo es que estoy muy enamorada de ti; me empujaste a este matrimonio que me pesa; haré algo por sobrellevarlo; y si no lo consigo, me mataré; sabes que te quiero; lo que has hecho después de casarme es inquietarme; por tenerte de nuevo, hubiera hecho cualquier cosa. Adiós, amor de mi vida. Excúsame que con mi llanto moje este papel; mi sufrimiento es muy grande”...

—Sí, señor, yo la escribí.

—También escribió esta carta? Se lee: “Amadísimo Manuel: me alegré, porque me has perdonado. Ayer lloré mucho, porque te noté muy frío e indeciso cuando hablamos por teléfono. Me gustó verte esta mañana, pues estaba con el corazón oprimido por la angustia de no verte. Tú no te das cuenta, amor, pero cada día que pasa más te quiero y más te desea mi alma. Lo primero que acude a mi memoria cuando despierto en la mañana, eres tú; y cuando voy a dormir a ti también dedico mi último pensamiento; tú y siempre tú, a cada segundo, a cada minuto, a cada hora. Te has convertido en una obsesión para mí; tremenda, irresistible. Quiero que me hagas una carta muy extensa, donde me digas lo que me quieres y lo que tú me ofrecerías en un futuro cercano. Tú sabes, vidita, que la vida se me hace insoportable sin ti, sabiendo que tú estás en la misma situación; que nos deseamos con locura; que tenemos que unirnos nuevamente, pese a quien le pese; sería un pecado no hacerlo, pues hasta Dios lloraría.

Amor mío, tengo deseos de sentirme acurrucada en tus brazos, como antes. Lo que siento por ti no sé si es amor, pasión o frenesí; pero la verdad es que me enloqueces. Esta mañana me dieron ganas de ir corriendo a tu encuentro y abrazarte, y besarte, y comerte a besos; no vuelvas a poner el carro en esa calle; ponlo al doblar, para yo llegar hasta la esquina, y verte de cerca. Cuídame mucho todas mis cosas, cariño; no me dañes nada ni lo ensucies; guárdamelo todo; tan bello que es todo eso! . . .”

—Sí, esa carta es mía; la escribí yo.

El juez, después de hacer que se apagaran los murmullos en la sala de audiencia, volvió al interrogatorio:

—Dígame: está también escrita por usted esta carta?:

El Secretario leyó: “Alma mía: Ayer te llamé varias veces por teléfono. Ya no puedo más, mi vida. Dime muchas cosas buenas, que me traiga un poco de alegría y de esperanza. No he vuelto a serte infiel ni con el pensamiento; toda yo soy tuya material y espiritualmente. . .”

El juez la miró derechamente a los ojos; y ella, dueña de sí misma, contestó:

—Sí, es mía.

En la sala repitieron: es “una mujer de hierro”; es “una mujer de hierro” . . .

—Por último, aquí —dijo el juez— en el expediente, hay una carta, firmada por Antonia. Léala, Secretario.

El secretario le dió lectura: “Manuel: me dijeron que anoche estuviste en un hotel que nombran Hawai. Entonces no fueron sueños los que tuviste conmigo,

sino verdad lo que hiciste por ahí. Por favor, Manuel, no me engañes; mira que tengo celos terribles de pensar que estabas con otra; espera por mí, vidita, y te daré lo que quieras...”

—Todas esas cartas las escribí yo. Es mi letra...

—Si usted quería tanto a ese hombre, como resulta de esa correspondencia, por qué se casó con Eduardo? —le preguntó el Presidente del tribunal.

—Para tratar de ofenderlo, y luego olvidarlo; así, le dije palabras duras cuando rompí los amores con él; yo sabía que me quería; pero por oposición de su familia no se quiso casar conmigo, como me había prometido. En vez de olvidarlo, me sentí desgraciada; en vez de odiarlo, lo quise más, y le decía palabras de amor...

—Antes de usted casarse con Eduardo, es verdad que éste le dijo que si después de casados Manuel la molestaba lo iba a matar?; y si esto es así, por qué usted se casó con Eduardo y tenía correspondencia con Manuel?; no era esa actitud una provocación?...

—Me lo dijo, y agregó que cuando su tía murió estaba aburrido, y se quería tirar delante de un carro, para matarse; pero yo le dije que él no mataba ni una hormiga. No le creí.

—Sin embargo... mató a un hombre; el hombre era su novio; y usted lo seguía queriendo; y le escribió a él las cartas que fueron leídas; y estaba con usted en un aposento, acostada, después de las diez de la noche, con un quebranto de salud que, si fue por la extracción de un cordal, como usted dice, parece que no la obligaba a quedarse a dormir fuera del hogar conyugal... Qué responde usted a todo esto?

—Que fue mi destino. Cuando me casé consideré que Eduardo era un hombre bueno...; que me haría olvidar... Soy sincera, aunque usted no me crea.

El fiscal en su dictamen de una hora, con buena base jurídica, hizo vibrar fibras de la compleja naturaleza humana, que a todos conmovió; y habló de lo que se espera de la moral social, y es de lamentarse que para los que no estaban presentes esas palabras se las llevara el viento... Y pidió tres años de trabajos públicos para Eduardo y uno de prisión para Antonia...

Los abogados del acusado solicitaron que se acogiera la excusa legal común de la provocación, o se aplicaran circunstancias atenuantes. Los de la prevenida, que se descargara, por no estar integrados los elementos constitutivos del delito de adulterio...

Entonces, el juez hizo poner de pie a los acusados y les preguntó:

—No tienen nada más que decir?

Eduardo contestó:

—No.

Y Antonia dijo:

—Nada.

El juez leyó los artículos del Código Penal aplicados, y sentenció: a él, un año de prisión —ya tenía un año y dos días de preso—; para ella: seis meses, que había cumplido.

En seguida fueron puestos en libertad, y cada uno tomó su camino; ya separados para siempre.

Nuestras vidas son puntos y contrapuntos, a veces insondables...

En la multitud, que se ausentaba de la sala de audiencia, atropellándose, predominaba un criterio: en

verdad esa mujer más que amar a los hombres, ama verlos caer por ella en los abismos de la tragedia...

Miguel y Pepilín no pudieron menos que, con sinceridad, tenderle la mano a Eduardo... el náufrago —como dijera Miguel—, que salía de la tragedia frente a un nuevo sendero de su vida...

Y doña Pilar, la madre de Antonia, se abalanzó hacia su hija, arrasada en lágrimas, mientras, al partir del tribunal, le decía: las puertas de mi casa estarán siempre abiertas para ti...

XXII

La candidatura de Pepilín perdió las elecciones. La mayoría de la gente estaba en su favor; pero las papeletas del sufragio estaban en contra, mediante maniobras fraudulentas. Así es a veces la democracia.

La situación política local, pésima, como en todo el país, no podía continuar; no obstante el fracaso que sufrió Pepilín... Sobrevino de repente un movimiento cívico-revolucionario nacional, como era de esperarse...

Se sumó Pepilín, con redoblado brío, a los que querían salvar al país de la anarquía. Seguido por... "su estado mayor"... Aunque después de nada le podía servir... Se dejaba de mirar el pasado para mirar hacia el porvenir...

Cuando las fuerzas de la revolución eran ya incontenibles, Santaella, Castro y Zorrilla, por orden de Pepilín, desarmaron a Alcibíades Delmar, luego de quitarle de la cabeza el revólver con que Cardona, vengativo y valiente, iba a arreglar con Alcibíades "viejas cuentas personales". Desde entonces, Alcibíades huyó al extranjero...

En medio de la calle y de las rivalidades estaba, cuando, inesperadamente...

—Aquí estoy, Pepilín, para ayudarte en tu campaña, vivir contigo, y...

—Está bien, padre. El hombre propone y Dios dispone.

Pedro González llegaba, aunque tardíamente, pero para siempre, a la vera de su hijo. La bruja bizca, doña Altagracia, se había muerto de un ataque cardíaco. Y, al correr de los días, por su evidente cambio de actitud personal y por su correcto proceder con todo el mundo, y en especial con Pepilín, se opinaba que casi todo lo que decía y hacía Pedro González, contra su hijo, María Consuelo, y su propia madre, era instigado por la egoísta y perversa madrastra; pues sería muy extraño, pensaba la gente, que un hijo del General Baldemiro González y doña Alejandrina Hernández, fuera por sí mismo un malvado...

A Pepilín se le quitó del ánimo una gran pesadumbre, que le permitió entrar, sintiéndose suficientemente redimido de pecaminosas caídas, en el inmenso rebaño de los fieles creyentes del Señor. No hay peso más grande... que el peso del corazón, dijo el Eclesiastés.

Pero la lucha política de Pepilín, que parecía que iba a ser muy reñida frente al mismo Alcibíades Delmar, como jefe de la agrupación oficial, no fue así, ni siquiera en el momento en que Delmar fue desarmado.

La escena fue muda. Alcibíades no se atrevió a decir ni una palabra...

La paz, paz de libertad, de justicia y de progreso, era el programa para Pepilín y para el partido que surgía...

Era un año promisorio: el 1930.

Vibraba en todo el ser de Pepilín un santo anhelo de renovación para su patria. E iba a vivir una nueva

y decisiva etapa de su vida; no con su mote de Pepilín, como era conocido desde niño, sino con el nombre de Pedro González Hernández, con el que entraba triunfante en la política de su país.

Aspiraba a ver que se emprendieran redoblados pasos de redención; a ver cicatrizar las llagas que cubrían todo el cuerpo social y político de la República; a ver que nuestra patria saliera del campo cerrado, y oscuro, y cruel, de la barbarie, al campo abierto, y dilatado, y digno, de la civilización; a ver que La Española, en fin, mediante la voluntad de Dios y de un héroe que surgiera del pueblo, volviera a ser gloriosa vanguardia de América... y se convirtiera en un faro de amplia orientación en los agitados mares de la conciencia del mundo.

JUICIOS RELATIVOS A LAS NOVELAS
DE LUIS HENRIQUEZ CASTILLO

RELACIONES RELATIVAS A LAS NOVELAS
DE LOS PERIODOS CASTILLO

16836

*Ciudad Trujillo,
Distrito de Santo Domingo,
noviembre 22 de 1951.*

Señor

*Lic. Luis Henriquez Castillo,
CIUDAD.*

Mi muy distinguido amigo:

*Me es muy grato avisarle el recibo del ejemplar de su libro
"Tres Hombres en un Hombre", el cual tuvo la gentileza de enviarme
avalorado con honrosa dedicatoria.*

*Me propongo leer, con el detenimiento necesario, esta nueva
novela suya, fruto, como las anteriores, de su fino talento de narrador
espontáneo y de su fecunda sensibilidad literaria.*

*Le reitero las gracias y le saludo con sentimientos de la más
distinguida consideración,*

JOAQUIN BALAGUER,
*Secretario de Estado de Educación
y Bellas Artes.*

LA OCTAVA MARAVILLA, "honra de la Literatura de América".

Por **HECTOR STRAZZARINO,**
Uruguayo.

En el año 1943 se editó en los talleres El Diario, de Santiago de los Caballeros, la novela "La Octava Maravilla", original del escritor dominicano Luis Henríquez Castillo, ya conocido por anteriores trabajos suyos en ese género.

Antes de hablar de ella creemos de interés el relatar la forma en que llegó a nuestras manos desde la lejana isla caribeana en momentos que la edición estaba ya agotándose. Un día nos enviaron de allí varios libros; entre los que figuraba: "Santo Domingo — Ciudad Trujillo", notable obra del malogrado historiador Luis E. Alemar. Este volumen tenía entre sus láminas impresas en papel ilustración, hojas tomadas que quedaron sin utilizar, por fallas o cualquier otro motivo; es una práctica corriente en los talleres gráficos intercalar en los ejemplares con láminas en papel brillante (o de ilustración) hojas comunes para evitar que la cuchilla de la guillotina resbale en ese material al cortar y destruya el libro. Bien: en nuestro ejemplar del volumen de Alemar venían (aparte de otras de libros de Historia Natural) dos hojas sin ningún título ni indicación de autor, que se veía claramente que pertenecían a una novela. Las leímos, interesándonos su contenido (precisamente una de ellas trataba del Faro). Deseando tener esa obra nos dedicamos a una tarea

deductiva: por haber hecho el curso de Encuadernación y estado trabajando en talleres de imprenta nos era conocida la antes dicha práctica de poner en los libros que se guillotinan hojas de las que sobraron de ediciones anteriores. Pensamos que serían de una no muy antigua impresión respecto a la fecha del de Alemar, y por ende, hecha en los mismos talleres de la empresa El Diario. Con esos escasos datos mandamos las hojas al poeta amigo Francisco R. Mejía con el pedido que nos consiguiera la novela. Ese noble compañero de ideales pudo ubicarla, adquirió un ejemplar (no nuevo por ser difícil lograrlo en virtud de haberse agotado o poco menos) y nos lo remitió. Así por el procedimiento deductivo sherlockholmiano, teniendo como base sólo dos páginas sueltas sin el mínimo dato impreso que sirviera de eslabón, pudimos conseguir una de las mejores novelas que se escribieron en América en los últimos años.

Y ahora pasaremos a comentarla.

La Novela

Esta es una obra literaria que ofrece características especiales, propias, dentro del género habitual de la novelística americana contemporánea. En efecto: se trata de una novela limpia, carente de palabrotas, vulgaridades, de escenas pornográficas, tan frecuentes en los escritores de estos países, desdichadamente; en ella campea un sincero y puro americanismo sin ninguna traba; se habla elogiosamente de los prohombres de todas las naciones del Continente, incluyendo a Estados Unidos y a estadounidenses en esa amistosa hermandad panamericana, cosa que suelen olvidar a sabiendas muchos que se dejan tildar de "maestros" de la literatura americana. El Panamericanismo, la comprensión y amistad noble, sin restricciones, entre las 21 Repúblicas del Continente de Colón, es el verdadero protagonista de la novela, sintetizado, ciertamente, en el Faro a Colón, "La Octava Maravilla", que da título al libro.

Sus personajes son todos muy humanos, llenos de virtudes, de fortaleza espiritual, menos uno, pero éste llega a adquirir relieves bufonescos y su maldad no consigue hacer mella en las almas templadas de los otros. Si bien al comienzo parecería que el autor cae en el lugar común, tan explotado por los comerciantes de las Letras americanas, de presentarnos a una joven seducida, burlada en su amor por un cínico y temíamos que siguiera la habitual, marida historia de caída en el vacío, degradación, mala vida, cárcel u hospital como corolario, no es así por suerte. La "muchacha" (hablando en términos de película), la heroína principal del libro (que se llama Secundina), tiene la debilidad de amar a un hombre indigno y es abandonada por él (según la fórmula de siempre), pero sabe sobreponerse a su tragedia, lucha empeñosamente por ganarse la vida, se mantiene digna y logra triunfar haciendo de su hijo, con su ejemplo, con sus lecciones, un hombre de gran provecho para su patria y América.

El libro empieza con una descripción de la juventud de Secundina Mac Cormick, hermosa muchacha dominicana, morocha, de color bronceado y ojos verdes, hija de un irlandés, James Mac Cormick, y de una mestiza, María Sarmiento; de allí la mezcla de color del cutis y de los ojos. Ella es el personaje que llena toda la obra; su padre, muerto cuando la hija tenía tres años, relatándose su fin en el capítulo segundo, pasa muy poco por el argumento; la madre tiene esporádicas apariciones, se la cita varias veces, sin pesar para nada en la trama. Secundina es quien domina el libro hasta el final, su hijo Simón y un notable personaje, noble, gallardo adalid de causas patrióticas, que brinda protección al joven Simón Mac Cormick, que en la novela lleva el nombre de General Rafael Leonte Carrillo. Es factor importante en la trabazón del tema, el ángel bueno que está siempre pronto a ayudar a los justos y a deshacer las trapacerías del capitán Horacio Rosilién, la sombra negra de la novela (pero que al final recibe un merecido castigo). Es admirable el modo

como *Henriquez Castillo* incluyó entre las personas ficticias de la novela a un ser real, histórico, con tanta naturalidad que sin forzar ni violentar en absoluto la unidad argumental, forma parte activa de la madeja de acontecimientos que dan vida a la novela. Otro gran acierto, éste descriptivo, es la parte en que nos cuenta los estragos y consecuencias del famoso ciclón que el día de San Zenón de 1930 destruyó la ciudad de Santo Domingo de Guzmán.

Simón Mac Cormick fue educado por su madre en el amor a América y su destino entre los conglomerados humanos del mundo; con eficaces ejemplos, infiltrando en el espíritu de su hijo desde la más tierna infancia sus sinceros anhelos, hizo de él un discípulo aprovechado que cuando fue mayor supo honrar las enseñanzas maternas. Llegó a ejercer en su patria altos cargos, laborando siempre por el más completo panamericanismo, en fraterna alianza la América del Norte con la del Sur, como soñaron los grandes próceres nuestros: *Artigas, Martí, Bolívar, Hidalgo, Morazán, Petión...*

El autor de la novela cree en la unión del Continente desde Alaska hasta Tierra del Fuego, tal como siempre lo propusimos nosotros y expusimos en nuestra obra: "*Así soñaron a América nuestros Próceres*"; hay sólo unos pequeños detalles diferentes; ello nos alegra, pues revela que no estamos aislados en los sueños americanistas que alentamos. Como ejemplo de tales ideas, es digno de mención el trabajo que sobre el Faro a Colón inserta en el libro como siendo escrito por *Simón*, pero que (naturalmente) es obra salida de la pluma y de los ideales de *Luis Henriquez Castillo*; lleno de citas históricas, de frases de grandes personalidades americanas, es un verdadero canto a la unidad de América representada con todo acierto por el gran monumento, el Faro a Colón, "la octava maravilla del mundo", como acertadamente lo define dándole igual ese nombre a la novela, según ya dijimos.

Los personajes que más aparecen en ella son: *Secundina*; *Simón*, su hijo; *Providencia*, la hermosa y tierna esposa de *Simón*; el *Presi*

LUIS HENRIQUEZ CASTILLO

dente Carrillo; el Capitán Horacio Rosilién; el General Ceferino Flores (un simpático y alegre negro que tomaba las cosas de la vida con risueña a la par que optimista filosofía, que mezclaba palabras en francés o inglés en todo lo que hablaba, el cual ayudó a Simón a obtener su primer empleo); Olga Portorreal de Vergara, compañera de Secundina, madre de Providencia; y otros secundarios.

Esta novela es amena e instructiva, cosa que muy pocas veces se dá en ese género; deleita a la vez que enseña; sustenta una tesis generosa digna de loa; es una obra literaria de la cual deben estar orgullosos los dominicanos y es honra de la Literatura de América, cuyo estilo y tesis sustentada debían imitar los escritores de otros países.

*Lavalleja No. 1921,
Montevideo, Uruguay, 1959.*

Marzo, 1943.

Señor

Licdo. Luis Henriquez Castillo,
La Vega Real.

Dilecto y admirado amigo:

Ya está en mis manos y debajo de mis ojos, su esperada "Octava Maravilla": merci, grande merci!

En el trabajo, dice Tomás Carlyle, el autor de los "Héroes y el culto de los Héroes", hay perenne nobleza y santidad perenne. Usted es —para bien y honor de nuestra desmedrada y estéril República de nuestras letras— un noble y constante trabajador de gran talento literario; con el ansia imperativa de un futuro firme y perdurable como el bronce, que diría Horacio, el Príncipe de la poesía lírica-latina.

Nuestro vibrante J. Enrique Hernández, el Paraninfo que anuncia en el pórtico, el feliz suceso intelectual y estético de "La Octava Maravilla", ha dicho lo que hubiera yo querido decir, por lo certero, intenso, justo, novedoso y rutilante:

"El estilo es transparente. El lente de Luis Henriquez Castillo, es multicóncavo y multiconvexo. Capaz de sorprender el embrión y volverlo vida integral. Persigue el germen en gestación, lo extrae, lo

LUIS HENRIQUEZ CASTILLO

agranda, lo sacude, lo plastifica, lo vivisecciona, lo arma, lo eleva, lo trae a la altura del ojo, y lo entrega hecho existencia total".

Maravillosa y sintética reinterpretación de su obra, como diría el divino Oscar Wilde, el primer esteta que ha tenido el mundo.

Quedo de usted con respeto y admiración, amigo ex-corde, a corta y larga distancia,

VIGIL DIAZ.

Párrafos del juicio relativo a Tres Hombres en un Hombre, publicado en La Nación del 12 de mayo de 1952, por el Dr. Fabio A. Mota, en el que se citan las opiniones de otros notables escritores:

* * *

Luis Henriquez Castillo no es de los novelistas en quienes fue inútil buscar la verdad de la vida en el agro hispanoamericano en la expresión de sus conflictos morales y jurídicos; en la angustia de la precaria existencia del "hombre masa".

En TRES HOMBRES EN UN HOMBRE, la fabulación novelesca ha dejado lugar a la realidad viva del contenido humano, a la amargura real de una clase social que estuvo abandonada a merced de todos los males, como las clases campesinas del Este. Amarguras que lastiman sus páginas con ese phatos que recoge la novela moderna para mover, más que a la sensiblería epidérmica, a la reflexión honda sobre los modos de vida del sentimiento trágico de la existencia, para denotarlos con toda la rudeza brutal de la miseria cruel que lastima a la humanidad de esos estados sociales que vegetan al margen de los acontecimientos de esta ironía del siglo de la justicia social, que llamamos civilización contemporánea.

El realismo de este libro atormenta con ese dolor que lastima la vida ingenua, la vida de candorosa sencillez y en esa beatitud del campesino aislado en la sierra, en el corazón mismo de la campiña

LUIS HENRIQUEZ CASTILLO

en que no suelen imperar los convencionalismos y ni la hipocresía en el trato humano que conlleva siempre los intereses de la civilización y las necesidades del progreso.

* * *

Jacobo Terechesky es un tipo universal, tiene la sordidez de todos los avaros célebres de la literatura. Personaje extraído de la realidad, entra en este libro con la ruindad impiadosa del Markov que pasa por la escena sombría de Pobre Gente de Fedor Dostoiewsky.

Jacobo Terechesky acentúa en Tres Hombres en un Hombre la atmósfera dostoiewskiana” que señala el poeta Franklin Mises Burgos.

* * *

El estilo, muy personal, de Tres Hombres en un Hombre, se valoriza por la prosa sencilla y transparente en que el pensamiento afluye sin reticencias, cargado de tonalidades afectivas estimuladas por el ambiente y los acontecimientos que hacen la trama de la novela, y por plasticidad humana de sus personajes. Sobre las cualidades fundamentales de este libro dice el doctor Troncoso de la Concha: “lo que me ha llamado más la atención es lo dominicano de la novela: su realismo y la manera admirable como usted sostiene los personajes que tuvieron vida de verdad y aquellos personajes a que su fecunda imaginación les ha dado vida”.

* * *

Juicio de Tres Hombres en un Hombre, que emite la novelista mexicana Patricia Cox: “Su libro me ha hecho afirmar la esperanza que he acariciado siempre, de que algún día esta América nuestra

LA MONTANA DE AZUCAR

sacudirá sus amarras que la atan por un lado al fatalismo atávico de nuestra raza... Tardará esta aurora, pero ha de llegar".

"Tal vez nosotros no podamos verla y posiblemente nuestros hijos no la disfruten. Hay demasiados intereses creados, mucha ambición y mucho egoísmo para lograrlo, pero llegará ese día...; quiero creerlo, porque yo también he visto sufrir a mi pueblo y he padecido engaño y hambre, hambre de pan y de ternura, sed de libertad y de justicia... Ha logrado usted presentar un simbolo y está en él toda la tierra americana con su fe y su angustia, su tristeza, su rebeldía y su cansancio".



Buenos Aires, 2 de septiembre de 1952

Señor Lic.

D. Luis Henriquez Castillo

Calle Casimiro de Moya, Casa No. 10

REPUBLICA DOMINICANA.

Muy distinguido escritor:

Tuve el placer de recibir su magnífica novela "TRES HOM-
BRES EN UN HOMBRE", que he leído con el placer que producen
las obras de verdadera jerarquía.

Es que su novela, a más de ser una obra bien escrita, es un
valiente mensaje y un fiel documento para el futuro. Algo americano
para los americanos y todos los hombres bien intencionados del
mundo.

Excelente el diseño de los personajes, pintados con seguridad
y honda psicología. Captado el ambiente y el clima; profunda la
enseñanza social y moral.

Son los problemas comunes a nuestras patrias, las mismas penas
y sacrificios, los mismos anhelos de liberación económica y espiritual.

Enjundioso el protagonista central José Cristóbal, admirable la
abnegación de Ana Lorenza; en todos y cada uno de los personajes

LA MONTAÑA DE AZUCAR

hay plena sensación de vida y sinceridad. Porque en su libro hay, sobre todo, verdad y sinceridad.

Obras como la suya y de otros valientes y distinguidos escritores latinoamericanos, contribuirán a cimentar la más sólida y duradera base, para esa gran hermandad intelectual de AMERICA, que todos los que deseamos el bien de nuestros semejantes nos hallamos empeñados en consolidar.

De su notable obra quiero destacar el carácter analítico con que estudia los problemas de América, y resaltar su profunda y seria ilustración.

Lo felicito cordialmente, amigo Henríquez Castillo y en nombre de la hermandad de escritores americanos me despido con el más cordial abrazo,

afectuosamente .

AGUSTIN BONAVERA.

*s/c Emilio Mitre 926 Dto. B.
Buenos Aires, Rep. Argentina.*

Ciudad Trujillo, 30 de Marzo 1943

Lic. Luis Henriquez Castillo,
CIUDAD.

Distinguido pariente y amigo:

Con placer sumo he recibido La Octava Maravilla, cuya dedicatoria agradezco. Leeré esta novela con el interés que despierta la nueva obra de quien, sin reclamos de propaganda y con méritos positivos, se viene señalando en las letras patrias; y la conservaré con la simpatía que inspira, justamente, la producción de un familiar distinguido.

Gracias sinceras de

SOCRATES NOLASCO.

"LA OCTAVA MARAVILLA"

He leído con gran placer, la interesante novela "La Octava Maravilla", que tan gentilmente me envía con una amable dedicatoria, su brillante autor, el consagrado intelectual dominicano Luis Henríquez Castillo.

Esa novela es un esfuerzo digno de loa y una señalada aportación a la literatura y a la bibliografía nacional.

A juicio mío, Henríquez Castillo es uno de nuestros indiscutibles valores literarios. Su estilo, sobrio y elegante, lleva al lector a un plano de refinamiento espiritual y a una fruición de alto valor estético.

Una vez comenzada la amena y sugestiva lectura de su obra, se despierta un interés que no decae ni un sólo instante a lo largo del desarrollo de la bien delineada trama.

Espíritu refinado y de gran delicadeza, Henríquez Castillo, cultiva de manera magistral las bellas imágenes y tiene un dominio absoluto en las descripciones de los personajes que figuran en su novela, así como un gran tacto en poner de relieve hechos de gran significación social.

La Octava Maravilla no es un libro más. Es una notable obra literaria que responde al momento. Ella hace honor a su autor, mi ilustre amigo, y habla muy alto del grado de cultura que ocupa hoy la República al lado de nuestros jóvenes pueblos de América.

FRANCISCO JOSE ALVAREZ.

Terminó de imprimirse este libro, La Montaña de Azúcar, el día 23 de Octubre de 1961, centenario del nacimiento del gran poeta dominicano Gastón F. Deligne, en la Editorial LA NACION, C. por A., Ciudad Trujillo, D. N.

MAISON, C. et al. *Journal de la Société de Chimie Industrielle*, 1891, p. 100.

Editorial LA NACION, C. por A. — Ciudad Trujillo, R. D.



BNPHU



32919-10

Periodo DR. A. FERNANDEZ SPENCER, 1968

